



LUCHA UNIDA, VICTORIA PROLETARIA

(Empresa Blansol, 1956-1969)



SAPERE EDIZIONI

Distribuzione:

SAPERE DISTRIBUZIONE

Via Mulino delle Armi, 12 - 20123 Milano

© 1972

SAPERE EDIZIONI

Via Mulino delle Armi, 25 - 20123 Milano

INDICE

Presentacion	pag. 9
Barcellona: 1968	
« Vista de demandas laborales en la magistratura de trabajo de Sabadell »	» 13
Las primeras luchas	» 21
Traslado de la imprea a Palau de plegamans	» 27
El comité de fabrica	» 39
Primera petición verbaderamente colectiva	» 47
Primera acción directa	» 53
Campaña de los sobres y preparación del primero de mayo	» 61
El 30 de abril se celebra la primera asamblea entre los obreros	» 67
Excursión del primero de mayo	» 71
Después del primero de mayo	» 77
Entrevista con el Jerarca Sol	» 87
Segunda asamblea. Creación de la comisión obrera	» 95
Invasión de los locales de dirección	» 107
La gran asamblea (Tercera de la serie)	» 113
Sentata en la escalera de dirección	» 123
Contrataque de la dirección por la sentada	» 131
El informe económico	» 137
Movimiento de solidaridad: el primer paro	» 145
Nuevos paros. Presencia del sindicato oficial	» 155
En el sindicato de Palau	» 175
Despido del portavoz obrero de tarde	» 191
Nueva asamblea general; sabotaje	» 201
El lock-out	» 213
Ocupación frustada de la fabrica	» 229
Empieza la huelga	» 243
Los esquiroles	» 253
La resistencia	» 271
La solidaridad	» 275
Magistratura, estado de excepcion, carta final	» 281



Protagonistas: los obreros de la empresa.

Cronista: un escritor.

Ninguna de las situaciones, personajes, hechos o dichos de esta narración son imaginarios.

Cualquier parecido con la ficción, es pura coincidencia.

Se explica, porque la realidad es más rica y permite más variantes que la misma fantasía.



PRESENTACIÓN

He aquí, un nuevo instrumento de lucha obrera. Una página de la propia vida. Un Libro.

He aquí, una crónica rigurosamente histórica. En este mundo gris, rutinario en apariencia, del trabajo de cada día, se gestó esta aventura humana, digna de trasladarse a la pantalla y exhibirla en todos los cines, para lección de muchos.

Un grupo reducido de hombres, a modo de acción de « comando » se organizan en una empresa, y en ocho meses logran bloquearla y darle « jaque mate ».

¿La causa profunda? el sentimiento de explotación que el obrero un poco conciente, sufre y no soporta, en una empresa de régimen capitalista.

¿La causa próxima? mantener, el patrón y los representantes de la Dirección, una injusticia manifiesta contra cinco peones, cabezas de familia, al pagarles un salario de 4.000 pesetas al mes.

Esta proeza, es algo nueva en nuestro país, después de la desarticulación que sufrió la clase obrera durante la guerra civil y la postguerra. Por ese motivo se ha creído oportuno darla a conocer. Para que su ejemplo estimule y abra camino a otros compañeros, cansados de aguantar la arbitrariedad como norma de gobierno, y el

egoísmo del dinero como única motivación profunda, por parte del patrón.

El cronista ha intentado suprimir carga ideológica, para poner la experiencia de lucha al alcance del obrero medio del país. En todas sus páginas, hay una intención pedagógica. La forma novelada — por otra parte histórica — del relato, ofrece unas facilidades de comprensión que no logran ni el ensayo, ni el discurso vibrante del propagandista.

Es necesario observar, que los obreros han tenido una situación óptima en cuanto a facilidad de maniobra, tanto con respecto a la Dirección de la empresa, como hacia el esfuerzo de sensibilización de los demás compañeros de trabajo; aunque ninguno de los obreros perteneciera a partido político clandestino alguno, en cambio, sí había quien tenía experiencia en la lucha. Ello ha significado una ventaja práctica, aunque, quizás el no tener por otro lado, una salida política al empuje revolucionario, representa en si mismo, un grado de inmadurez.

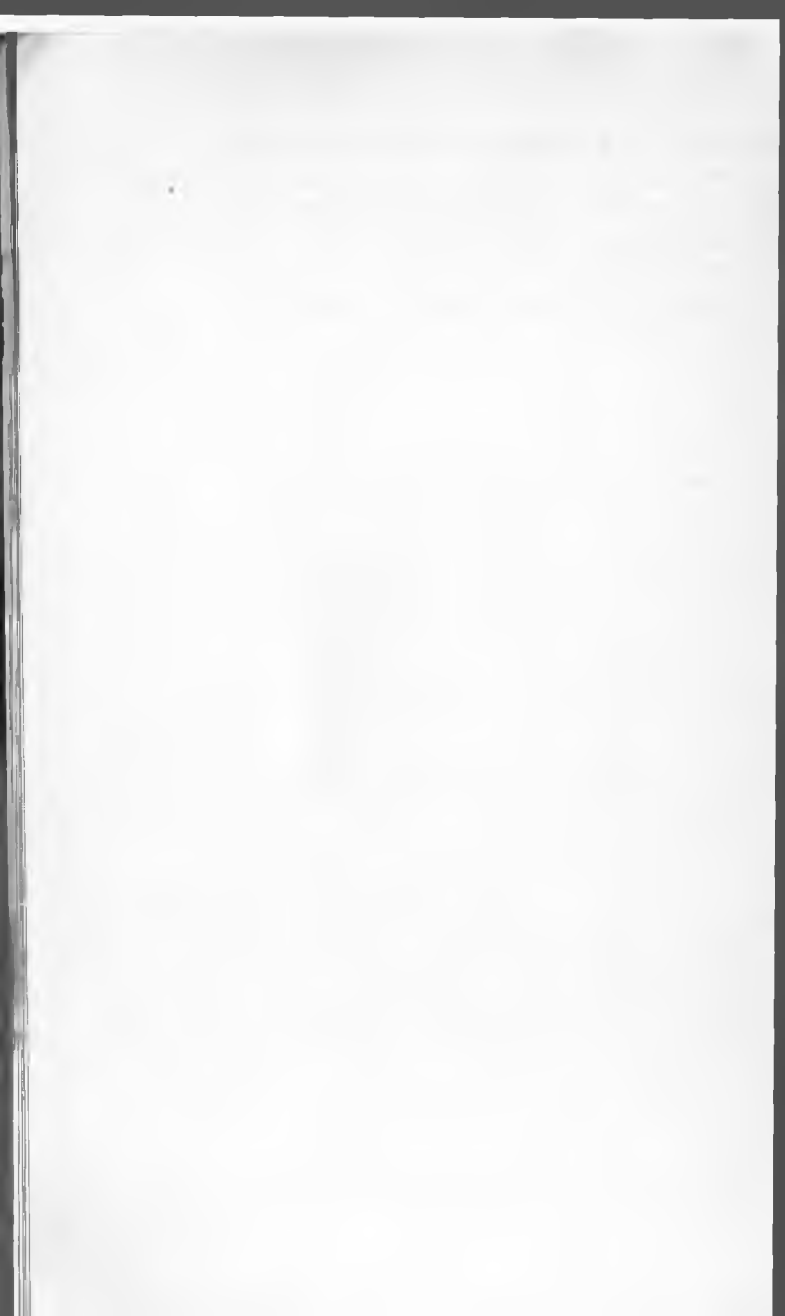
El cronista puede contarle todo con tanto detalle, porque aunque no haya sido trabajador de Blansol, ha vivido los hechos muy de cerca por tener allí buenos amigos y, últimamente, acceso a los documentos que le han decidido a escribir el libro.

Este cronista, quisiera finalmente, recordar que aventuras como las de estas páginas, no son tan esporádicas como parecen. Con más o menos fortuna, más largas o más cortas, con más o menos capacidad de movilización de masas, ese esfuerzo consciente, ese impulso furioso para hacer mella en las filas del enemigo, se encuentran por todas partes. Sólo les ha faltado el cronista.

Por este motivo, esas páginas son, en el fondo, un monumento a todos los militantes obreros que en el

anonimato, se han jugado a veces la vida a cara o cruz, simplemente por no claudicar de la dignidad de hombre libre, o han sido encarcelados por mantener los lazos de la solidaridad con los demás compañeros, en su combate por la justicia.

A todos ellos, con admiración y respeto.



« VISTA DE DEMANDAS LABORALES EN LA MAGISTRATURA DE TRABAJO DE SABADELL ».

Informa la agencia Europa Press, que ayer por la mañana se celebró la vista de las dos series de demandas presentadas por un grupo de 35 trabajadores de la empresa "Blansol" de Palau de Plegamans, contra las medidas de suspensión de empleo y sueldo y posterior despido, adoptadas por la dirección... En el acto de conciliación previo los demandantes rechazaron todo acuerdo...

La empresa sostuvo que se habían producido en los últimos meses una serie de paros y un descenso en el rendimiento y que ante la situación de conflicto se había visto obligada a proceder a la suspensión de empleo y sueldo como medida... anterior a la imposición de sanciones de despido. Fueron llamados... como testigos por parte de la empresa, el apoderado, director técnico, jefe de ventas, nuevo jefe de taller y tres trabajadores.

Por su parte, el representante de los trabajadores... destacó que el conflicto había nacido en realidad con el cierre de la fábrica...

El juicio se celebró en medio de un ambiente de gran tensión emocional, que se reflejó, en las diversas intervenciones. Antes del comienzo del mismo se registraron varios incidentes en los que tuvieron especial participación algunas de las esposas de los afectados. La policía se vió

obligada a intervenir para mantener el orden y disolver varios grupos ».

Este es el resumen de una de las notas que la prensa diaria del día 18 de diciembre de 1968 publicó en Barcelona. Como otras notas que se publicaron, días antes y después de esta fecha, habla del conflicto de BLANSOL. En este caso habla de uno de los juicios que se hizo a los obreros en huelga.

Y ahí está, en esta noticia mucho de lo que fué su lucha, pues en ella vemos que habla de bajo rendimiento, paros, cierre de la fábrica por el patrón, existencia de esquiroles, y finalmente de la intervención de la policía en contra de los obreros.

Pero si bien salieron noticias en los periódicos, en cambio no se pudo dar una información directa de los acontecimientos por parte de los obreros. Y ello porque la prensa está al servicio de la patronal, no de los escritos de los trabajadores.

Por esto son necesarias las publicaciones de los obreros, para dar información de todos los hechos. En este caso para poder informar de una lucha obrera más, dentro del gran combate obrero por la justicia.

Y principalmente, para que esta lucha sirva a toda la clase obrera; de la misma manera que sirvió a los obreros de Blansol, para unirse, organizarse, descubrir el compañerismo y la soliraridad, y sobretodo para ver el camino por donde empezar a liberarse, de la esclavitud en que vivimos actualmente, por culpa de este miserable pulpo, que es el capitalismo.

Pero antes de seguir adelante, retrocedamos y aunque sea la parte más monótona del libro, empecemos por los:

Antecedentes de la lucha.

Barcelona año 1956. Los trabajos industriales y los negocios, empiezan a tomar impulso en la Península. Hace ya 10 años que acabó la guerra mundial y en Cataluña el movimiento industrial arranca, aunque con poco dinero. Quien tiene cuatro cuartos y relaciones con algún banco, logra fácilmente algún préstamo, y después puede fácilmente montar una empresa y hacer dinero.

La historia empieza en una de esas tertulias a corro, a la salida de una reunión de tipo religioso. Entonces no se permitían de otra clase. Ahora tampoco.

Una noche, Luis Sol Vallés, se lleva aparte a dos amigos y les habla de un proyecto de empresa. A los tres les consume el ánsia de montar una empresa.

Luis Sol, es quien tiene la fórmula. La expone. Tiene un pequeño capital y... además, tiene entrada en varios Bancos, porque le une un parentesco con un señor importante.

Este pequeño capital y el dinero que se logre de los préstamos, los pone a disposición de la empresa, que conducirán juntos; cada cual de ellos tendrá una responsabilidad de acuerdo con su profesión, y aunque el dueño será el Sr. Sol, las ganancias se repartirán equitativamente.

Se trata de fabricar unas piezas de metal, mediante un nuevo procedimiento, que abarata mucho el producto en el mercado. Muchas de las piezas de los grifos, motos, etc. se hacían prácticamente a mano, en talleres de artesanía. Ello encarecía mucho la producción, porque la mano de obra necesitaba muchas horas para construirlas. El, tenía el proyecto de comprar unas prensas que, con una matriz apropiada, elaborase la pieza con un solo golpe. A este procedimiento se le denomina estampado en caliente, porque el metal hay que calen-

tarlo para amoldarse antes de recibir la « sacudida » definitiva del golpe de prensa.

Un buen día, hace su aparición un cuarto personaje: el que había vendido la idea de la empresa al Sr. Sol. Era un tipo artista, un poco lunático, que había trabajado en Francia y conocía bien la cuestión. De hecho, él y Sol, se habían asociado. El artista aportaba la idea y la técnica nueva (en España no se conocía aún) y Sol aportaba el capital; un pequeño capital.

Luis Sol se encarga de las gestiones económicas, de la búsqueda de clientes, puesto que el dinero es suyo. De esta forma se entrevista a menudo con el amigo que ha de hacerse cargo de la administración, y con el que ha de ser responsable del taller.

El proyecto va tomando forma, Sol encuentra un pequeño local, en un callejón cercano a la plaza de Sants, barrio de población obrera, con una gran tradición de lucha. Anteriormente había sido una bodega de Vinos. Reunía unas condiciones mínimas, más bien malas y escasas para el trabajo a que estaba destinado. Un peón cargado de buena fe, se mataba trabajando para acondicionar la nave a las necesidades previstas. Paredes y más paredes derribadas; arreglar un altillo; construir un barracón para los ácidos nítricos, etc. etc.

Y, llegó el día. Se habían comprado dos prensas de 60 toneladas; al lado de cada una de ellas, se construyó una pequeña fragua para poner al rojo vivo las piezas de metal, con el fin de que el mismo que manipulara la prensa, pudiera cogerlas. Mediante un minúsculo torno cilíndrico, se construyeron dos máquinas que se utilizaban para cortar las barras de metal a la medida que necesitaba la prensa. Fuera, en el patio, se construyó el barracón donde hervían los ácidos nítricos que daban las piezas de los grifos, espitas y demás cosas que fabricaban; arriba, en el altillo, se habilitó la administra-

ción, con un solo hombre. Abajo, eran siete a trabajar: uno en cada prensa, uno en cada torno. Además había un peón para los ácidos, un aprendiz para cuidar de las dos fraguas, colocando las piezas que salían de las máquinas, y un hombre en el almacén: el técnico artista... y el Capitalista.

Así arrancó la empresa de Luis Sol Vallés, cerca de la plaza de Sans: Con trece personas.

Los comienzos fueron de entusiasmo y furia para el trabajo. Faltaban muchas cosas pero seguían adelante con lo poco que tenían. Los tres responsables se reunían cada semana, y llegó a obsesionarles tanto « su empresa » que no les quedaba tiempo para nada más. En cambio el técnico artista era un poco bohemio y entraba y salía cuándo y cómo le parecía.

Así, la empresa empezó a abrirse camino. Recibía muchos pedidos y le faltaba tiempo para poder servirlos. Esto suponía hacer horas extraordinarias primero, y turnos después, sin reparar para nada en las pésimas condiciones en que trabajaban.

Para citar algunas, diremos que los obreros de las prensas debían parar de vez en cuando, porque las temperaturas de 50 grados que despedían las fraguas, les trastornaban el estómago y les mareaba. Los vapores de los ácidos se oxidaban en contacto con el sudor, manchando las ropas de un cardenillo repugnante que chorreaba por todo su cuerpo.

El trabajo más duro era el de un peón que, en un barracón sin ventilación ni aspirados, debía bañar los trozos de barra de latón en ácido nítrico. Este, a la vez que quemaba las paredes, se filtraba en los pulmones perjudicándolos sensiblemente, a pesar del pañuelo con que cubrían siempre nariz y boca. Era tan pesado este trabajo, que cada mes y medio o dos, el peón se negaba a continuar y se despedía.

En la sección de tornos, y no muy lejos de las fraguas, había seis calderines de presión que funcionaban con gasolina con el consiguiente peligro de explosión que corrían siempre. Una vez que se prendió fuego, y aunque se evitó la explosión, tuvieron que salir por el tejado pues no había otra salida.

Algunas veces se cortaba la corriente, y Manolo manipulaba las prensas a mano para no tener que parar la producción. No había trabajo que no soportasen debido a la confianza en la empresa. El Sr. Sol no tenía dinero, y les había dicho que todas las ampliaciones y mejoras, debían financiarse con las ganancias de la empresa.

Así funcionó la cosa durante un año.

Y con este año, llega la hora de expansión. El Sr. Sol da algún dinero al socio artista, y lo despide. Ahora ya no lo necesita. Le ha chupado ya todo lo que sabía; puede pasarse muy bien sin él. El capital puede seguir produciendo dinero sin fin; llega un momento en que puede prescindirse de los beneficios que le pertenecen al saber técnico y se le pone de patitas en la calle. Claro está, si se hubiera formalizado la explotación, el Sr. Sol no habría podido deshacerse del socio, pero era un artista lunático, y... se prescinde de él.

Entran a formar parte de la empresa, nuevos elementos, funcionando de la siguiente manera: La Dirección formada por Sol, Arcusa, director administrativo (años después sería sustituido por un tal Juliá) y Pedret, director técnico en sustitución del socio artista. Un segundo equipo formado por el mismo Sr. Pedret, como jefe de personal, un nuevo encargado y un nuevo administrativo.

De momento se venden las dos máquinas construidas por la misma empresa, y se compran máquinas y tornos nuevos mucho más modernos, y dos prensas nuevas de 80 toneladas. Así, los pedidos que había que abandonar

por incapacidad de las máquinas, se quedan en la empresa.

Pero este nuevo utillaje no cabe en aquella nave de 60 m², y el Sr. Sol compra una segunda nave del mismo edificio antiguo, que era el almacén de un traficante de hierro viejo. Más tarde se compra otra prensa, dos tornos y una fresa, y se monta un sistema de fundición para hacerse ellos mismos la barra de material, partiendo de coquilla.

Costó unos cuatro años tener a punto esta etapa de expansión y perfeccionamiento. Entretanto los esfuerzos de los trabajadores no cesaron (la plantilla era ya de 50 personas). Pero siempre que pedían una mejora, les contestaban que no podía hacerse hasta que la facturación lo permitiera. Es decir hasta que no hubieran ganado anteriormente y con creces el dinero de dicha mejora.

En aquella época, (año 1961) ya trabajaban a prima, defendiéndola con ímpetu, tanto en las prensas, como en los tornos, como en la fundición. Al pobre chaval aprendiz, que era quien se cuidaba de las pequeñas fraguas de cada prensa, le volvían tarumba, puesto que no le permitían perder un solo minuto.

Así funcionó la empresa, durante cuatro años más, a toda pastilla, sin ningún contratiempo, desde el punto de vista de la producción. El capital del Sr. Sol se vió multiplicado, gracias al esfuerzo de los obreros, a su buena fe y su sentido de profesionalidad.

Las taras no las veían, entusiasmados en la producción. No se daban cuenta que la mayoría de las ganancias logradas con sus sudores, se las quedaba el Sr. Sol. No se daban cuenta que la empresa había nacido y crecido a costa de la explotación de ellos, los obreros.



LAS PRIMERAS LUCHAS

Después de cinco años de apechugar, después de ver cómo se ampliaba la fábrica y aumentaba la producción, y como contraste, los obreros seguían igual que el primer día, es normal que la confianza depositada en la empresa y sus responsables, empezara a flaquear.

Hechos concretos aumentaban la desconfianza ya que daban motivo para recelar como por ejemplo:

1) Había algunos pinches, que hacían el trabajo de un operario de tercera y tenían un sueldo de calderilla.

2) A un muchacho que iba unas horas diarias a aprender y producía no se le daba nada.

3) Se estableció la jornada de 24 horas en turnos. Como que no había abundancia de personal, algunos de ellos hacían incluso 12 horas.

En esta especie de carrera contra reloj para aumentar la producción de la empresa, lo que falló fue la maquinaria, no el material humano. Las prensas sufrían averías a menudo, de tal manera que durante las dos semanas que duró la experiencia, nunca funcionaron todas a la vez. Este sistema de trabajo se abandonó por el desgaste de las máquinas no de los hombres.

4) Se habían enterado de que la paga de Navidad

que libremente les concedía la empresa, oscilaba de 10.000 a 700 ptas., según categorías.

« Hay pocas empresas en Barcelona que hagan lo que hago yo. ¡Dar doscientas mil pesetas sin necesidad! ¡En justicia, pagando lo que marca la ley cumpliría! » decía el Sr. Sol.

5) Los sistemas de seguridad en las prensas, eran rudimentarios y lo aseguraban todo menos el accidente. Trini González se cortó los dedos de la mano y mientras se lo llevaron al hospital, pusieron a otro sin parar la máquina de trabajar.

Todos estos casos cargaron el ambiente y se produjeron las primeras peticiones, las primeras protestas.

Al principio y durante muchos años fue una lucha individual, el que quería algo se acercaba al Sr. Sol, si se lo daba bien, si no, nada; luego ya eran dos o tres que se movían protestaban a la dirección y hacían algún escrito, pero jamás conseguían que fuera el taller quien los respaldase, se trataba solamente de presionar para conseguir pequeñas cosas.

Así pasaron cuatro años más (nueve de funcionamiento de la empresa), y aunque la lucha se llevó espontánea y desorganizadamente, alguna vez llegó a formarse una comisión para una cuestión concreta, pero que desaparecía enseguida. Incluso al final de este período se hicieron algunos paros; es cuando hubo el problema de la paga de Navidad.

Los hechos se desarrollaron de la siguiente manera: Al llegar la Navidad del año 1964, Sol les anunció que no habrá paga voluntaria extra, porque está atravesando unos momentos de grandes dificultades económicas que, con toda seguridad, el próximo año habrá superado y entonces continuará como siempre.

Sufrieron un gran desencanto. ¿No había dinero, des-

pués de tanta producción durante años y años? ¿Qué había sido, pues, de los beneficios?.

El runrún de la protesta crecía, informal, y se extendía desde el taller hasta las oficinas. Sol se vio obligado a dar explicaciones. Resultó que él, tenía un hermano que era socio de una empresa de laminación de barras de hierro y fundición; la empresa había hecho suspensión de pagos, y el Sr. Sol acudió en ayuda de su hermano, cediéndole unos millones de pesetas para « sacarlo del barro ».

La explicación no la consideraron justa. Está muy bien que él se sintiera obligado a ayudar a su hermano, pero no con el dinero de su paga de Navidad que esperaban más que impacientes.

Su desacuerdo tampoco complació al Sr. Sol, que les calificó de « desagradecidos ». Esta calificación era lo último que se merecían, ¡Hasta aquí podíamos llegar!. Habían aceptado que las ganancias de la producción, se dedicaran a mejorar la empresa, pero no sus salarios. Ahora, no podían aceptar que el resultado de sus sudores sirviera para tapar los desperfectos de una empresa a la cual no les ligaba nada en absoluto, a no ser el parentesco entre empresarios.

Se hizo el primer recurso legal en la historia laboral de la empresa.

Acudieron al sindicato para denunciar el hecho e informarse de las posibilidades de defensa de « su » dinero de la paga de Navidad.

Creo que vale la pena reproducir este primer documento.

Barcelona, 30 de Diciembre de 1964

Habiéndose reunido en el sindicato, los tres enlaces sindicales por parte de los trabajadores y por parte de la

empresa el abogado de la misma, para discutir un asunto laboral relacionando con la paga voluntaria de Navidad, después de discutir los puntos se quedó en la siguiente forma:

Que la paga voluntaria de Navidad la tiene que pagar la empresa, porque el artículo que dice que toda mejora que el trabajador reciba durante dos años no se podrá quitar. Por otra parte el abogado dice que la empresa no se niega a dar la paga, pero que en estos momentos el movimiento financiero de la empresa no permite dichas mejoras. Viendo todo esto hemos llegado al siguiente acuerdo: por parte de los trabajadores, se nombrará una comisión la cual subirá con el Sr. Sol o un representante de él y que a esta comisión la empresa tendrá que informar no sólo con palabras sino con hechos los cuales demuestren la situación de la empresa en el momento actual. Todos estos acuerdos han sido tomados por los señores antes mencionados y en presencia del abogado del sindicato el día 30-12-1964 a las 11' 15 de la mañana.

Después de esta resolución, esperaban que la paga de cada año les caería enterita. ¡Pues no! Su paga de Navidad fue raquíta. El Sr. Sol tomó las tijeras de las leyes oficiales y recortó casi la mitad.

En lugar de darles la cantidad de siempre por el simple concepto de gratificación, les dió el dinero que les pertenecía « legalmente » teniendo en cuenta el salario base que es una miseria.

El conflicto había resultado, pues, una derrota compartida entre ellos y la empresa. Esto les disgustó profundamente. No creían que el Sr. Sol fuera capaz de entrar por el camino de la venganza aprovechando las posibilidades legales.

Esto enrareció el ambiente un poco más, y provocó la siguiente acción por parte de los obreros: En el momento de la paga extraordinaria, el Sr. Sol les regalaba

un paquete con dos barras de turrón y una botella de champaña. Este año, al pasar a recoger el sobre de la paga se les ofrecía el « paquete », pero lo rechazaban todos diciendo: « para las hermanitas de los pobres ».

Tampoco aceptaron un calendario del año nuevo que se les regalaba. Podían escoger el grabado que más les agradara: La Virgen de Fátima o el Sagrado Corazón de Jesús. No sabían si era una burla o una píldora para conducirles a la sumisión anterior. Lo dejaron, pues a ellos se les había abierto otro horizonte. A partir de este momento las protestas contra la dirección y su comportamiento, fueron constantes. Hubo intentos de paros y paros, pero de una manera espontánea e imprecisa, sin que hubiera una continuidad, y sin que hubiera ninguna reacción por parte de la empresa. Las protestas desembocaban siempre en escritos que eran casi la única forma de lucha que había en la fábrica.

Damos una muestra de esta literatura cándida, resultado de la educación del sistema capitalista que ha vivido el país, como única posibilidad después de nuestra guerra.

Estando en fecha tan próxima para cobrar la paga extra del 18 de Julio y haciéndonos eco del pleno y rotundo comentario de todo el personal, sin excepción alguna sobre la citada paga, nosotros como representantes sindicales (no confirmados oficialmente) de todo el personal, nos dirigimos a Vd. como Jefe de Personal, para que exponga ante la Dirección de la empresa nuestra presente demanda.

En primer lugar reconocemos y agradecemos que de un tiempo atrás hasta la presente fecha, se nos ha hecho alguna mejora económica, tales como la hora de prima y el llamado premio de producción, pero esto ocurrió, si mal no recordamos hace un año aproximadamente, entonces todo el personal en general notamos tales beneficios económicos, pero Vd. como nosotros, sabe que el nivel de vida cada día es

más difícil y no podemos cubrir las necesidades que nuestras familias humanamente necesitan, y como comprenderá Vd. ante tan visible necesidad, nos vemos obligados a solicitar de Vd. que arregle o intente arreglar, la debilidad económica que suma dicha paga.

Nosotros sabemos, pues no hay nadie que lo ignore, que lo cobrado todos los años es el marcado por la ley del trabajo pero Vd. y nosotros comprendemos que con el marcado « JORNAL BASE » que está reglamentado, nadie podemos cubrir ni las más urgentes y elementales necesidades, y una vez comprobado según creemos, nuestra enorme voluntad de superación en nuestro correspondiente trabajo, buscando hora tras hora, y día tras día el beneficio de Vd. que es el nuestro, tenemos la plena seguridad que pondrá el máximo interés para que después del estudio o resumen que Vd. crea conveniente, solución de una manera satisfactoria nuestra presente demanda.

TRASLADO DE LA EMPRESA A PALAU DE PLEGAMANS

Después de nueve años de esfuerzos, (año 1965) la empresa Blansol había logrado un ritmo de producción y calidad, que, en su especialidad, le había situado entre las mejores de Cataluña.

No obstante, la barraca que la cobijaba tenía un aspecto triste, sucio, raquítico, que contrastaba con la calidad y cantidad del producto. Todos los obreros hubieran preferido una fábrica con grandes ventanales, mucha ventilación y espacio suficiente para moverse con soltura. La Dirección, por razones de prestigio, hubiera también deseado presentar a los clientes un aspecto más pulcro, tanto con respecto a la fachada como en sus interiores.

Pero las cosas estaban condenadas a seguir igual hasta cierto día, en que la Dirección recibe un comunicado del Ayuntamiento, en el que le anuncia la expropiación de los talleres de la empresa, debido a un plan de reforma urbana. Ante esta noticia la Dirección abrió el ojo, y de manera especial el Sr. Sol « con seguridad que por el precio de esa expropiación en la zona urbana, tendremos terreno y edificios nuevos en alguna de las zonas de expansión industrial ».

El Sr. Sol empezó a moverse privadamente por el Ayuntamiento, para averiguar qué cantidad de dine-

ro podía esperar de los organismos oficiales por la venta forzosa de sus talleres. Paralelamente sondeaba la adquisición de terreno para construir la nueva planta. Hizo cálculos y le salieron positivos. Y así, por las buenas, los trabajadores les llega la noticia del traslado de la empresa a Palau de Plegamans, por expropiación forzosa por parte del municipio.

La mayoría vivían bastante cerca del taller. Unos en el mismo barrio de Sants, otros en Hospitalet o Cornellá. Por esto, el traslado de la empresa fuera de Barcelona les iba a perjudicar a todos. Habría que levantarse antes para acudir al trabajo, y el tiempo del transporte nadie iba a abanárselo.

Un año después de la primera noticia del traslado — esporádicamente se había sabido algo de la marcha de las obras — el día 7 de agosto de 1966, aparece en el tablón de anuncios un documento: la concesión oficial del traslado por la Delegación de Trabajo.

CONSIDERANDO: Que la finca donde radica la industria de la peticionaria ha sido expropiada, viéndose obligada a trasladarse a las nuevas instalaciones montadas en la localidad de Palau de Plegamans, traslado que redundará en beneficio de la Empresa y de los trabajadores; aquélla, porque al disponer de locales amplios y modernas instalaciones obtendrá una sensible mejora en la producción, y éstos, porque mejorará su forma de trabajo, por lo que procede autorizar el traslado interesado... etc. etc.

Firmado: El Delegado de Trabajo.

La lectura dejó a todos ellos llenos de interrogantes y dudas. El documento exponía cuáles serían los beneficios de la empresa: « una sensible mejora en la producción ». Los beneficios de los trabajadores se concretaban con: « una mejora en su forma de trabajo ». Beneficios eco-

nómicos, ni uno, nada. La noticia causó mal impacto en el ánimo de todos ellos. A medida que se desencadenaban los comentarios, las desilusiones iban en aumento. El documento suponía, de entrada, que muchos no aceptarían el traslado tan lejos, para mejorar sólo las condiciones de trabajo. Pero esto no era todo, pues el Sr. Sol pensaba liquidar parte de la plantilla, y quedarse sólo con los más capaces profesionalmente... Después se supo que la empresa se había preocupado ya de buscar nuevos trabajadores en el pueblo de Palau. Ahorraría el pago del traslado y tendría la mano de obra más barata. Se repetiría aquel dejar en la estacada — como al técnico bohemio — a todas aquellas personas a las cuales ya no necesitaba. Hacer dinero, contaba por encima de todo.

Muchos obreros anticiparon ya aquel día su decisión: se darían de baja y buscarían trabajo en otra parte. Los más responsables se resistían a creer en el desastre que contemplaban sus ojos; el conjunto de hombres que formaba la empresa se hundía por momentos.

Tantos años y tantos esfuerzos juntos, con unas mismas ilusiones y con una estrecha camaradería y amistad, no podían echarse a perder por la falta de sensibilidad y humanismo de la Dirección hacia todos los que constituían la empresa!

Ante esta situación son los mandos quienes reaccionan primero exigiendo que se mantenga la plantilla. Decidieron exponer por escrito, una dura crítica de este comportamiento de la Dirección, insinuando que ellos también abandonarían su cargo si se obligaba a dejar el trabajo al personal, por falta de compensaciones justas en el traslado.

Vale la pena dar unas muestras de estas comunicaciones personales a la Dirección. Fueron presentadas, en un solo pliego, en el mes de setiembre de 1966. Eran 7, los que emprendieron espontáneamente la defensa de

sus compañeros. Este hecho de solidaridad, explica muchas de las cosas admirables que sucedieron después y que relatamos en este libro. No es común, en el mundo obrero, una toma de posición tan clara por parte de los mandos a favor de la plantilla de trabajadores.

Los siete escritos merecen ser publicados íntegros, pero por temor a alargar excesivamente esta crónica, publicamos sólo tres.

OPINIÓN DE LOS MANDOS SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS ACTUALES

Habiendo expresado ya varias veces de palabra, nuestro desacuerdo con respecto a algunas actuaciones de la Dirección de la empresa, lo hacemos una vez más, por escrito, para dejar bien sentada nuestra posición ante los acontecimientos que se avecinan.

Lo hacemos por separado, porque cada uno pueda expresarse libre y conscientemente, de cara a una más amplia visión de los hechos.

*

(Encargado)

Pretender que un hombre casado marche a 25 km. de Barcelona sin asegurar una compensación económica y aspectos básicos de su seguridad es forzarlo a dudar.

Más aún, si la dirección queda impassible ante la marcha de varios productores, produce confusión entre los que mejor voluntad tienen.

Por tanto carece de lógica exponer unas condiciones tan precarias que forcemos a marchar a estos hombres que amargados por la poca consideración, tendrán que buscar nuevos horizontes en otra empresa.

Son a estos hombres que pidieron la baja en estas condiciones, en primer término, que la empresa les debe el

mejor fruto; ellos fueron los que con su esfuerzo lograron lo que hoy es. No es justo pues que se les trate como mercancía que cuando no interesa sin ninguna consideración se lanza al mar.

No podemos justificarnos ante la palabra « bien de la empresa » destruyendo todo lo realizado a través de los años. Es indudable que toda mi actitud está impregnada de un deseo sincero de mejorar la empresa. ¿Hemos pensado qué vamos a hacer con una empresa en cuyos hombres está minada su moral, por la desconfianza, indiferencia y a los cuales se exige sin hacerles partícipes?.

...etc. etc.

*

(Jefe de equipo)

A la dirección de la empresa.

Como ya saben un servidor su gusto es subir y cumplir una vez más con su servicio en esta empresa, pero he visto que todos los productores de mi sección, por ciertas razones de salario, han pedido la baja.

Creo que si por un mal entendimiento entre empresa y productores se llega a tal extremo, sería muy poco humano que yo siguiera en esta empresa ya que yo como ellos se nos debe que la empresa vaya siempre a más.

Si la empresa no los necesita creo que a mí tampoco porque veo que no se piensa ni se mira el factor humano y con estas condiciones yo no le seré útil a tal empresa y por estos motivos pido el cese de trabajo.

Creo antes de llegar a tales extremos se llegue a un entendimiento entre trabajadores y empresa.

*

(Encargado)

Sr. D. Luis Sol.

Muy Sr. mío: A través de casi 10 de permanencia en esta Empresa, he visto infinidad de hechos y actitudes diferentes en todos los sentidos, algunos graves, otros no

tanto. Ahora nos encontramos ante otro hecho que supera todos los habidos hasta ahora.

Estoy convencido que el personal no ha sido tenido en cuenta al decidir en su momento, la localidad donde situar le nueva fábrica.

Cuando se aproxima el día del traslado todos estamos esperando ver en qué condiciones humanas, higiénicas y económicas nos vamos a encontrar, mientras tanto nos sorprende el absoluto silencio de la Empresa a este respecto.

La Empresa pone un autocar para trasladar el personal, pero ¿es esto suficiente? ¿se le puede exigir a un trabajador que en lugar de estar 9 horas fuera de casa, a partir del traslado esté 11 o más con la misma remuneración que aquí? Si, para todos aquellos que han pasado de los 35 años, es casi por la edad, y por la imposibilidad de encontrar empleo, una exigencia que les ha planteado la Empresa y que no pueden y no tienen opción a otra cosa.

La Delegación de Trabajo ha dictado las condiciones en que debe subir el personal a Palau, si las condiciones hubieran sido desfavorables para la empresa, seguro que no las aceptaría, como tenemos que aceptarlas nosotros. Me he planteado más de una vez si la sociedad, no estará caminando hacia un nuevo tipo de esclavitud con su nueva faceta de escoger solo el mejor, sin tener en cuenta los servicios prestados por otros.

Como no nos ha sido posible establecer un diálogo con la Dirección porque ésta en algunas ocasiones concretas lo ha rechazado y nos ha pedido por escrito lo que queríamos decirle le expongo aquí los puntos y opiniones para la buena marcha de la empresa y del bien común de todos los que en ella trabajamos.

1º) La Empresa no puede aceptar o interesarse por unos y desinteresarse por otros. Todos tenemos los mismos derechos y la misma necesidad de empleo y sueldo, y todos, desde la alta Dirección hasta el último peón somos necesarios en la nueva planta.

2º) Mucho ha costado a la Empresa y a los mandos la

formación profesional del personal, para que ahora se eche todo a rodar sin tener en cuenta el esfuerzo y el dinero que costó formarlo (Rotura de moldes, de machos, herramientas, tornos, piezas estropeadas, etc.).

3º) La Empresa debe concretar y exponer al personal las condiciones en que subirá a Palau,... etc.

Si Vd. no puede asegurar que todos estos puntos se tendrán en cuenta, tampoco yo me comprometo a aceptar en otras condiciones seguir prestando mis servicios en Palau.

*

El pliego de cargos causó su efecto. Inmediatamente después de leído, el Sr. Sol llamó a los mandos.

Les dijo que el documento del tablón de anuncios no era la última palabra de la empresa. « Vosotros sabéis bien que siempre os he gratificado con más de lo que marca la ley ».

« Pero debéis haceros cargo de los quebraderos de cabeza y de las complicaciones que supone ese dichoso traslado. No sólo por razones burocráticas — ¡no podéis imaginaros la de papeles que hemos tenido que hacer! — sino de las derramas económicas que supone la más pequeña gestión oficial o las compañías, como la de electricidad, de aguas, etc. Cada cosa supone miles y miles de pesetas ».

« Este cúmulo de gestiones, visitas, papeles, nos ha proporcionado como os he dicho, grandes quebraderos de cabeza, y no hemos podido dedicarnos a hacer el estudio del personal y de las nuevas condiciones de trabajo. Queda tiempo para arreglarlo. Hemos creído que no tiene el carácter de emergencia, como, por ejemplo, el problema que tenemos en este preciso momento, que me comunican que la máquina nueva traída de Italia, no entra por la puerta. Seguramente habrá necesidad de practicar una abertura en el muro nuevo, para entrarla.

Esto significa llamar de nuevo a los albañiles, a los carpinteros, decidir el día que podrán hacer el traslado de la máquina, etc.

« El Sr. Pedret ha hecho, ciertamente, algún sondeo para saber si en Palau hay posibilidad de encontrar gente, pero no para sustituir a nadie, sino porque en la nueva factoría se necesitarán cuatro o cinco más ».

« Os prometo que, tan pronto la estructura esté en marcha y la economía algo recuperada, ya que el cambio ha supuesto grandes gastos, nos dedicaremos a abordar ampliamente toda esa problemática que habéis expuesto. Pero en relación a las mejoras económicas, debéis haceros cargo que hemos quedado sin un real. Para citaros una partida importante, os diré que no sabemos aún cuando cobraremos la respetable cantidad que nos debe el Ayuntamiento por la expropiación de este edificio en el cual estamos ».

« Así que, de momento, las cosas se arreglarán provisionalmente sobre la marcha, como hacemos con todo lo demás. No dudéis en venir a verme siempre que algo no funcione. Intentaremos remediarlo tan rápidamente como sea posible ».

« Os ruego, pues, que comunicuéis a toda la plantilla de la empresa que, por parte de la Dirección, no hay interés alguno en que nadie abandone su trabajo el día del traslado. Que todas las demandas serán tenidas en consideración minuciosamente y se harán las compensaciones que sean justas y razonables. De esto, podéis estar seguros. Nuestra empresa ha dado un gran tirón, y este avance ha de ser en beneficio de todos. ¡No faltaría más! ».

Y así, con ese « rollo » bien machacado, y con aire bonachón, suave y convincente, barrió las telarañas de sus ojos y, una vez más, les lavó la cara con un trapo sucio.

Los acontecimientos posteriores dieron buena prueba de ello. Pero de momento tuvieron que apechugar una vez más.

*

La entrevista con el Sr. Sol fue ampliamente comentada entre los mandos y sus compañeros de taller. No sabemos si debido a la confianza que, a pesar de todo, se tenía en la Dirección, o el interés que demostraron los mandos en mantener toda la plantilla, el caso es que la inmensa mayoría rectificaron su decisión de pedir la baja, y aceptaron el traslado, sin más.

Acción de la sección de utillaje.

Pero estas condiciones de Sol no fueron aceptadas por la sección de utillaje, que, más unida, reaccionó en una acción de fuerza apoyada sobre su valía profesional. Eran 9 en total y todos imprescindibles para la producción, ya que eran quienes fabricaban las matrices y las brocas especiales para las prensas y tornos revólver. Toda la producción dependía de sus delicados trabajos.

Se reúnen los nueve. Hablan de los inconvenientes del traslado. Saben que su especialidad está muy bien remunerada en todas las empresas metalúrgicas; que para ellos no será problema encontrar trabajo. Saben que la empresa no podría soportar el hundimiento en seco de la sección de utillaje; por consiguiente, si deciden abandonarla en bloque, el día del traslado, la dejan en pelotas. Suben a Dirección, y exponen su decisión en pocas palabras. O la empresa se compromete a aumentar su salario de 3.000 pesetas al mes, a partir del momento del traslado, o se van en bloque, en aquel mismo día.

El Sr. Sol no tenía opción, así que tuvo que someterse a esta petición. Como los nueve estaban firmemente decididos a darse de baja, si no se les daba el aumento solicitado, la empresa les tuvo que decir que SI, con gran alegría por parte de ellos.

Pero su alegría es compartida con muy poco entusiasmo por sus compañeros de trabajo. Estos irán a Palau con el mismo salario provisional; en cambio los nueve de utillaje entrarán ya con 11.000 pesetas en lugar de las 8.000 actuales. Una tal situación no podía inspirar alegría a nadie que tuviera conciencia de clase. Así que tuvieron que oír alguna crítica amistosa, de parte de los compañeros más responsables del taller.

Les dijeron que no se trataba, naturalmente, de estropear lo logrado, puesto que en sí mismo, era positivo. Era una demostración de que cuando se está unido y preparado, la acción obrera es fulminante. Convenía no perderlo de vista. Debía servir para más adelante.

Por contrapartida veremos como poco tiempo después, estos mismos compañeros de utillaje dieron la cara y algo más, para que la empresa retribuyera más justamente a los simples peones. Cuando existe sinceridad, los errores cometidos precipitadamente, se convierten en una fuerza interior que obliga a la compensación y a una mayor solidaridad. Lo importante es que uno tome conciencia de lo que es el compañerismo y que no haya trampas. Y este fué el testimonio que dieron los nueve compañeros de utillaje.

*

Siguiendo más o menos en la misma situación, llegó el verano de 1967, y después de vacaciones, volvieron a encontrarse prácticamente todos en Palau de Plegamans.

La nueva fábrica está instalada en el polígono indus-

trial del Vallés Oriental, zona en la cual, desde hace unos años se van concentrando empresas y más empresas. El pueblo tiene unos 2.300 habitantes y está relativamente cerca de Sabadell, del que depende judicialmente. Pero la fábrica dista más de un quilómetro de la población. Las instalaciones recién estrenadas, constan de dos naves. En una de ellas, está la fundición, y en la otra, además de las oficinas y la Dirección en el piso alto, hay las secciones de utillaje, tornos y prensas.

La fábrica nueva se puede ya considerar como una mediana industria. La zona era aún bastante desierta. Había ya algunas empresas de volumen parecido: Helados MARISA, PLASTICOS CELULOCICOS (100 trabajadores), Talleres GALI; y aunque estaba en camino de ser poblada por otras industrias, la mayoría se hallaban en fase de construcción: FERVIK, IMECA, BLASBER, Barnices y Pinturas BEROY, etc. Por lo cual BLANSOL se encontraba en un aislamiento casi completo.

Aquí, en esta factoría solitaria y perdida del Vallés, a unos 20 quilómetros de Barcelona, tomaría forma, a nivel reducido — como si se tratara de un ensayo coronado por el éxito — una de las proezas del movimiento obrero de Cataluña.

La acción reivindicativa y revolucionaria de la clase obrera, no quería quedar rezagada en esta marcha progresiva que la empresa Blansol había iniciado once años antes, en el número 8 de la calle de Viella del barrio de Sants, hasta la explanada de Palau de Plegamans. Y si hemos de juzgar por los hechos, debemos afirmar que fue mucho más rápido el proceso de maduración y revuelta en los talleres, que la capacidad táctica de la Dirección para organizar la explotación y asegurarse sus mecanismos. Lo veremos a continuación.



EL COMITE DE FABRICA

Once largos años de rodaje de la empresa Blansol, eran muchos años para no darse cuenta de que, a pesar de la aparente buena voluntad del Sr. Sol para convertir *su* negocio en negocio de *todos*, y vivir como en familia, eran los obreros quienes cargaban con lo más arduo de la empresa y en cambio los menos retribuidos. Era evidente que el Sr. Sol se aprovechaba de su buena fe, rayana en la candidez.

Los pequeños incidentes y tensiones del capítulo anterior, suponían que la empresa familiar del Sr. Sol, era una realidad que no existía. Una máquina para hacer churros no puede utilizarse para hacer embutidos, aunque los mecanismos y formas de producción se asemejen. Hay una pieza interior que lo cambia todo radicalmente. Y aquello que provocaba que la empresa se volcara a favor del bolsillo del Sr. Sol y no de los obreros, era un mecanismo imperceptible a primera vista: el dinero, — decía el Sr. Sol — era suyo; y esto le concedía el derecho de administrarlo y dejarlo caer en las manos de cada uno en cantidad que a él le pareciera bien. No la que ellos creían necesitar o la que merecían, como ocurre en una familia de verdad.

Después de tantas peticiones no satisfechas, consideraron que empezaba a ser hora de emprender su propia

defensa. La empresa Blansol no era una familia. Era un negocio mal repartido. Y eso cambiaba completamente las cosas.

Esto, junto con la impotencia para reaccionar contra el traslado, y la pequeña victoria de la lucha unida de utillaje, hizo que unos cuantos obreros entendieran que era necesario que se fueran viendo, que tuvieran reuniones fuera de la fábrica, en una palabra que era necesario organizarse. Era la única manera que veían para acabar con la división, y para que las acciones ya no fueran más acciones espontáneas y esporádicas que no conducían a ninguna parte.

Aunque fueran pocos daba igual, lo importante era empezar un grupo, que fuera capaz después de forjar la unidad de toda la fábrica. A ello ayudó el ingreso de un nuevo trabajador que tenía ya experiencia de luchas obreras, aunque eso sólo lo confió a los cuatro obreros que habían visto la necesidad de organizarse, con quienes se relacionó en seguida.

Primera reunión del Comité de Fábrica. (Enero de 1968).

Los gatos viejos de la empresa escogieron a los obreros que podían ser más responsables y representativos. Se trataba de tener oídos, ojos y presencia física en cada una de las secciones de la empresa. El equipo de amigos escogió:

Un compañero de utillaje.

Un compañero de tornos-revólver.

Un compañero de prensas.

Un compañero de oficinas.

Además, los cinco que habían forjado la necesidad de tener un pequeño organismo que cristalizara y canalizara las aspiraciones e intereses de los compañeros trabajadores, en relación a la empresa. En total debían ser 9.

A la hora de la cita el oficinista no compareció, pero... se arreglan sin él.

Entre los 8, había algún mando y algún enlace sindical, y su presencia era bien vista por el resto del grupo, ya que podían facilitar mucho el trabajo. No hay que olvidar el prestigio que estas personas tienen en un taller pequeño si su comportamiento no es de lacayo, o de vendido.

Era el primer domingo de enero. Su reunión no tenía ningún tipo de malicia, digamos política. Se trataba, fundamentalmente, de hablar de los problemas de la empresa y de concretar, a ser posible, el malestar que se arrastraba con motivo del traslado, en vistas a una mejora económica general. La única novedad consistía en celebrar esta reunión periódica y sistemáticamente. No como lo habían hecho hasta ahora, esporádicamente y con motivo de alguna emergencia.

Resultados de la reunión:

1) Decidieron reunirse cada quince días.

2) Que, además, el grupo se preocuparía de sensibilizar cuánto pudiera a sus compañeros, aprovechando los veinte minutos del « bocadillo », en la empresa, en la que se encontraban juntos, en grupos naturales, por secciones.

Se intentaría dirigir las conversaciones de los compañeros hacia los problemas de la fábrica y de la sociedad, reduciendo los comentarios frívolos sobre mujeres o los más apasionados sobre deportes. Para ello, cualquier pretexto sería bueno: un comentario del periódico, un incidente en el trabajo, un problema familiar, las escuelas

de los críos, etc. Se trataba de elevar la anécdota de cada día, a un nivel de discusión de los problemas de los obreros.

3) Decidieron redactar un escrito sobre el coste real de la vida, que presentarían a Dirección como argumento sólido para sus reivindicaciones económicas. Algunos de ellos se encargarían de recoger datos.

4) Decidieron designar un secretario que tomara nota de los acuerdos y decisiones, y para que revisara su cumplimiento en la siguiente reunión.

5) Decidieron buscar un abogado a quien se consultarían las cuestiones que pudieran surgir desde el punto de vista legal.

6) Decidieron que estas reuniones serían secretas. Nadie debía saberlo, que se reunían. Si alguien, por el motivo que fuera, quisiera un día abandonarlas, podría hacerlo libremente, pero quedaba obligado a mantener el secreto.

Estas medidas se tomaron muy en serio, tanto para evitar las represalias de la misma empresa, como las posibles denuncias a la policía.

Pero si el Comité tenía que ser secreto, en cambio, veían que ellos tenían que ser los más combativos, y los que dieran la cara ante cualquier protesta por las putadas de la dirección.

7) Por último, aunque se trataba de luchar por los problemas de la empresa, vieron que para ello era necesario conocer la lucha llevada en otras empresas. La patronal no explota sólo a los trabajadores de Blansol ya que en las empresas vecinas y en todas pasa lo mismo, pues la explotación es la misma para todos los trabajadores. Por ello tenían que hacerse suya toda lucha obrera.

Quedaron en hablar de huelgas y experiencias que se conocieran (huelgas de la Maquinista T.M., huelgas de los mineros etc.) y pasarse libros; los que más sirvieron fueron dos: « *Nuestra Huelga* » donde los compañeros de LAMINADOS DE BANDAS EN FRIO DE ECHEVARRI nos explican su huelga del año 1966 (la lectura del libro fué muy útil para la lucha de Blansol), y « *La Madre* » de Gorki, libro que hoy se puede conseguir legalmente en cualquier librería del país. También leyeron « *Metello* » de Vasco Pratolini y otros libros que les sirvieron, para ir desarrollado su conciencia de clase.

Al finalizar la reunión, deliberaron sobre el nombre que se darían como grupo que se reúne.

Asustó el nombre de Comisión Obrera, porque por aquellos días los periódicos iban llenos de condenas, por el Tribunal de Orden Público, a obreros acusados de « asociación ilícita ». Además, consideraron que no podían denominarse comisión obrera, puesto que se reunían en secreto y no habían sido elegidos por los compañeros.

El nombre no hace la cosa. Prácticamente los asuntos a tratar y las actitudes a tomar, a nivel de empresa, se identificaban con los de Comisiones Obreras. Pero quedaron constituidos, por las razones expuestas, en Comité de Fábrica.

Se levanta acta de lo acordado aquel domingo, y se depiden. Se sentían satisfechos. Tenían la sensación de haber hecho algo realmente serio.

Al compañero de oficinas que no había comparecido, se le expuso todo con detalle. Pero él estaba inquieto, sentía miedo, y renunció.

De enero a marzo de este año, se puso en práctica el plan previsto. Trabajaron lo mejor que supieron. Y trabajaron con ilusión y entusiasmo. La hora del bocadillo resultaba cada día más animada; las noticias de interés laboral y social iban en aumento, se consultaba sobre el

alza de los precios y gastos generales de las familias, etc. y se celebraba regular y seriamente la reunión quincenal. He aquí un modelo de acta de estas reuniones:

ACUERDOS REFERENTES AL INFORME A PRESENTAR SOBRE EL AUMENTO DE SALARIO.

Se ve la necesidad de informarse sobre los índices actuales de aumento en el coste de vida partiendo de estadísticas; se acuerda que el grupo responsable para este fin, visite y se informe en los sitios convenientes.

El informe debe ser enfocado de la siguiente manera:

1º) Exigencias económicas en el momento actual por los obreros menos retribuidos.

2º) Realidad de nuestro salario actual frente a esas exigencias de la vida.

3º) Promesa hecha por la dirección delante de los enlaces, de que nos aumentaría el salario en enero del 68, y que no cumplía.

4º) Tener presente la situación creada en la empresa por el traslado, además de la devaluación y crisis nacional.

Esto nos hace ver que nuestra preocupación más importante dentro de la empresa, está en los menos retribuidos: especialistas, peones, etc.

Llegamos a la conclusión de que si alguna ventaja económica se pretende hacer, debe iniciarse fundamentalmente en estos últimos.

Se concreta para la próxima reunión presentar el informe laboral.

Se observa en todos los miembros gran preocupación por la seguridad en el trabajo. Se hace mención de ésta, por haberse accidentado un compañero y no haber dispuesto la Dirección de medios de locomoción para su traslado al lugar más próximo. Se acuerda presentar a la Dirección un informe de nuestra indignación y preocupación por este hecho.

Claro está que no todas las actas tenían esa nitidez y claridad. En cada reunión se designaba un secretario nuevo. Y algunos de ellos, a la hora de empezar, sacaban del bolsillo simplemente un pedazo de papel más o menos sucio y arrugado, en el que había cuatro breves y mal trazadas anotaciones que servían de punto de referencia. Pero, ¡era suficiente!



PRIMERA PETICIÓN VERDADERAMENTE COLECTIVA

Tal como se habían propuesto, a medianos de febrero tenían ya un montón de notas y apuntes sobre el coste de la vida. El Comité de Fábrica los ordenó, y se redactó un documento elevando una serie de peticiones a la Dirección.

El problema que se presentó fue cómo introducirlo en los talleres, sin revelar la existencia del Comité como grupo. Y se valieron de los miembros del Comité que eran enlaces sindicales. Estos lo mostraron como cosa propia al resto de los enlaces, y el documento fue presentado, a través de ese canal, a todos los compañeros de taller, a los de oficina técnica y a los administrativos. Fue discutido a discreción, por todos. Algunos hicieron aportaciones realmente substanciosas. Finalmente fue firmado por la inmensa mayoría.

El documento es un testimonio de la candidez de los trabajadores ante la empresa, en cuanto a su contenido; pero en cambio, llevaba ya la carga de un acto de solidaridad colectiva, y entre bastidores un Comité que la dirigía constantemente.

He aquí el documento:

A medianos del pasado año 1967, los enlaces expusieron a la Dirección de la Empresa, como representantes de sus

compañeros, la inquietud de éstos por el descenso del premio de producción.

En respuesta a la petición de aumento, del fondo en ptas. que consta dicho premio de producción, se nos dijo que la empresa pasaba por unos momentos económicos difíciles debido al traslado, nueva planta industrial, compra de maquinaria, etc. y que solicitaba ésta del personal, que aguardase hasta primeros de año, que entonces la empresa haría un reajuste de salarios.

Un enlace expresó que a primeros de año se implantaría el nuevo convenio colectivo del ramo del metal de la industria siderometalúrgica de la provincia, pero que en principio no se podía esperar gran cosa de él.

Entonces se nos comunicó que, a partir del convenio colectivo, la empresa haría un reajuste salarial.

Ha sido pensando en la promesa de dicho reajuste salarial, y con el fin de que éste se ajuste en lo posible a la realidad actual, que los enlaces ponemos a disposición de la empresa el presupuesto familiar de un matrimonio con dos hijos y otras consideraciones, a fin de que les pueda servir de ayuda al planear el nuevo reajuste salarial antes expuesto.

Partiendo de muchos problems que en el order económico tenemos planteados los productores de esta empresa, y basándonos en la promesa de la Dirección de un aumento a primeros de 1968, dirigimos a Vds. esta petición.

El incremento considerable del coste de la vida y su insuficiencia en el presupuesto familiar, hace que nuestro salario quede cada día más corto y así, en este momento, el promedio del salario de un especialista es de la cantidad de 7.560,20 pesetas mensuales, con los puntos familiares incluidos.

En cambio sus necesidades son superiores, alcanzando, según datos recopilados de recientes estadísticas, para una familia compuesta de matrimonio con dos hijos, la cantidad de 10.378,— como salario mínimo vital. Esta cantidad puede parecer desorbitada, pero antes de juzgarla veamos de dónde ha salido:

<i>Producto</i>	<i>Cantidad</i>	<i>Precio</i>	<i>Coste mensual</i>
Pan	1 Kg. diario	11.—	330
Patatas	1 » »	6.—	180
Carne	10 » al mes	120.—	1.200
Pescado	10 » »	50.—	500
Mantequilla	1 » »	110.—	110
Leche	1,5 li. día	11,60	522
Café	350 gr. al mes	160.—	54
Azúcar	3 Kg. »	16.—	48
Legumbres	5 » »	16.—	150
Pasta para sopa	2 » »	30.—	32
Huevos	4 docenas al mes	36.—	144
Aceite	6 li. al mes	38.—	228
Vino	12 » »	9.—	108
Chocolate	1 Kg. »	80.—	80
Verdura	promedio del mes		400
Fruta	30 Kg. al mes	15.—	450
Arroz	3,5 » »	18.—	63
Fiambres	promedio del mes, desayunos, meriendas		600
Total alimentación			5.198

Visto el capítulo de alimentación, el resto de los gastos se reparte de la siguiente manera:

Vestido	830,04	8%
Mantenimiento del hogar	1.037,80	10%
Formación y diversión	1.037,80	10%
Gastos generales	1.864,84	18%
Previsión	415,12	4%

Así pues los gastos que resultan mensuales para una familia de 4 miembros (matrimonio y dos hijos) ascienden a 10.378 ptas. Este debe ser el salario mínimo. El salario ideal sería pues en lugar de contar el 50% del salario para

alimentación, debería ser el 40%, lo que nos daría un salario de 12.972 ptas. mensuales.

Vistas las cifras se preguntarán Vds. cómo se las arreglan los que no ganan estas cantidades, en la empresa.

Pues haciendo horas extraordinarias y reduciendo más los índices de vestido, mantenimiento del hogar, formación y gastos generales (alquiler, portería, basurero). Del ahorro no hablemos, pues es un lujo hoy en día y si alguien puede ahorrar es sacrificando más de lo que puede.

Otro aspecto que creemos es importante resaltar es que hay unos más afectados que otros, o dicho de otra manera, que existe cierto desnivel entre unos y otros de los que en esta empresa trabajamos; creemos pues que es a los que tienen su salario más bajo, los que primero tendrían que nivelarse, pues son los más afectados por las actuales circunstancias.

Por lo tanto, ya que estamos en época de modernización, bien iría que los salarios también se modernizaran, a la altura en que se ha modernizado la empresa de unos años a esta parte.

Todos los productores de esta empresa hemos puesto gran confianza en la promesa hecha por la Dirección hace seis meses sobre el citado aumento, y en ello basamos nuestra esperanza para la posible solución de nuestros problemas en el orden económico.

Esperando su respuesta les saludan los representantes de los trabajadores.

A primeros de marzo los enlaces se presentaron en Dirección con el documento y las 62 firmas. Les recibe el Sr. Sol en su despacho:

Venimos a entregarle, en nombre de todos, un estudio que hemos hecho sobre el coste de la vida, y las peticiones que nos parecen justas de cara a un reajuste del jornal.

El Sr. Juliá se acerca a la mesa de Sol y mira, junta-

mente con él, las hojas presentadas, leyendo su contenido en diagonal.

Sr. Sol. — ¡ No está mal, no!. Y dirigiendo la mirada hacia Juliá: — Supongo que algo más, sí, deberemos darles.

Sr. Juliá. — ¡Oh! haga usted números y verá! ¡Sólo a 1.000 pesetas de aumento por mes, en un año la cosa se va alrededor de dos millones eh!.

— ¡Uy! ¡Uy! — exclamó espontáneamente el Sr. Sol. Después, queriendo disimular su negativa, añadió: — Lo estudiaremos atentamente y lo tendremos en cuenta.

A los enlaces nada les quedaba por decir. El escrito no tenía contrapartida ni insinuaba represalia alguna. Era un pura, simple y correctísima petición de aumento de salario, que se dejaba, en última instancia, en manos de la empresa. A pesar de que, una vez más, era evidente que los obreros llevaban toda la razón.



PRIMERA ACCIÓN DIRECTA

Los veinte minutos del « bocadillo » empezaron a funcionar regularmente. Poco a poco se habían convertido en una especie de cursillo indefinido de promoción acelerada de conciencia de clase. Hicieron su entrada en los comentarios de día, Vietnam, guerrillas de la América latina, las huelgas de los mineros de Asturias, la crisis y falta de trabajo en Barcelona, etc. En este marco de fondo, apuntaban poco a poco sus problemas más vitales; que en España, los obreros, como tales, están muy indefensos ante la empresa; prueba de ello era, que el pliego de cargos y reivindicaciones que con motivo del aumento del coste de la vida, entregaron a Dirección, no recibió, como siempre, respuesta alguna, y los obreros no tenían ningún tipo de arma legal o social para obligar a la empresa a atender sus demandas. El sindicato oficial no sirve para estas cosas de fondo.

Es importante tener presente ese clima de fondo, para explicar una primera reacción de protesta que desbordó y prescindió de las formas correctas de escribir un papel, o mandar una comisión a Dirección. Fue ya una acción directa.

La causa fué la inseguridad del trabajo y transporte, en el turno de tarde. Ya un par de meses antes, se vieron obligados a protestar por la falta de un vehículo que

estuviera permanentemente por los casos de necesidad. Pues un compañero del turno de tarde sufrió un accidente de consideración, y al no haber ningún vehículo a mano, hubo que acompañarle a la Mutua!! en bicicleta!!! ¿Qué hubiera pasado si el accidente hubiera sido grave?. Los enlaces, protestaron por ello, pero habían pasado dos meses y la solución no llegaba; al contrario, es entonces cuando la cuestión del vehículo se agravó, como veremos:

En el turno de tarde, al ser pocos los que vivían en Barcelona (9) eran trasladados por la camioneta D.K.W. de la empresa. Durante todo el día la camionetta transportaba mercancías y materiales. Pero últimamente se aprovechaba el viaje de primera hora de la tarde, para hacer una carga más, llevando a los nueve obreros, junto con las barras de hierro y cajas de material, como un instrumento más.

Los operarios se habían quejado varias veces de lo molesto que resultaba el tener que viajar 20 kilómetros cada día en estas condiciones.

También, y en todos los tonos, se quejaban al conductor, pero éste les contestaba:

— ¡A mí me lo mandan! ¡Qué queréis que haga!!

Un buen día, el 12 de marzo del 1968, iban mal, como de costumbre, a causa de los paquetes de materiales. De pronto, el conductor tiene que dar un frenazo y una barra de hierro rueda, y va a dar contra el pie de un compañero.

Indignados y con un malhumor muy subido de tono llegan a la empresa, y en grupo, deciden ir a protestar a la Dirección. Estaban concentrados en el taller de mecanizados, para subir a la Dirección cuando baja Pedret.

— ¡Qué pasa aquí! — les pregunta.

— Estábamos hablando de subir a ver al Sr. Sol,

para protestar de los hierros y materiales que meten en la D.K.W. que nos trae al trabajo.

— ¡Mañana no ocurrirá! Os doy palabra.

— Bueno, pues si no ha de suceder más, quizás no es necesario que subamos a ver al Sr. Sol — contesta por todos el operario que había tomado la palabra, los compañeros asintieron. Y de momento, así quedaron las cosas durante dos días; dos cortos días.

*

El día 14 de Marzo, algunos del turno de tarde, esperaban en Fabra y Puig, como cada mediodía, la D.K.W. que les conduciría a Palau. Llega la camioneta y al subir les dicen:

— ¡Otra vez temenos hierros!!.

Arranca la furgoneta y un operario (que es del comité secreto) empieza:

— ¡Parece mentira, eh! ¡La empresa nos tiene por una mierda!

— ¡Quedamos, el otro día, en que esto no podía tolerarse más!

— ¡Tendríamos que bajarnos!

— ¡No hay narices! ¡Ya lo ves!!

La camioneta llega a los cuarteles de San Andrés y hace su última parada para recoger a otro compañero.

En aquel momento se abre paso el operario que había protestado anteriormente y apeándose, desafía a sus compañeros:

— Pues yo, en estas condiciones no voy. ¡Qué se han creído!

Los de arriba estuvieron unos instantes dudando. Fueron unos instantes, porque acto seguido bajó otro (era también del Comité de fábrica) diciendo:

— ¡Yo también me quedo!

— ¡No arranques, Tú! Espera, que nos bajamos todos — continuó un tercero desde dentro.

Y se encontraron los nueve en tierra, (un jefe de equipo entre ellos).

Después le dijeron al conductor que se fuera sin ellos.

« ¡Y ahora, qué! »

— Vayamos a coger el coche de la Segalés y que pague la empresa — sugiere uno.

Se llegaron hasta la parada de la Segalés S.A. y allí esperaron más de una hora. Finalmente, alrededor de las tres, llegó el coche de línea. Bajaron en el cruce que da a la empresa Blansol. La tenían a unos 300 metros de distancia.

No podían presentarse en actitud vergonzante, sino convencidos de su gesto de protesta, por lo que se dirigieron hacia la empresa formando un grupo compacto y unido.

En el momento de llegar, ven al Sr. Sol y al Sr. Juliá contemplándoles desde el ventanal de su despacho. Y al entrar, les sale al paso el Sr. Pedret, les detiene y les dice en tono de mando:

— Lo siento, pero no podéis entrar, quedais castigados a no trabajar esta tarde.

— Nosotros venimos a trabajar, ¡no pueden imponernos una sanción!

— ¡Pero habéis llegado más de una hora tarde! — replica Pedret.

— Usted nos dió palabra de que no se repetiría esto de transportarnos como si fuésemos material de carga, ¡No hemos faltado nosotros, sin usted!.

— Nosotros venimos a trabajar, y exigimos que se nos pague el autobús y la hora que hemos perdido.

— ¡Lo siento mucho! El Sr. Sol me ha ordenado que esta tarde no os permita la entrada al trabajo. No es que

se haya decidido hacer caso omiso de vuestra petición. Al contrario, lo de hoy, ha sido una urgencia que no se repertirá. Pero para el buen funcionamiento de esta empresa, es necesario que se mantenga el principio de autoridad, y por ello se ha decidido que esta tarde no entren al trabajo.

— No siga Sr. Pedret, porque no nos convence. Por consiguiente no aceptamos esta sanción, sino que la consideramos una injusticia.

— ¡Haced el favor de marcharos, mañana hablaremos!.

— ¡Vámonos! — y se marcharon no humillados, sino indignados.

Los dos trabajadores del comité aprovecharon el incidente y este primer enfrentamiento colectivo con la empresa, para poner de relieve la falta de sentido de justicia del Sr. Sol, quien, en lugar de disculparse, pretendía castigarles.

« Además, es tan infeliz, que el castigo que nos impone perjudica más a él que a nosotros. No trabajando, quien pierde es él, pues no habrá producción. Es él, quien necesita de nuestro trabajo para hacer dinero. Si nuestro trabajo le perjudicara, no nos contrataría. Nos necesita más a nosotros que nosotros a él. Y Pedret sabía que teníamos razón. Pero esos tipos, de la arbitrariedad y de lo que les pasa por los cojones, pretenden hacer ley suprema. No podemos consentirlo ».

Los compañeros asentían, y cada cual decía la suya. Al final, partieron hacia sus casas, después de convenir que avisarían o hablarían con algunos compañeros del turno de la mañana, para contarles lo ocurrido, y ver lo que se podía hacer.

A las seis de la mañana, durante el trayecto en el coche especial de la Segalés que conducía al personal del primer turno, se comentaba « la plantada » de los compañeros de tarde. A todos pareció muy bien. Y cuando a mediodía llegaron éstos para relevarles, les felicitaron calurosamente. Era el apoyo moral por la acción del día anterior.

Al domingo siguiente se reunió el comité de fábrica.

Se analizó la situación creada por el abandono de la D.K.W. Se vio favorable pues representaba un nuevo nivel de lucha. A este hecho que puede parecer ínfimo, se le dio importancia, ya que era una acción, que de hecho había sido un paro de más de una hora. Y la empresa también le había consiredado así, y por esto su reacción, fué castigar, (al jefe de equipo, le pusieron una sanción complementaria).

Se discutió la posibilidad de pedir al turno de mañana un apoyo más concreto, pero la situación no estaba madura para ello; por lo que se decidió visitar al abogado, a fin de que cursara una denuncia contra la empresa, y reclamara el importe del viaje en el coche de línea y el jornal perdido.

Parecía seguro que, a partir de aquel momento, la empresa no cargaría ya más planchas y barras de hierro, al hacer el traslado del turno de tarde. Parece ser que el único medio eficaz, era la acción directa.

— ¿Y si algún día vuelven a meter material? — pregunta uno.

— ¡Pues volveremos a bajar! — contestó otro. Debemos hacer de ello una cuestión de principio.

El problema que quedaba en suspenso, era saber si tendrían imaginación suficiente, para hallar formas de

presión colectiva que siguieran cargando este nivel de lucha.

Este mismo año obtendrían la respuesta.

*

Como curiosidad y apéndice, es necesario hacer constar el resultado de la denuncia.

A los tres días se entrega la denuncia e la Delegación de Trabajo. Un mes después, la Delegación mandó un inspector a la empresa.

Habló primero con la Dirección. Y « ¡al año! » cuando ya la huelga había estallado y estaban todos despedidos, llegó la respuesta oficial.

¿Queréis saberla?

« No hay lugar por haber sido ya resuelto satisfactoriamente por la empresa ».

He aquí un asunto legal, que resultó — ¡como todos! — perfectamente inútil.



CAMPAÑA DE LOS SOBRES Y PREPARACIÓN DEL PRIMERO DE MAYO

Un amigo, desaparecido ya, contaba siempre una historieta que demostraba, casi gráficamente, el valor del equipo y de la solidaridad, frente a las posturas individualistas de ir cada cual a lo suyo.

Un buen día, 25 labradores gallegos salieron del pueblo, juntos, en caravana, apiñados, dirigiéndose a la ciudad para vender, en el mercado, sus productos. Una vez allí, despacharon rápidamente aves y hortalizas, y con las carteras bien repletas, emprendieron el camino de vuelta a sus casas, juntos también, como antes. De repente a mitad de camino, una potente y amenazadora voz les grita: ¡alto! por delante, seguidamente otra voz grita lo mismo por detrás e inmediatamente se oye otra al lado. Tres bandidos armados de escopetas les apuntaban. Ordenaron que nadie se moviera. Les registraron a fondo los bolsillos y los dejaron sin un real.

Al llegar al pueblo todos ellos contaron lo acurrido, de qué forma los habían desplumado por el camino. La gente les preguntaba: « ¿Pero, cómo lo habéis permitido siendo tantos? » Y ellos contestaron: **ES QUE NOSOTROS IBAMOS SOLOS.**

Y era cierto: cada cual iba a lo suyo. Eran 25 veces una sola persona. En cambio los 3 bandidos formaban una sola cosa.

Lo que motiva que cada cual vaya a lo suyo, es, muy a menudo, el egoísmo del propio dinero. La cartera que se lleva en secreto. La empresa daba al personal, cada mes, un sobre cerrado, que cada cual metía rápidamente en su bolsillo para que nadie supiera cuánto había cobrado.

Este sobre de la paga, sobre individual y de contenido diferente, que variaba según categorías y comportamiento, era un instrumento muy eficaz, usado por la empresa, para sembrar la desconfianza y la desunión entre ellos.

En una de las reuniones los del Comité de Fábrica, abordaron ese tema y decidieron que había que acabar con la mala costumbre de hacerse con el sobre y meterlo en el bolsillo sin enseñarlo a nadie. Había que clarificar las cosas entre ellos, si es que pretendían ir al unísono y formar un cuerpo coherente, sin grietas de pequeños o grandes recelos. La fraternidad, si de momento no podía soñar en que todos ganaran por el estilo, sí que podía lograr no ocultar las diferencias, para así, poder intentar acortarlas.

Era pues necesario, que desapareciera el engaño, la simulación o el desconocimiento del salario real. Era conveniente decir la verdad.

A partir de aquel día, los del Comité empezaron a mostrarse unos a otros los sobres de la paga. Lo hacían sin contemplaciones, casi trompeteándolo, a fin de que los demás compañeros se liberaran de su complejo y les imitaran. Se trataba de dar ejemplo. Y así fue, como a mediados de abril — ¡hubo alguna excepción! — todos los del taller sabían cuánto ganaban unos y otros. La ingenuidad y la mezquindad iban desapareciendo y entre ellos crecía la franqueza y confianza.

Fue entonces cuando se dieron cuenta que, compañeros que hacían el mismo trabajo, no cobraban igual

porque estaban diversamente catalogados. Fue entonces, cuando descubrieron que había cinco peones, padres de familia, que cobraban sólo 4.000 pesetas (puntos aparte).

He aquí los salarios medios por 8 horas de trabajo.

Jefe de taller	16.000 ptas. al mes
Encargado de sección	de 12.000 a 14.000 ptas »
Jefe de equipo	» 12.000 a 10.000 ptas »
Oficial de 1ª (matriceros)	11.000 ptas »
Oficial de 2ª	8.000 » »
Oficial de 3ª	7.000 » »
Especialista A	6.500 » »
Especialista « a secas »	5.500 » »
Peón	4.000 » »

¡Tanta diferencia de sueldos para tan poco personal! porque la plantilla era de 78 personas, de las que sólo 48 eran trabajadores de taller.

Per consiguiente, era claro que uno de los objetivos de la lucha, debía ser el de nivelar los salarios, empezando por elevar los más raquíuticos que constituían por sí solos, una flagrante injusticia.

¿Cómo podía vivir un obrero, padre de familia, con 4.000 pesetas mensuales, en el año 1968? ¿Hay alguna conciencia de medianas luces naturales, que pueda justificar un salario bajo como éste, para cubrir las necesidades familiares?.

De esta manera, el comité de fábrica iba descubriendo los caminos por donde volcar su lucha en favor de la justicia.

Entre tanto, se aproximaba una fecha importante para el movimiento obrero: el Primero de Mayo. Este año era preciso aprovecharlo, y con este fin, el comité

de fábrica lo incluyó en el orden del día en una de sus reuniones secretas.

En la empresa, era tradicional salir de excursión en este día. La tradición databa de los primeros tiempos, gloriosos y beatícos de la Blansol de la barriada de Sants. Aquel día era el patrón, quien invitaba y pagaba el gasto. Hacía ya dos años, que debido a las diferencias sobre las pagas extras, no se aceptaba el regalo de la comida. La fiesta, a partir de entonces, la organizaban los obreros. A pesar de todo, algunos invitaban al Sr. Sol, aunque nunca compareció, disgustado porque no admitían que corriera con los gastos.

Este año, el comité de fábrica se hizo suya la fiesta, y decidió que Sol y los demás jerarcas quedaban excluidos de ella. Por consiguiente, se avisaría para que nadie les invitara.

Pero el problema no quedaba resuelto, rompiendo definitivamente las amarras con la Dirección, para que este día tan señalado tuviera el sentido de fiesta de la clase obrera. Había que lograr dar a la excursión y a la comida, un giro de 180 grados, en relación a los años anteriores, que más bien constituía una evasión de la lucha diaria, que una inmersión y potenciación de la misma. Se trataba, concretamente, de sumarse a las jornadas de lucha de COMISIONES OBRERAS. El acuerdo fue total. Las cosas se prepararon minuciosamente. ¡Y, lo bien que salieron!

A fin de añadir leña al fuego, a un trabajador del comité le pareció que de cara al significado del Primero de Mayo, valía la pena de arriesgarse, y en el autobús Segalés, en el que viajaban los 30 trabajadores del turno de mañana, repartía el boletín de Comisiones Obreras del Metal en edición ciclostilada. Se dejaba a voluntad de cada uno de ellos, el que pagaran cinco pesetas o no. Pero daba gusto ver como todos, du-

rante el trayecto leían la prensa clandestina sin inquietud, tranquilamente, poniéndose al corriente de los acontecimientos de la zona, de Barcelona y del país entero.

Así, con pequeños compromisos, se caldeaba el ambiente para la gran Jornada de Mayo.



EL 30 DE ABRIL SE CELEBRA LA PRIMERA ASAMBLEA ENTRE LOS OBREROS

Turno de mañana. Dan las nueve. Es la hora del bocadillo. Como que es la víspera del Primero de Mayo, unos cuantos — tal como se había preparado en la reunión de Comité del domingo anterior — aprovechan esta ocasión para invitar a todos los obreros a que vayan a comer su barra de pan en los comedores. Hasta entonces, daban cuenta del bocadillo junto a las mismas máquinas y charlando durante aquella media hora, en grupos de tres o cuatro. Fue, pues, una novedad ir al comedor, pero los compañeros aceptaron la iniciativa, pasivamente algunos y con curiosidad otros.

Una vez allí, uno de los amigos, previamente escogido por el Comité, debía explicar el significado del Primero de Mayo. Los compañeros empiezan a mordisquear el bocadillo lanzando miradas escrutadoras, pero nadie hace ni dice nada que se destaque. Los del Comité miran al amigo que está luchando interiormente entre su timidez y la palabra empeñada. Al verle tan sofocado y cohibido, uno de ellos improvisa la apertura.

« ¡Compañeros! Hemos creído que en un día como éste, era necesario poner de relieve el significado y el porqué de estas octavillas que algunos de vosotros habéis recogido por las calles de vuestro barrio, invitando a todo el mundo del trabajo a que asista a la

manifestación, a que haga huelga o a que celebre alguna asamblea entre los compañeros de trabajo. Este pequeño acto, de reunirnos durante la media hora del bocadillo, quiere ser una respuesta de verdad, aunque modesta, al llamamiento de Comisiones Obreras ».

« Permittedme que os diga, en cuatro palabras, por qué se celebra en el mundo entero el Primero de Mayo. La cosa arranca del año 1886 en Chicago. Unos obreros luchaban para lograr la jornada laboral de 8 horas, para así, disponer de tiempo para vivir y no ser máquinas de trabajo toda la semana. Las justas peticiones de los obreros recibían siempre un NO, como respuesta, mientras veían pisoteada su dignidad y eran tratados como herramientas o animales de carga. Se radicalizó la lucha entre patronos y obreros y se fue a la huelga el 1 de mayo. La policía intervino poniéndose a favor de los empresarios y encarcelando algunos cabecillas del movimiento obrero que fueron asesinados legalmente por defender el derecho de los obreros a vivir como personas. A partir de aquel año, en todas las partes del mundo se ha celebrado y recordado esa lucha de Chicago, y el Primero de Mayo se ha convertido en un símbolo, como bandera desplegada de los ideales obreros que nos empuja a luchar para lograr una vida más justa ».

« Además de este acto sencillo — que debiera ser profundamente emotivo — yo creo que todos deberíamos aceptar la invitación de Comisiones Obreras, y asistir esta noche a las manifestaciones que habrá en Barcelona, en la plaza del Virrey Amat, en Sants, en la Meridiana y finalmente reunirnos todos en la plaza de Cataluña ».

« Todos sabéis que la devaluación de la moneda ha disminuido el valor de compra de nuestro jornal; todos sabéis que esto, ha provocado una crisis económica y que existe ya mucho paro en la Península. Si vais al-

rededor de las 8, de mañana por la plaza de Urquinaona, quedaréis horrorizados a la vista del montón de hombres que no tienen trabajo. Y los hombres tenemos derecho al trabajo y a ganarnos la vida ».

« Yo os pediría pues, que por este motivo asistiéramos todos a las manifestaciones, esta noche ».

« ¡Viva el Primero de Mayo! ».

Hubo unos segundos de silencio, cálido y espeso. La gente aprovechó la ocasión para hincar el diente en el bocadillo. De repente se oye una voz:

« ¡Compañeros! Nosotros, en este Primero de Mayo, nosotros, nosotros... debemos esforzarnos... para... luchar... y... hacer oír nuestra... voz, y debemos ir contra el capitalismo, y debemos, debemos, debemos querer justicia para los trabajadores... ».

Un aplauso cortante y seco como un golpe de prensa, subrayó emotivamente las palabras entrecortadas de aquel compañero que en el primer momento no había tenido valor para enfrentarse a su auditorio de 50 obreros. Ahora se rehacía de su primitivo silencio y decía con los ojos y los brazos muchas más cosas que las que le salían de la boca. Era palpable que hablaba con el corazón y que en su interior había pasión y entusiasmo. Así lo comprendieron sus compañeros que escuchaban anhelantes, entre sufriendo y cautivados. Estas desgarradas palabras inflamaron los espíritus. Fueron el golpe de gracia.

Se oyeron dos o tres gritos más de, ¡viva la clase obrera! ¡viva el Primero de Mayo! y seguidamente se encaminaron todos hacía las máquinas como si nada hubiera ocurrido, pero algunos, no podían disimular su satisfacción, por esta demostración colectiva, de la conciencia obrera en la empresa.



EXCURSIÓN DEL PRIMERO DE MAYO

A las 8 de la mañana, iban llegando unos tras otros a Fabra y Puig, donde les aguardaba ya el autocar para trasladarlos a un pueblecito del Vallés. A medida que llegaban, animábanse los grupos. Casi la mitad de ellos habían asistido, la noche anterior, a las manifestaciones y tenían muchas cosas que contar. A unos, les había perseguido la policía, a porrazos, por los alrededores de la plaza de toros; uno de ellos mostraba un cardenal en una pierna, producido al chocar contra una parada de verduras. La mayoría no acababa de comprender que los obreros no pudieran manifestarse por la calle, silenciosamente, o cantando, sin hacer mal a nadie. Fue una experiencia nueva, que les abría los ojos. Lo que más les impresionó fue la multitud que aquella noche rondaba por la plaza de Cataluña, y el despliegue de fuerzas de la policía, que pretendía regular la marcha de los manifestantes, deshaciendo los grupos compactos.

— Había mucha gente y mucho silencio. Era impresionante. Se notaba que aquello no era normal. Meten más barullo los 150 hinchas del « Barça » ante Canaletas, que las cinco o seis mil personas que paseaban por los alrededores de la plaza de Cataluña. ¡Aquello tenía que acabar mal! ¡Saltaba a la vista!

— Yo vi como la policía conducía esposado a un individuo, con barbas, y lo metía en el coche patrulla.

— Yo vi como descargaban un porrazo en el hombro de una muchacha.

— Yo, tuve que echar a correr porque de repente se oyó un grito, que nadie entendió, a mi lado.

— Quizá era uno a quien simplemente le habían pisado un callo — comenta otro.

*

Cuando estuvieron todos y después de pasar lista, arrancaron. Uno de los compañeros se había entretenido en sacar copias, a máquina, de la letra de una canción, la distribuyó entre ellos y así, durante el trayecto de escasamente una hora, cantando cantando, llegaron a aprenderla. Todavía la recuerdan.

Dicen que la Patria es
un fusil y una bandera
La Patria son mis hermanos
que están arando la tierra.
La Patria son mis hermanos
que están arando la tierra
y no lo que aquí nos enseñan
como se mata en la guerra.
Ay que no tiro que no
ay que no tiro que no
ay que no tiro contra mis hermanos
Ay que yo tiraba que sí
Ay que yo tiraba que sí
contra los que ahogan el pueblo en sus manos.
Nos enseñan la lucha
en contra de los obreros
mal rayo me parta a mí
sí ataco a mis compañeros.
Ay que yo no tiro, que no:

.....

.....

La guerra que tanto temen
no viene del extranjero
son huelgas igual que aquellas
que lograron los mineros.

Militares militares
tenéis mucha valentía
veremos si sois valientes
cuando llegue vuestro día.

Ay que yo no tiro que no:

.....

.....

Al llegar al pueblo, después de unos cuantos saltos y gritos de alegría, jugaron un partido de fútbol entre ellos: casados contra solteros. Resultó muy animado.

Después, algunos se bañaron en la piscina y otros emprendieron una excursión hacia las ruinas de un castillo cercano. Y a las dos, impulsados por un hambre canina, se encontraron todos en el hostel, donde les cedieron un reservado capaz para los 35 componentes de la excursión, más algunos amigos que tenían en el pueblo y a quienes habían invitado a café. Al llegar éstos, empezaron unos cortos parlamentos. Un obrero dijo:

« ¡Compañeros! Espero que este día y esta excursión sirvan para unirnos cada día más. La solidaridad de unos con otros, la solidaridad obrera, es más importante que el pan de cada día. Si tenemos solidaridad, comeremos siempre, porque la clase obrera es fiel a quienes se esfuerzan por nuestra lucha. Si por comer algo más que otros, nos desligamos de la causa común, podemos ser víctimas de nuestro egoísmo ».

SIEMPRE TODOS UNIDOS. ¡VIVA EL PRIMERO DE MAYO!!

Seguidamente otro obrero sugirió que hablara alguno de los amigos del pueblo, así que uno de ellos, levantándose, hizo una profunda reflexión sobre la lucha obrera, contando el argumento de una película muy aleccionadora titulada LA SAL DE LA TIERRA, basada en una gran huelga que tuvo lugar en California, y acabó su explicación diciendo:

Vale la pena no perder de vista que, a menudo, el obrero no tiene patria. Su patria son los obreros del mundo entero. Ellos son su seguridad y su hogar.

Agradó mucho y fue calurosamente aplaudido.

Después, ante las súplicas de no pocos, habló uno de los administrativos:

« ¡Compañeros! Yo no sé muy bien qué deciros. Quizá los administrativos hemos de culparnos un poco, de vivir de espaldas a los problemas más vivos que tenéis los de taller. No creo que sea debido a nuestra cobardía — quiero creer que todos mis compañeros de oficinas vibran como vosotros, por el espíritu de justicia — sino porque nos separan unas paredes y unas escaleras. Yo sólo quiero deciros que podéis contar con nosotros en vuestras luchas de reivindicación, haremos lo que esté a nuestro alcance para ayudaros. Nada más ».

Los manuales quedaron sorprendidos. Se vio a uno de ellos, secándose disimuladamente una lágrima de emoción.

A última hora unos compañeros aparecieron en la sala desplegando una pancarta en la que se leía ¡VIVA EL PRIMERO DE MAYO!

Y, empezaron los preparativos para la vuelta. Dejaron la pancarta plantada junto a un árbol de la carretera, para que el grito de ¡VIVA! fuera oído por todos los automovilistas. Allí estuvo durante dos días.

El retorno fue más tranquilo que la ida. Parecía co-

mo si todos meditaran y pusieran en orden un montón de cosas que daban vueltas y más vueltas en su imaginación. Al dejar el autocar, en una plaza de Barcelona, se oyó todavía algún grito de ¡VIVA EL PRIMERO DE MAYO!



DESPUÉS DEL PRIMERO DE MAYO

Al día siguiente del Primero de Mayo, se enrolaron al trabajo rutinario de cada día, acusando, la mayoría de ellos, el impacto de las dos últimas jornadas.

Como una conquista suya, a la hora del bocadillo, se dirigían todos, sin previo acuerdo, hacia el comedor. Había que acabar con la anarquía de los grupos y de las tertulias aisladas. Además, sentían la necesidad de comentar los incidentes e impresiones pasadas. La costumbre para comer juntos el bocadillo en el comedor, no la abandonaron ya. La denominaron la « Reunión o asamblea del bocadillo ». Hablaban de todo un poco, pero todos ellos notaron que sus conversaciones habían subido de tono. El interés por el fútbol y las bromas y conversaciones sobre mujeres, habían disminuido en intensidad y volumen. En cambio, se hacían comentarios sobre el coste de la vida, el sentido de la guerra del Vietnam, los acontecimientos del mayo francés provocados por los estudiantes de París, todo ello a consecuencia de las ojedas a periódicos y revistas que traían algunos compañeros.

Aquella misma noche, después de haber hecho un sondeo en las opiniones que flotaban en el ambiente de trabajo, el COMITE DE FABRICA se reunió para estudiar

qué nuevo paso habría que dar para cristalizar el entusiasmo y la buena disposición de todos los compañeros. Se habían descubierto nuevos valores que era necesario incorporar más estrechamente a la responsabilidad de la lucha obrera; había un clima favorable a la unidad, había grandes deseos de hacer cosas y... no se sabía qué.

Prestaron atención también, a los límites de su éxito. Resultaba que muchos de los que trabajaban en la empresa, no quisieron ir a la excursión del Primero de Mayo, porque no habían sido invitados la Dirección ni el empresario. Era necesario dar la voz de alarma ante esta grieta que se insinuaba en su unidad. Era necesario darles fuerte, a esos babiecas y papanatas que ya de entrada se ponen siempre a favor y al lado del patrón. Era necesario darles un margen de confianza, y brindarles una oportunidad de reflexionar y revisar sus actitudes anti-obreras. Para muchos de ellos, era nuevo el espectáculo del « despego » de los obreros en relación al empresario y a sus fieles servidores. A algunos, solamente la autonomía de la excursión, les hacía temer la pérdida de la confianza de sus superiores, a quienes creían necesitar más que la ayuda de sus compañeros de trabajo. Era normal que muchos pensaran así. Nadie les había abierto los ojos hacia otras direcciones.

Llegaron a una conclusión. Era preciso hacer un llamamiento a todos los obreros y empleados de la empresa, de cara a concretas reivindicaciones, para recoger los frutos de las últimas jornadas. Se formaron dos equipos. Uno, encargado de hacer un estudio de las injusticias sufridas calladamente de la empresa durante los últimos años. Se trataba de refrescarles la memoria. El otro, se encargaría de concretar qué cosas se hallaban en aquel momento al alcance de nuestras peticiones y fuerzas.

Unos días después, el COMITE se reunió de nuevo

para poner su trabajo en común. Y después de revisarlo superficialmente, uno del grupo se encargó de hacer el resumen, para poderlo lanzar en un solo documento. A los pocos días quedaba confeccionado de la siguiente manera:

« COMPAÑEROS:

Por primera vez y públicamente, queremos explicar los hechos que han ocurrido últimamente y que nos hacen ver las distancias que nos separan a los trabajadores de los capitalistas. Esto, siendo viejo, es preciso recordarlo para aquellos que aún duermen en la higuera.

Desde hace unos seis años, aproximadamente, el empresario no ha aumentado el sueldo por propia voluntad, sino siempre obligado por convenios, y últimamente por convenio que se hizo entre trabajadores y empresarios, saliendo perjudicados los trabajadores, ya que no compensa el trabajo excesivo que supone el 110% de producción con el aumento adquirido. Poco piensa él y la Dirección en los problemas de los trabajadores para hacer frente al coste de la vida con el salario actual, principalmente en las categorías peor remuneradas. Y cuando se les va con una petición justa, nos responden que el que no esté contento que se largue, hiriendo con ello la dignidad de todos los trabajadores que somos la base de la empresa y los únicos que producimos. Podríamos exponer otros argumentos, aunque para el efecto sería igual, pues el engaño de que no pueden aumentarnos queda descubierto con la compra constante de máquinas costosas.

También con las máquinas nuevas que han traído (Roveta etc.) y con las que al principio se trabajaba normalmente, los trabajadores han aumentado la producción, coaccionados por el dueño y con sus promesas de que de ellos dependía la estabilidad de la empresa, y del aumento del resto del personal. Los resultados ya los sabéis: nada, y el premio de producción cada día más bajo.

Después hay el problema de transporte; por un lado nos encontramos que muchas veces no hay furgoneta o coche

para un caso de accidente (por estar la furgoneta en revisión etc.). Pensemos que de ello puede depender la vida de uno de nosotros y nos daremos cuenta de su importancia. Por otro lado se aprovecha el transporte de personal, para llevar barras y piezas, con ruido y algunas veces peligro; por ello los trabajadores que les tocaba trabajar el turno de tarde y que ya habían protestado oral y por escrito, no les quedó más remedio que bajarse de la furgoneta. La empresa si bien tuvo que reconocer su error, se vengó haciéndoles perder aquel día con la excusa de que llegaban tarde. No contenta con ello, sancionó al jefe de equipo que iba en la furgoneta con dos días de sueldo base, sanción completamente ilegal, ya que ni siquiera fue comunicada por escrito como procede, y que es preciso que rectifique por injusta.

Aparte de todo lo expuesto, hay que hacer hincapié en el 1º de Mayo — fiesta del trabajador y día de lucha de la clase obrera — y en la excursión que cada año se hace en este día. Nos separamos hace años de la Dirección, al darnos cuenta de la poca atención a nuestros problemas, ya que para ellos no somos más que unos meros instrumentos que damos rendimiento. Además es nuestra fiesta, la de los trabajadores, no la suya ni la de ningún capitalista, y por esto la tenemos que celebrar juntos *los trabajadores*. Lo lamentable es que haya algunos, pocos, que no vengan porque no está el empresario y la Dirección, y solamente estamos los compañeros; éstos traicionan a su clase y nacieron para ser esclavos, por eso se les invita a que reflexionen, cambien de actitud y vayamos todos unidos.

Con todo lo expuesto y vistos nuestros problemas y peticiones, muchos de ellos expuestos ya sin resultado positivo, ya es hora de plantear de nuevo y decir cuáles son nuestras *aspiraciones*.

- 1) Que se nos aumente el salario de acuerdo con las necesidades actuales y con una escala de salarios diferente de la actual, que haga que no sean tan grandes las diferencias entre mandos, operarios y no cualificados.

2) Que se reforme el premio de producción, no sobre el peso.

3) Que no se sancione a ningún trabajador sin antes no haber dialogado y ser aprobado por nuestros representantes.

4) Que los trabajadores que justifiquen enfermedad, no se les descuente nada del sueldo, ya que es entonces cuando es más necesario.

5) Que se nos responda a las peticiones a la mayor brevedad, sea por escrito o por diálogo.

6) Que se utilicen sistemas de seguridad en el trabajo para evitar accidentes y que siempre haya un coche para caso de urgencia.

7) Que sean revisados los topes para trabajar como seres humanos y que se nos enseñe más profundamente nuestra profesión.

8) Que se ponga remedio a la falta de agua y suciedad de los servicios.

9) Que no se nos presione o coaccione y haya más confianza en nuestro trabajo.

10) Que los trabajadores participemos en la gestión y beneficios de la empresa y sepamos con claridad los problemas que atraviesa.

Tengamos confianza unos con otros y no cedamos hasta conseguir los derechos que por justicia nos pertenecen.

UNIDAD UNIDAD UNIDAD ».

Se presentaron dos problemas. ¿Cómo editar o ciclo-stilar el escrito? Partían de cero y estaban mal conectados con las organizaciones obreras clandestinas. Conocían elementos de acá y de allá, pero no tenían el hilo directo. Tener ciclostilado y a punto el manifiesto, costó más de quince días.

El segundo problema consistía en cómo distribuirlo en la empresa sin riesgo alguno. Había posibilidad de represalias a los distribuidores por parte de la empresa,

e incluso no sería de extrañar que interviniera la policía. Había que andar con pies de plomo.

Además, dos o tres compañeros estaban muy marcados por la empresa, como « rebeldes ». Había que procurar evitar toda sospecha hacia ellos. Era necesario montar una coartada a favor de los mejores. Y así se hizo.

Las hojas se repartieron a primera hora de la mañana — de 6 a 8 — cuando los administrativos no habían llegado todavía. Les resultó fácil, a los tres compañeros encargados del reparto, esquivar la vigilancia. Sembraron de papeles los vestuarios, lavabos y oficinas; sin que nadie les viera. Incluso en la misma mesa del despacho el director, se dejó una hoja. Los compañeros a los que la empresa tenía por sospechosos hacían el turno de tarde, y ello les resultaba una coartada perfecta y desorientadora.

Todos empezaron a leer y comentar las hojas esparcidas por doquier. A las 8 llegaron los oficinistas y los jefes y también las leyeron. El Director técnico, Sr. Pedret, llamó al peón « fregón » — un hombre ya mayor, padre de familia — preguntándole por qué no había recogido inmediatamente aquellos papeles del suelo, a lo que el buen hombre contestó: « ¡A mi nadie me ha dicho nada! ¡Y como que no sé leer...! ».

Rápidamente la Dirección se preocupó de saber quién había distribuido aquel documento. Los obreros dijeron que no lo sabían, pero que fuese quien fuese que lo hubiese escrito llevaba toda la razón; que ya era hora que pudieran decirse ciertas cosas en voz alta y directamente a la cara. « Estos son nuestros problemas ». La Dirección se impresionó ante el cuadro cerrado que formaron los obreros, y abandonó la investigación. Hizo como si no hubiera visto ni leído nada.

Entretando, el COMITE, aprovechando la buena acep-

tación del documento, canalizó los deseos de concretar que se respiraban en el ambiente y decidió celebrar una reunión general o asamblea, con más tiempo y más tranquilidad y seriedad que la que permitía la media hora que duraba la « reunión del bocadillo ». Se aprovechó el ofrecimiento de un hombre ya mayor, que aquellos días se había destacado por su entusiasmo y sentido de la responsabilidad, y se decidió la PRIMERA ASAMBLEA fuera de la empresa.

Así es que, al domingo siguiente, (16 de Junio) el comedor de su casa, una habitación no demasiado capaz, acogía a unos 30 compañeros. La primera cosa que hicieron fue prepararse una excusa (que justificara su presencia, por sí pasaba algo), y luego pasaron a discutir lo que había que presentar a la empresa, como reivindicación. Algunos creían que el manifiesto que había salido era más que suficiente; otros, que era mejor elaborar algo más concreto, y así se hizo. Las conclusiones del debate fueron prácticamente los 7 primeros puntos del manifiesto.

No llegaron a formularse por escrito definitivamente, porque se creyó que era mejor que una COMISION lo expusiera directamente de palabra al Sr. Sol, a quien se solicitaría una entrevista. Haciendo una corta exposición de los 7 puntos, podrían resumirse así:

- 1) Un aumento aproximado de 1.000 ptas. mensuales, y más aún para los salarios más bajos.

- 2) Que se revisara el premio de producción.

Cuando se instituyó este premio, se basaba sobre el peso de las piezas fabricadas. Pero posteriormente dejaron de fabricarse unas que pesaban 1 1/2 kg. y en su lugar se elaboraron otras mucho más pequeñas. Así que, para que resultara el mismo peso que antes, había que trabajar mucho más tiempo.

En segundo lugar, a las piezas de más peso que fabricaban las prensas, se les añadió un acabado que consistía en mecanizarlas. La empresa — como quien no se da cuenta — basaba el peso del premio de producción, no sobre la pieza tal como salía de la prensa, sino después de haberla trabajado. Así que se robaba el peso del material sobrante de esta operación de « acabado », en perjuicio del jornal.

3) Que no se sancionara a ningún trabajador sin la aprobación del representante de ellos.

4) No entendían que, cuando un obrero está enfermo, y que por consiguiente es cuando más lo necesita, cobrara menos. Pedían que se cobrara el salario de siempre.

5) Pedían también, que la Dirección no tardara tanto en contestar a las peticiones que se le formularan.

6) La empresa había llegado a un grado de desarrollo, como para que se instalaran definitivamente sistemas de seguridad. Se produjeron diversos accidentes, que se habrían podido evitar. El compañero Trini tendría aún todos los dedos de la mano. Esclava, seguiría con el índice de la mano derecha, hábil. Gordillo, no sufriría úlcera de estómago como consecuencia de respirar ácido nítrico y seguiría pesando 80 quilos en lugar de los 60 que pesa.

7) Que quedara bien delimitada la cantidad de producción en las primas. No querían verse convertidos en máquinas.

Anotados en un papel estos puntos, que les parecieron capitales para su trabajo, y habiéndose visto la necesidad de constituir un COMISION para exponer estos puntos, se pasó a nombrar esta COMISION votada por todos los que habían asistido a la ASAMBLEA. Esta Co-

misión una vez elegida constaba de 8 miembros y se procuró que estuvieran representadas en ella, todas las secciones de la empresa. En esta Comisión estaban algunos enlaces, pero no por su cargo, sino por el hecho de ser compañeros honrados (el simple hecho de nombrar esta Comisión ya era una repulsa a las normas legales de la C.N.S.); también resultaron elegidos muchos de los obreros del Comité, aunque naturalmente esto no lo sabían sus compañeros. Per sí sabían que eran honrados y combativos y por ello los eligieron.

Finalmente se debatió el último punto: PREPARARSE ANTE LAS POSIBLES REACCIONES DEL EMPRESARIO Y LA DIRECCIÓN.

Creyeron que el Sr. Sol podía adoptar tres posturas:

a) Que a todo contestara SI.

En este caso lo celebrarían.

b) Que contestara a todo, NO.

Entonces sería necesario presionarle para abligarle a bajar del burro.

El que dirigía la asamblea pidió iniciativas para, en caso necesario, hacer esta presión. Y tuvo mayoría la de hacer un paro de media hora cada semana.

c) Que no sólo negara todas las peticiones, sino que, además, tomara represalias contra los que él creyera « cabecillas », despidiéndoles.

En este caso, se decidió por unanimidad, que irían *todos a la huelga*. O todos o ninguno.

(Hay que advertir que entre los 30 reunidos había un traidor a los compañeros y a su clase, y a quien faltó tiempo para correr a contárselo al Sr. Sol. Dónde se había celebrado la ASAMBLEA, quiénes habían llevado la voz cantante y qué se había decidido. Menos mal que el hecho de tener prevista la respuesta a la represalia de la empresa, neutralizó el chivatazo y ató las manos del Sr. Sol, por temor a una huelga total. Después su-

pieron quién había sido el traidor, porque no quedó aquí su traición. El peso de la justicia obrera cayó sobre él en cierta ocasión. Ya se hablará de ello).

Salieron de la reunión con la sensación de haber hecho un gran trabajo. Estaban satisfechos. LA COMISIÓN DECIDÍA SOLICITAR AUDIENCIA AL SR. SOL PARA EL DÍA SIGUIENTE.

ENTREVISTA CON EL JERARCA SOL

El chivato asistente a la Asamblea que se celebró fuera de la empresa, contó al Jerarca Sol, el QUE, el COMO, el CUANDO y QUIENES.

Y el Jerarca encontró una cuarta opción, no sospechada por los miembros de la Asamblea. Cuando éstos pidieron la entrevista, aquél ni les dijo que SI, ni les dijo que NO, ni les represalió. Dijo simplemente que aquel día no podía, que estaba muy atareado.

La petición se repitió tres o cuatro veces durante quince días, y siempre el Jerarca estaba muy atareado. Ni tan siquiera se dejaba caer por la factoría. Y si lo hacía, era en un entrar y salir de liebre perseguida. Aplazando la discusión del asunto, pretendía resquebrajar la unidad de la Comisión, en la que surgía ya la impaciencia, la desilusión, el desánimo, las discusiones por lo que había que hacer. En una última petición, se les contestó: « No insistáis más; cuando el Sr. Sol disponga de tiempo ya se os llamará ».

Efectivamente, cuando empezaba ya a reinar un poco el desconcierto entre los de la Comisión, cuando se había ya perdido el nervio del primer arranque de quince días antes, de repente, el 5 de julio, llega la orden:

« El Sr. Sol llama a aquella Comisión que solicitó parlamentar con él ».

Se reagrupan los miembros de la Comisión y resulta que faltaban dos elementos significados que hacían el turno de tarde. Esto, les hizo contestar:

« Ahora no podemos porque faltan dos miembros importantes ».

Llega la contrarréplica: « Si no subís ahora no sabe cuando os recibirá ».

El grupo delibera y cree que, en último término, ellos solos puedan también celebrar la entrevista. Se deciden y suben a Dirección.

Cuando llegan a la puerta del Gran Despacho, el Sr. Sol, con mirada fulminante y señalando con el brazo extendido a uno de ellos (era el obrero en casa del cual se había celebrado la Asamblea) dice: « Este, que no entre. Si entra éste, no hay entrevista ».

Nuevo desconcierto... se miran. Se cuchichea alguna palabra entre ellos. El obrero se siente como si le hubieran dado un latigazo. Y en esta indecisión, manda el Sr. Sol: « Vosotros entrad. Podéis decírmelo igual ».

Así lo creyeron... y entraron.

La maniobra había tenido éxito. De 8 miembros habían quedado 5. Algunos de los más destacados quedaron excluidos.

« Sentaros, sentaros. Perdonad que os haya hecho esperar tanto, pero es que hay cosas que no acaban de marchar; tenemos dificultades serias que hay que afrontar en el momento preciso. Bueno, decidme: ¿cuál es el motivo de esta entrevista? ».

Se miraron unos a otros no sabiendo quien debía empezar, y finalmente uno rompió el silencio:

— Hace días que había malhumor y descontento entre los compañeros de trabajo por una serie de cosas; un día nos reunimos para hablar de ello y se formó esta Comisión para venir a comunicarle, en nombre de todos, unas peticiones concretas.

El que hablaba miró significativamente, y otro del grupo, sacándose un papel arrugado del bolsillo del mono tomó la palabra:

— Nosotros venimos a pedirle (lo dijo con furia, como si hubiera sido necesario echar abajo la puerta de su timidez que no le dejaba hablar) venimos a pedirle un aumento de salario de unas 1.500 ptas, mensuales. ¡La vida ha encarecido mucho y nuestro jornal es el mismo de hace tiempo!

Calló, para escuchar la respuesta y ver la reacción del Sr. Sol. Este, con mucha calma y dominando la situación repuso:

— ¿Eso es todo?

— ¡No! ¡No! ¡No! — se oyó en distintas tonalidades de voz.

— Pues, continuad hasta el final y después iremos por partes.

Asintieron con un movimiento de cabeza. Y así, con esta misma precipitación, con esta claridad y con esta falta de detalles, expusieron las 7 demandas, una tras otra, salpicadas de algún que otro atascamiento verbal.

Al acabar, el Sr. Sol con unos aires de hombre atento y paternalista, dice:

— A vuestra primera petición, me es realmente muy difícil en estos momentos, poder dar una respuesta positiva. ¿Queréis una prueba? ¡Mirad! — y abriendo un cajón de su mesa, saca un papel, lo muestra desde lejos y añade: — Es un expediente administrativo por una letra no pagada de 400.000 ptas. ¡Estamos muy mal! No estamos todavía repuestos, ni mucho menos, del transtorno económico que ha representado el traslado de la empresa aquí, a Palau de Plegamans.

— Tendremos que hablar de ello más adelante. Ahora es imposible hacer nada.

Las peticiones eran para todos los trabajadores. Ante

la negativa del Patrón, uno de la Comisión lanza improvisadamente una proposición restrictiva para entrar en negociaciones sobre el mismo punto y expone:

— Yo creo que si no se puede poner el salario de los obreros a nivel de las circunstancias por falta de dinero en la empresa, habría que resolver por lo menos el de los peones que cobran sólo 4.000 ptas. mensuales, y que cada día están más apurados para poder mantener a la familia. En total son 6, o sea que no sería un gasto excesivo para la empresa y en cambio aligeraría los casos de más necesidad.

Aunque inesperada, esta salida recibió el asentimiento de la Comisión; les libraba de la sensación de derrota y tomaban de nuevo la iniciativa. Además, era una proposición altamente altruista que les situaba por encima de los intereses personales. De pronto y sin pensarlo, se habían convertido en abogados de los débiles, sin ninguna ganancia por su parte, sólo molestias y quebraderos de cabeza.

El Sr. Sol encajó con incomodidad la propuesta. Se desentendió como pudo.

Dijo que no podía variar ningún jornal, porque si tocaba unos tendría que tocarlos todos, y no había dinero.

— Eso ya lo arreglaremos cuando se haga un reajuste general — dijo.

— ¿Y el dinero que gasta para los estudios de sus 8 hijos en diversos países extranjeros, y para los coches que compra, de dónde sale este dinero? ¿No podría aumentar el salario de los peones, con este capital abundante que usted saca de la empresa en concepto de Patrón y que es fruto del sudor...

No pudo acabar.

— Haga el favor de no meterse en mi vida privada! ¿Quiés es usted para denunciar lo que gasto y de qué manera? — con esta respuesta el Sr. Sol perdió la com-

postura y la seguridad. Esas palabras tuyas habían sido nerviosas y de defensa airada.

— ¡Sr. Sol, no se lo tome así! — dijo uno de la Comisión.

— Este punto queda listo, pues. Sigamos adelante. ¿De qué hablaba la segunda petición?

Y en un tira y afloja se van discutiendo los 6 puntos siguientes. La entrevista duró casi dos horas. Abreviando, las conclusiones fueron:

— Más adelante procuraría revisarse el sistema de producción.

— El Sr. Sol admitió que no se sancionaría a ningún trabajador sin que antes se comunicara a los enlaces y que éstos firmaran el enterado. No dio valor alguno a los miembros de esta Comisión, sino a los enlaces sindicales. Estos no tenían ningún poder de deliberación, pero habían de firmar el enterado previo a la sanción.

— No cambiaría el salario de los que estuvieran enfermos. Podría abusarse de esta mejora. De todas formas, cuando en un caso concreto hay necesidades urgentes, las solucionaría « personalmente ». Así lo dijo.

— Que no se revisarían los « límites de producción mínimos ».

Y finalmente hubo una demanda sobre el interés de la empresa en promocionar profesionalmente a sus componentes. En este punto es donde más se notó la ausencia de los tres miembros de la Comisión, que con sus artimañas había eliminado. Uno de ellos es quien tenía elaborada esta última petición.

El Sr. Sol, se valió de la desorientación e confusión que demostró la Comisión, para deslizar alguna insinuación acerca de « no dejarse engañar por personas que alborotan por alborotar ».

« En mí, encontraréis siempre un compañero dispuesto e escucháros. No os fiéis según de quién ».

Estrechó la mano a cada uno de ellos, y en fila india salieron del despacho.

Llegaron al taller donde los compañeros esperaban inquietos. Cuando hubieron oído los resultados, la mayoría se lamentaron de su debilidad. Tuvieron la impresión de que el patrón los había « driblado », y a la primera desilusión siguió el descontento. Se dijo que no debían aceptar la entrevista sin estar todos los de la Comisión. Que había que hacer algo para defenderse, etc. etc. Otros, en cambio, estaban « tocados » por las explicaciones del Sr. Sol: dudaban.

Llega el turno de tarde y se entera de la entrevista y de los resultados. Se produce de nuevo un clima de desconcierto en unos y de indecisión en otros. El documento de 400.000 ptas. no pagado, impresionó a más de uno.

Esto obliga a reunirse precipitadamente al COMITE (secreto) aquella misma noche, en un bar de San Andrés. Se estudia la situación, y la actuación de la COMISIÓN y se ve que mientras la COMISIÓN fuera sólo de negociación con el patrón y hasta que no fuera una COMISIÓN OBRERA permanente y organizada era necesario mantener la existencia del Comité de Fábrica, para que la lucha tuviera una continuidad y poder ir elevando la conciencia de todos. También se analiza la actuación de los miembros del Comité. Un borrador manuscrito que se leyó, decía:

« Nosotros tenemos que ser la vanguardia, los que propugnamos una acción, los que tomamos iniciativas, y si el personal considera que lo que pretendemos hacer es demasiado, ya nos lo dirá, lo que no puede ser es lo que ha ocurrido que hemos sido nosotros muchas veces los que no hemos sabido qué hacer ó hemos dudado... ».

O sea, que primero se analizaban ellos mismos. Después se trata de las diversas reacciones que se han obser-

vado en los trabajadores del taller y se llega a la conclusión de que la media hora semanal de paro como respuesta a la negativa del Sr. Sol, resultaba demasiado estridente y no respondía a la inseguridad que demostró la Comisión y las dudas que había provocado la entrevista. Se temía que la gente no seguiría. Y como que una batalla que se ve perdida nunca hay que darla, consideraron conveniente cambiar de táctica y actuar con picardía. Tampoco se trataba de romper lo comenzado. Propondrían un bajo rendimiento en lugar del paro. Y sería un bajo rendimiento sólo visible a la larga; se haría alrededor del 70 al 80% de la producción.

Como que aquel domingo (7 de Julio) por ser muy precipitado no se pudo hacer asamblea, se reunió la Comisión. Un miembro de Comité como iniciativa suya hace la propuesta del bajo rendimiento que es aceptada por todos, y a la mañana siguiente en la reunión o « asamblea del bocadillo », la Comisión pone a consideración de todos, las dificultades que pueden derivarse de hacer media hora de paro y proponen el bajo rendimiento. Era mejor no arriesgarlo todo. Había que dar una respuesta que expresara claramente el descontento, pero que resultara difícil de represaliar cuando se detectara. El acuerdo fue unánime. Aquella misma mañana empezaba el bajo rendimiento.

El turno de tarde, después de deliberarlo también durante la media hora de la merienda, empezó a disminuir la producción. Era el 9 de Julio.



SEGUNDA ASAMBLEA. CREACIÓN DE LA COMISIÓN OBRERA

El domingo siguiente, (14 de Julio), la Comisión convocó a todos los trabajadores a una asamblea. Se celebró en una dependencia parroquial X, para evitar las incomodidades que suponen un crecido número de personas y de pie en un reducido comedor, y el compromiso que significa una reunión de ese tipo en una casa particular.

En esta asamblea se dieron nuevos pasos para organizar la lucha empezada.

1. — La Comisión nombrada tenía sólo funciones peticionarias de cara a la Dirección de la empresa, y este papel era muy restringido y muy débil. Para sustituirla y perfeccionarla, se creó aquel mismo día una COMISIÓN OBRERA PERMANENTE. Esta Comisión les representaría para toda clase de gestiones.

Significaría el primer esbozo de un organismo exclusivamente a favor de la clase obrera. Se trataba de recoger las individualidades y los esfuerzos aislados, y canalizarlos a fin de multiplicarlos y fortalecerlos.

2. — Se revisó la marca del bajo rendimiento y fue satisfactoria. Todo el mundo había cumplido su palabra. Pero se creyó que la Comisión debía encargarse de con-

trolar diariamente los boletines de producción de cada uno, a fin de que se mantuviera la lucha y nadie se saltara el bajo rendimiento. Nació un grupito de responsables para este trabajo, en nombre de la Comisión.

3. — Teniendo en cuenta que las cosas podían empeorar y encontrarse con dificultades, se propuso crear una CAJA DE RESISTENCIA con varias finalidades, tanto para la ayuda de alguno que estuviera enfermo, como para el pago del jornal al que de ellos la empresa pudiera despedir, como para mantener una huelga, si un día se llegaba a este punto definitivo. Provocó esta discusión, el hecho de que, con el bajo rendimiento, unos perdieran dinero y otros no.

La propuesta fue bien acogida. Se hicieron responsables de esta CAJA DE RESISTENCIA, cuatro personas mayores, muy bregadas en el mundo del trabajo.

Se discutió cómo se alimentaría esta CAJA. No parecía justo que todos pusieran lo mismo cada semana, porque había quién cobraba mucho y quién poco. Y después de muchas deliberaciones se decidió que quienes iban a prima directa, de momento no pagarían nada, puesto que ya perdían de 200 a 300 pesetas cada semana, debido a no llegar al límite de la producción establecida por la empresa, a causa del bajo rendimiento. En cambio, aquellos a quienes la empresa no les controlaba su bajo rendimiento y que seguían con el mismo salario, abonarían cada mes a razón de 200 ptas. los peones, 500 los operarios y 800 los encargados.

4. — Un compañero propuso pedir un INFORME ECONÓMICO de la empresa Blansol, a fin de saber hasta dónde eran ciertas las lamentaciones del Sr. Sol, respecto a la falta de dinero y las letras impagadas. Muchos no comprendían que marchara mal una empresa que había

pasado a ser de un triste taller con 7 obreros en Sants, a una fábrica de nueva planta con 80 trabajadores, en Palau de Plegamans. No lo entendían ni les interesaba. A otros en cambio, el llanto del Sr. Sol — ya se ha hecho constar — les había impresionado.

Si el informe económico revelaba las mentiras y el engaño del Sr. Sol, reforzaría la solidaridad y descubriría la explotación a que estaban sometidos todos los trabajadores de Blansol. Sería un argumento más contra él.

La Comisión siguió adelante en su propósito de obtener dicho informe. Lo solicitó a una entidad extranjera, que se encarga de esta clase de estudios económicos, para orientar a las empresas de cara a sus clientes. Allí expone de quien se puede confiar cobrar y quien se halla en dificultades económicas.

Estos informes son secretos; sólo se conceden a empresas en marcha. La entidad no vende sus conocimientos a particulares, sólo a empresarios. Ellos buscaron la manera de presentarse como una empresa que debía negociar con el Sr. Sol (¡cosa por otra parte muy cierta!) y se les prometió el informe para después del verano.

*

Pocos días después se reunió por última vez el COMITÉ (secreto). Uno, advirtió la posibilidad de que en vacaciones la empresa aprovechara la ausencia de muchos de ellos, para castigar a mansalva a alguno de los compañeros, y que quizá valía la pena de que los pocos que quedaban trabajando durante las vacaciones, cesaran en el bajo rendimiento. Se consideró esta moción, y se decidió consultarlo durante la « reunión del bocadillo » y hacer lo que opinara la mayoría.

(Así fue unos días después, decidiendo todos continuar el bajo rendimiento). Hicieron también una revisión del

trabajo terminado y del que había en perspectiva. Puesto que se había creado la Comisión Permanente y Democrática, la existencia del COMITE era innecesaria. Durante este último año, la conciencia de clase había crecido notablemente y como a tal no se añadiría ya nada a la lucha. Decidieron, pues, desaparecer como COMITÉ, y lo disolvieron aquella misma noche.

Fue un momento muy emotivo. Fue como abandonar una prenda de vestir que queda pequeña porque se ha crecido, pero que recuerda muchos momentos de la vida pasada. Fue como abandonar el pantalón corto de la infancia, para vestirse el largo, de hombre. A todos produjo alegría y nostalgia, esta última reunión del COMITÉ. Al salir del bar, aquella noche de verano, se estrecharon la mano — cosa que no hacían nunca — despidiéndose hasta al día siguiente. Todos entendieron que aquel gesto decía: « MISIÓN CUMPLIDA ». Y un grupito de ocho hombres dejaba de existir, para dejar paso a un conjunto mayor. Para construir nuevas piezas del organismo que un día ha de abarcar todas las fuerzas vivas del pueblo, y acabar de una vez con este desorden establecido por la fuerza de la explotación y de la miseria obrera.

*

Al finalizar la semana, las oficinas de control de la empresa detectaron con sus cálculos el bajo rendimiento general, y ante este resultado, la empresa empieza a entrar en acción. De momento paseándose por los talleres, investigando con mirada escrutadora dónde está el fallo. Pero todo el mundo trabaja normalmente, sin prisa pero sin pausa. El encargado del espionaje, es el Sr. Pedret, director técnico y jefe de personal de la fábrica. A este señor casi nunca se le veía por los talleres,

pero esta semana hacía acto de presencia tanto en el turno de mañana como en el de tarde.

La normalidad y naturalidad con que todos trabajaban lo pusieron muy nervioso, y finalmente, con gesto avinagrado, empezó a preguntar a éste y al otro, después a suplicar que no hicieran tonterías, después a exigir, con algún que otro grito, a que trabajaran más, mientras los obreros le contemplaban como diciéndose: « ¡qué dice ahora ese animal »! y continuaban, sin prisa pero sin pausa.

Finalmente la empresa optó por no ver nada ni decir nada. Al final de la semana o del mes, recibirían el sobre que les correspondía por el trabajo efectuado y... basta. A esta venganza, a las negaciones del Sr. Sol, no había represalia posible; estaban dentro de la ley establecida por la empresa: cobrar según producción. Ellos perdían unas pesetas cada mes, es cierto. Pero el patrón perdía mucho más. Ya se vería quien perdería antes la calma y la resistencia. Ellos se sentían muy satisfechos de su acción, sobre todo porque era incontrolable, así que les daba seguridad.

En aquel momento se dieron cuenta de lo acertados que estuvieron al cambiar la media hora de paro, por el bajo rendimiento. La media hora habría sido algo muy destactado, que provocaría con seguridad una fuerte reacción de la empresa, y ellos no estaban todavía lo bastante preparados. Les habría derrotado, y sólo quedaría, aislado, el coraje colectivo, sin más transcendencia, en el mejor de los casos. Posiblemente se habría apoderado de ellos el desaliento y la sensación de que « no hay nada que hacer » matando la moral de victoria que anidaba en sus ánimos.

DESPUÉS DE VACACIONES.

Al reemprender, a primeros de setiembre, los turnos de trabajo reglamentarios, el bajo rendimiento no había desaparecido. Para todos era motivo de placer la presencia persistente de su protesta, en las mismísimas narices de la empresa — las hojas de servicio cantan — durante casi dos meses. Este mes no ha trascurrido en vano, para ellos. Lo han aprovechado para leer libros que les han abierto los ojos en relación al mundo suyo del trabajo, y han entrado en contacto con ambientes y personas que han enriquecido su entusiasmo, y elevado sus ideales.

La empresa, durante la primera semana de vacaciones, se descolgó con la contestación a sus reclamaciones, fijando en el tablón de anuncios, un documento con aires de cordialidad y *prometiendo* reformas a plazo perdido. En el último punto no puede evitar « reírse » de la Comisión, porque no supo expresarse con nitidez y concretar de qué manera, la empresa podía promocionar profesionalmente a sus trabajadores. Querían recordar las últimas palabras de la entrevista: « no os dejéis engañar por personas que alborotan por alborotar ».

Estas últimas palabras ofendieron a los de la Comisión y a los demás obreros les afectó como un insulto dirigido a ellos. En los comentarios se dijeron cosas como éstas:

— ¡El, porque cuando necesita saber algo paga a especialistas, que de no ser así, no se sacaría las palabras de la boca!

— ¡Por qué eliminó a algunos de la Comisión, sino porque temía quedar ahogado por los argumentos de alguno de ellos!

— ¿Es que quizá él es un premio Nobel de Literatura?

— ¡Pero si a él, todo se lo escriben los demás!

Si el Sr. Sol había pretendido suavizar las relaciones entre el capital y el trabajo, con ese documento salido a destiempo y cuando ya nadie lo esperaba, calculó muy mal. En realidad actuó de catalizador para reforzar la solidaridad de los obreros, cuando éstos lo analizaron.

He aquí el documento:

Esta Dirección después de las conversaciones mantenidas con los Sres. *Enlaces Sindicales* y *comisión del personal*, y a ruego de los mismos, concreta para mejor conocimiento lo convenido en la reunión del pasado mes de Julio sobre el escrito del 17 de Junio presentado por los Enlaces Sindicales.

Las difícilísimas circunstancias de mercado y generales que en orden económico atraviesa la industria y que afectan muy especialmente a nuestra empresa por haber coincidido con el traslado y nueva instalación impiden, en este momento ninguna mejora económica salarial, si bien esta Dirección hace constar que a pesar de estas circunstancias todas las mejoras profesionales han tenido su repercusión directa en la *retribución* salarial.

Se acordó proceder a estudiar, cuando se hayan superado las difíciles circunstancias actuales y junto con las mejoras que sean posibles, un nuevo sistema de *Premio de Producción* que tenga por base más bien las horas de producción que los kilos obtenidos.

Se acordó asimismo destinar un elemento de *transporte* a fin y a efecto de no dejar el personal aislado, especialmente en caso de accidente; si bien, esta Dirección considera que ello es conveniente, cree que esta situación de aislamiento mejorará muy notablemente con la instalación de la línea telefónica que tiene prometida para después de vacaciones.

Los *topes de producción* serán mantenidos totalmente, por estimar muy fundadamente esta Dirección que más bien adolecen de bajos que de altos, si bien, acepta en todo momento un arbitraje pericial por los organismos oficiales a que corresponda.

En lo que hace referencia a *sanciones* al personal, se acordó que se comunicaría a los Enlaces para que ellos firmaran el « enterado ».

En lo que hace referencia al *trato, confianza, limpieza, enseñanza de la profesión* etc. se produjo una imprecisión ya que los mismos Enlaces Sindicales manifestaron no saber exactamente lo que querían decir, lo que impidió un estudio concreto de estas cuestiones.

Lo que se comunica por la presente nota para ratificación y constancia de lo convenido.

Palau de Plegamans, 6 de Agosto de 1968

Enterado Enlaces Sindicales.

La empresa, después de unos días de silencio y viendo que sigue el bajo rendimiento, hace un nuevo intento de sabotaje. El Sr. Sol llama a un enlace sindical y lo presiona diciéndole que haga todo lo posible para acabar con esta infantil y tonta resistencia. « Esto sólo logra retrasar las mejoras, porque perjudica a la empresa es decir: a todos. Ya sé que los culpables son los mandos de taller, pero si no acaban pronto con esto, estoy dispuesto a despedirlos a todos ». Y añade que está enterado de todas las reuniones que han celebrado.

Se trataba de mandar en forma de bomba de profundidad y de sondeo, una amenaza a los talleres. Naturalmente, el enlace sindical contó la entrevista, pero no tuvo consecuencia alguna. Se escuchó como se oye la lluvia bajo tejado.

Al día siguiente, el Sr. Pedret llama al jefe de taller, para que le informe del bajo rendimiento. Este, le contesta que nada sabe de tal bajo rendimiento: que en el taller se trabaja regularmente. Y a instancias del Sr. Pedret, que le muestra los boletines de trabajo, contesta: « si es que hay bajo rendimiento, debe ser debido al calor y a la baja moral del personal, pero no a una

voluntad colectiva expresa. ¡Al menos, yo nada sé de ello »!

Y así se estrellaban los diversos ataques que la Dirección dirigía contra esta lucha y represalia. La vigilancia se mantenía muy estrecha, pero el personal se mantenía a tono.

Uno de ellos escribe en su libreta de notas, después de constatar la solidez del bloqueo a la Dirección:

« Otro día de lucha ganado a pulso y con unión, que es lo más importante ».

A las casi tres semanas de rodaje después de vacaciones, es convocada por la Comisión una nueva asamblea para revisar la marcha y proyectar el futuro. La reunión se celebra en un local parroquial. Tienen ya una mesa desde la que preside la Comisión, y sillas para todos los asistentes. Van cobrando forma de cuerpo organizado. El solo espectáculo causa ya satisfacción. Pero algo falló a la hora de avisar y sólo asistieron 25.

El hecho de ser menos, les dio oportunidad de tratar temas más doctrinales o teóricos que de costumbre. El motivo lo proporcionó la duda, que se arrastraba hacía ya tiempo, de si sería cierto de que la empresa no podía pagar letras por valor de 400.000 pesetas y que de no poder dar garantías sería embargada.

La Comisión respondió:

« Seguramente nos engaña. Estas deudas están muy bien estudiadas; cuanto más tiempo tarden con sus maritngalas, en pagar una letra, más capital tienen para autofinanciarse. Esto es moneda corriente entre empresarios y bancos. Los ladrones se roban entre sí, cuando lo son de verdad. Ya lo vemos en las películas. Quieren, por momentos, ser más ricos sin reparar en los medios. Si el capitalismo utiliza la explotación de los pobres e ignorantes, y se aprovecha de los más débiles hasta extraerles las últimas gotas de sudor, ¿crees que

tendrá alguna clase de remordimiento, si da con una estratagemata para robar como buen bandido a otro bandido?

« Pero aunque esta vez no nos engañara, a nosotros no ha de importarnos. Cuando gana mucho dinero no viene a contárnoslo, pero se lo embolsa. ¿Por qué vamos a sentir compasión cuando las cosas no funcionan como él quisiera? ¿Que la siente por nosotros quizá? ¿Que es nuestra la empresa?

« Si la empresa es del Sr. Sol, que resuelva él los problemas. Sus problemas no son los nuestros. Si la empresa fuera socialista, si la empresa fuera de todos los que en ella trabajamos, entonces sí que nos preocuparíamos todos de sus problemas. Pero mientras la empresa sea capitalista, mientras sea de un patrón que vive de nuestros sudores, ya tenemos bastante con preocuparnos de nosotros mismos.

« El día que seamos nosotros los amos de la empresa — porque un día será así, no te quepa duda, ya en medio mundo no existe el capitalismo — aquel día nos apretaremos el cinturón si la empresa tiene conflictos, porque también nos lo habremos aflojado en los momentos de prosperidad. Sería un contrasentido que AHORA, nosotros nos perjudicáramos, y con nosotros nuestros hijos y mujer, cuando el Sr. Sol no se ha molestado lo más mínimo en favorecernos durante todos estos años que han ganado millones a costa nuestra ».

Después se dedicaron a cosas más concretas.

1. — A preparar otra asamblea para el siguiente domingo, ya que esta vez faltaron muchos de los compañeros.

2. — Confeccionar un nuevo documento recordando a la empresa que su contestación no les había convencido y que mantenían su primera demanda.

Anotaron los conceptos y uno de ellos se encargó de redactarlo aquella misma noche, con el fin de que el lunes pudieran firmarlo ya, tanto los del turno de mañana como los de tarde. Se decidió que esta vez irían todos a entregar el documento a la Dirección, para así hacer más visible su toma de posición y fuerza.

El documento que firmaron el lunes todos los compañeros del taller — excepto el operario de 1ª Buixader — fue éste:

A LA DIRECCION DE BLANSOL

Los abajo firmantes, personal de la empresa, ante el hecho de que no se llegara a ningún acuerdo satisfactorio con la comisión que subió a entrevistarse el día 5 de Julio, y no estando de acuerdo ni con ello, ni incluso con el contenido de la nota en la que se explica dicha entrevista, (pues en ella se trata de manera despectiva a nuestros representantes) elevan de nuevo sus peticiones concretando las dos que consideran más esenciales y fundamentales y por lo cual necesitan de más pronta solución y que son éstas:

1ª *Aumento del premio de producción.* — Es absurdo que la empresa considere bajo y mal planteado actualmente este premio y no lo actualice a nivel correcto.

Pensamos que dicho premio con el tiempo que se viene pagando y con los aumentos de producción y personal ha quedado ridículo, por ello continuamos con nuestra petición de 1.500 pesetas mínimas de premio.

2ª *Aumento de salario.* — En la subdicha reunión se habló de mala situación económica. Sin embargo dada la realidad de nuestros bajos salarios, consideramos que si para maquinaria moderna debe invertirse capital, mucho más para que los obreros (personas humanas) se les atienda en este aumento de salario que en la actualidad es de 59% a partir del 1 de Octubre.

Las muchas veces que hemos pedido sin encontrar respues-

ta positiva por parte de la Dirección, cansa y aumenta nuestra inquietud y desilusión. Hacemos hincapié una vez más para que la empresa reflexione y dé una pronta y positiva respuesta a nuestras peticiones que consideramos justas y justificadas.

Exigimos una respuesta antes de la primera semana de Octubre.

INVASIÓN DE LOS LOCALES DE DIRECCIÓN

Aquel martes, la expectación y el nerviosismo eran notorios en el taller, pues una marcha en grupo compacto a Dirección sin previo aviso, pillándoles por sorpresa, era nuevo para todos ellos. Si bien por un lado sentían un poco de temor, por otro lo ahogaban con la indignación que les provocaba las negativas de la empresa, y con la convicción de que tenían razón en sus peticiones. Cuando se tiene a favor la verdad, nunca falta serenidad y valentía.

No eran todavía las dos, y por puertas y pasillos se veían compañeros del turno de tarde esperando la hora prevista: las 2'10. Escamoteando cinco minutos de cada turno podían presentarse TODOS a Dirección muy cómodamente, sin interrumpir prácticamente el horario laboral.

A las dos y diez minutos un compañero de fuera dio el aviso de que ya estaban todos. Se paran las máquinas, y juntos — unos con el mono de trabajo y otros con el traje de calle — se dirigen hacia las oficinas de la Dirección. Avanzan en columna de tres o cuatro, todo lo que permite la escalera. Son los 58 manuales, incluidos los mandos. La marcha es a paso normal, más bien pausada; se oye el rumorero de los comentarios y... un caso inesperado. El documento del que eran portadores los

enlaces al frente de la comitiva, había sido firmado por todos los trabajadores de la empresa menos por el Sr. Sol, el Sr. Juliá y el Sr. Pedret. Todos los administrativos se adherieron a nuestra demanda y... un solo obrero, uno solo, el operario de 1ª Buixader, se negó a firmar. El esquirol enseñaba la oreja.

Pero el pobre hombre al encontrarse solo en el taller y viendo el entusiasmo colectivo de sus compañeros, tuvo la sensación de que la nave se derrumbaba, resquebrajada por aquel silencio penetrante que lo invadía todo... y no pudo resistirlo. Como todos los raquíuticos de espíritu, falto del más elemental sentido de honestidad, corrió a sumarse a la comitiva que seguía subiendo la escalera. Los últimos, al verle a su lado le espetaron:

— ¡Fuera, fuera, perro rastro! Tú no eres de los nuestros. Tu amo no está aquí!

Y accionando brazos y piernas como si quisieran propinarle puntapiés, lo echaban del grupo.

Pero él, a pesar del trato recibido, continuó arrastrándose detrás de la manifestación en marcha.

El grupo compacto atraviesa el largo pasillo con ventanales, a través de los cuales ven a los administrativos sentados ante sus mesas y a los que saludan con un movimiento del brazo. Ellos les corresponden con miradas y ademanes llenos de simpatía, dándoles ánimos. Todo vibra, en aquel momento. Se vive como una especie de éxtasis colectivo. La fábrica arde de emoción, por dentro. El Sr. Pedret, jefe de la oficina técnica y de personal, al ver la solidaridad de sus subordinados, repite — en su nivel — la proeza del operario Buixader, y sin abrir boca se dirige hacia un rincón de la oficina ocultándose de la vista de los obreros del taller. Simplemente, le ha entrado eso que se llama MIEDO. Tienen tanta mala conciencia de la injusticia que están perpetrando, que ante un aparente atropello no se les ocurre revolversse

como « hombre indignado », sino que se desintegra su fofa vanidad y gallardía.

El grupo llega ante la puerta de Dirección. Los enlaces sindicales llaman y el Sr. Juliá, hombre alto, rubicundo y barrigudo, que tiene el cargo de Director-Gerente, contesta:

— ¡Adelante!

Entran los dos enlaces y el Sr. Juliá les ruega, con un ademán, que cierren la puerta.

— Ahí fuera están todos los trabajadores, que necesitan hablarle, y venimos a pedirle que salga usted un momento, empiezan los enlaces.

— Decidme vosotros de qué se trata en representación de todos, replica el Sr. Juliá.

— Es que debemos entregarle un documento, y quiéramos estar todos juntos, continúan los enlaces.

— ¡Ah, un documento! Podéis... pod... podéis dárme-lo vosotros mismos. Es suficiente.

— ¡Salga ahí fuera, Sr. Juliá! ¡Es aquí mismo, al otro lado de la puerta! ¡Es que no cabemos todos aquí, en el despacho!

— ¡No, no, no! Si queréis ya os haré un papel conforme me lo habéis presentado...

— Se trata sólo de que abra. Puede quedarse aquí, en la puerta. Es que hemos acordado que estaríamos todos.

De pronto se abre la puerta que da a la oficina técnica y el Sr. Pedret lanza rabiosamente:

— ¡Qué hacéis aquí!

Y más rápido que una centella, un obrero se encara con él y le contesta:

— ¡Estamos esperando a que salgan los enlaces!

— ¡¡Ah!! — contestó el Sr. Pedret. Un ¡ah! que lo dijo todo... porque seguidamente enrojando hasta la raíz del cabello y muy corrido, se abrió paso hasta la puerta del Sr. Juliá y, entrando, volvió a cerrarla.

Hacía ya más de diez minutos que los enlaces parlamentaban con el Sr. Juliá intentando convencerle para que saliera. Algunos compañeros se habían sentado en el suelo en señal de impaciencia y triunfo. Por primera vez en su vida se sentían en la empresa como en casa. Sin pretenderlo, la habían «ocupado» y los mandos prácticamente se habían rendido. Por la puerta, por la que había salido el Sr. Pedret, los administrativos asomaban la cabeza y hacían comentarios y causa común. La Dirección se había hundido a la primera acometida.

De repente, se abre la puerta de la Dirección y uno de los enlaces, dirigiéndose a todos, expone brevemente la resistencia del Sr. Juliá a salir, y consulta qué deben hacer.

— ¿Le dejamos el documento? ¡Nos ha dicho que lo contestará muy pronto!

Se creyó que el GOLPE lo habían dado ya, y que podían entregarle ellos el documento en nombre de todos.

A continuación — como unos señores que se hallan en su casa — unos se pusieron el mono de trabajo para empezar el turno y otros se cambiaron para salir.

¡Se sintieron muy importantes! Una satisfacción de esta clase no se paga con todo el dinero del mundo. Cuando se es protagonista de un acto digno, el espíritu no cabe en el cuerpo y se tiene la impresión de que esta moral no se perderá jamás.

Pero... mientras la mayoría cantaban victoria y les faltaba tiempo para contar su proeza, algunos de los compañeros más realistas se decían: «Preparémonos para la venganza del gato acorralado. Esta humillación de hoy, la Dirección no la digerirá. No hay todavía nada resuelto. No perdamos la serenidad. Queda mucho camino aún...».

Por la mañana del siguiente día, antes de que llegara el segundo turno, en el tablón de anuncios estaba fijada

la respuesta de la Dirección a las peticiones del día anterior.

Por un lado, se habían repuesto de la sorpresa, y por otro, el Sr. Sol — ausente de la empresa el día anterior — con seguridad les habría apostrofado y echado en cara su cobardía. La respuesta de la Dirección mantenía firme su negativa de siempre.

Con ello aumentó la indignación. He aquí la contestación de la empresa fechada a 27-9-68:

Esta Dirección contestando a la nota firmada por un buen número de productores, concreta los siguientes puntos:

a. - La petición de *aumento de sueldo* que encierra este escrito, carece totalmente de base legal en que fundamentarse.

b. - En ningún momento se ha tratado despectivamente a los *representantes* de los productores en la nota escrita de fecha 6 de Agosto pasado. Tan sólo se recoge en forma totalmente objetiva el hecho de que los Sres. Enlaces no supieran aclarar el significado de algún párrafo, lo que imposibilitó un estudio de estos puntos, esto fue reconocido por los propios enlaces que firmaron el enterado de la referida nota de 6-8-68 y que manifestaron que ellos no habían redactado el escrito.

c. - El *aumento de 5'9%* a partir de 1 de Octubre, es absorbible, pues los sueldos pagados rebasan los mínimos legales.

d. - En relación al *aumento de premio de producción*, esta Dirección se ratifica en lo manifestado sobre este particular en el citado escrito de fecha 6 de Agosto pasado.

e. - Por las razones expuestas y por las indicadas en el repetido escrito de 6 de Agosto, que actualmente siguen vigentes, esta Dirección se ve obligada a *denegar los aumentos salariales* solicitados.

Enterado:

Enlaces Sindicales.



LA GRAN ASAMBLEA (Tercera de la serie)

A la hora y lugar convenidos celebran la tercera asamblea a fin de poner en común sus impresiones y elaborar un plan de conjunto para los días de venganza de la empresa, que sin duda alguna se avecinan. Es el 6 de setiembre del 68.

Como la vez anterior, la Comisión ocupa la presidencia detrás de la mesa. Asisten 40 operarios. Prácticamente todos. (Excepto Buixader).

Se abre la sesión con la lectura y comentarios de la respuesta de la empresa.

Un compañero centra su atención sobre la escabullido de la Dirección, respecto a la petición del 5'9% de aumento de jornal establecido oficialmente por el gobierno. Este aumento es absorbible porque los salarios rebasan los mínimos legales.

« Por este dato debemos reconocer que el Estado Español nos tiene en menos estima que, « incluso », nuestros queridos Señores. Sus medidas no perjudican nunca a los empresarios. Siempre nos toca a nosotros cargar con el muerto.

« ¿Queréis decirme, sino, de qué sirve un aumento de sueldo oficial que no aumenta el sueldo real? Es una pura comedia. ¿Sabéis por qué pasa esto? Porque el gobierno español no nos representa a nosotros, los tra-

bajadores, sino que es exclusivo representante de todos los capitalistas. Por eso sus medidas van siempre dirigidas a proteger las industrias y los negocios, no nuestro trabajo (que está lleno de deficiencias técnicas, higiénicas, de seguridad, etc.) y nuestro salario, para vivir como personas. Si un gobierno no nos representa, no podemos obedecerle porque no es autoridad ».

« Un gobierno que no nos represente siempre dictará leyes contra nuestros intereses. Todo cuanto diga y haga un gobierno que no nos represente, debemos estudiarlo para descubrir su trampa, su mentira, la injusticia que nos oculta y el objetivo que pretende, que ciertamente será contra nosotros ».

« Es que gobierno español y empresarios españoles son una misma cosa. El primero actúa en nombre de los segundos y a favor de ellos. ¿Habéis visto esas películas en las que el « sheriff » se ha vendido al hombre rico de la comarca, y cobra de él para estar contra el pueblo y explotar a la gente sencilla y pobre? Pues una cosa igual es un gobierno capitalista en cualquier nación que sea. E igual es el gobierno español que tenemos; no nos conduce, sino que nos manda y nos explota, como si fuésemos esclavos sin voz ni voto, en todo aquello que nos pertenece porque es nuestro y hace referencia a nuestras propias vidas ».

« Es importante — y termino — que nos demos cuenta de que si el Sr. Sol es nuestro enemigo porque nos perjudica en cada minuto de trabajo que hacemos para él, el gobierno nos perjudica en cada momento de nuestra vida, porque no nos deja reunir, no nos deja organizar, nos droga con el fútbol y con el cine pornográfico y nos echa encima la policía que nos apalea como a perros, si pretendemos manifestar nuestras opiniones y reivindicaciones pacífica y públicamente. Muchos de vo-

sotros lo visteis en el último Primero de Mayo, en la plaza de Cataluña ».

« Y debo deciros, por si alguno cree lo contrario, que el sindicato oficial, la CNS, es una de esas trampas que el gobierno tiene armadas para mantener engañados a los cándidos obreros que escuchan y creen las palabras del ministro Solís o de cualquier otro. En nuestro país no tenemos nada que esté pensado por nosotros y a favor nuestro, nada. Esto, es preciso tenerlo claro. Por no tener nada, no tenemos ni el sindicato. Ya lo veis, hemos tenido que reunirnos a escondidas en las dependencias de una parroquia. Hay que organizar nuestro sindicato, hay que organizar nuestra resistencia y nuestra lucha ».

A continuación otro compañero hizo uso de la palabra para hacerles reflexionar sobre un punto muy similar. El sindicato en un país capitalista como el nuestro, es sólo una arma de defensa. No es un instrumento de ataque y de conquista. Y a quien sólo se defiende siempre, le dan continuamente.

« Supongo que os habréis dado cuenta, compañeros, que nuestra lucha actual es para lograr 1.500 pesetas de aumento al mes y... nada más. No sabemos aún si las lograremos. Pero en el caso de que el patrón decida — debido a nuestras presiones, pues habéis visto ya que de buena gana no hay manera de que nos dé nada de lo que nos pertenece y es nuestro — concedérnoslas, dentro de un año, alargando mucho, el aumento de vida nos las habrá absorbido nuevamente, porque nos alcanzarán para comprar las mismas cosas que podemos comprar ahora y NADA MAS ».

« Cuando el patrón paga más al obrero, este dinero lo carga al precio de venta de sus productos, así que los tenderos tienen que vender más caro para sacar ganancia ».

« Como podéis ver este proceso es un pez que se muer-

de la cola. Al poco tiempo tenemos que volver a quemarnos las cejas, a ser mal vistos por la empresa, y a arriesgarnos a ser represaliados por unas mejoras que si las logramos, en el mejor de los casos, se nos evaporan como unas gotas de alcohol en la mano ».

Las armas de defensa, son importantes para poder subsistir, pero no resuelven el problema. Nos mantienen siempre a la defensiva ».

« El sindicato de verdad — no el oficial — es exclusivamente una arma defensiva. Y fijaros que en estos momentos, en nuestro país, los obreros no tenemos ni armas para defendernos; nos toman el pelo como quien esquila un cordero. No decimos ni pío. Esta asamblea de hoy es un sindicato de verdad a nivel de empresa y nada más. Como podéis ver es un instrumento muy rudimentario. Claro está que ya es mucho, porque no todas las empresas, ni mucho menos, tienen esta organización de defensa que es nuestra Comisión. Pero el camino es todavía muy largo. Debemos llegar a construir o coordinar una Comisión para toda esta zona de Palau de Plegamans y del Vallés. Así como es necesaria la coordinación para toda Cataluña y para toda la Península. Después tendremos que construir nuevas armas para ir a la conquista del control del gobierno, y lograr que las leyes y la organización de la sociedad podamos hacerla nosotros, los trabajadores, y por consiguiente a nuestro favor. Debemos lograr una sociedad en la que no haya patronos que exploten a los obreros. Que los obreros sean los patronos que controlen el funcionamiento de la empresa, ayudados por el gobierno que actuará en su nombre. Es entonces que no habrá nadie que pueda embolsarse millones y millones a costa de otros hombres y valiéndose de sus sudores. Es entonces que no tendremos que pedir aumento de sueldo, porque todos sabremos el dinero que hay en juego en la empresa, y del

que podemos disponer. No tendremos que pedirlo, porque siempre se repartirán, a partes proporcionales y no en sobres cerrados, los productos de nuestro trabajo colectivo ».

« Recordemos, pues, que el lograr más dinero no es el objetivo final de nuestra lucha. Hay que hacerlo para poder subsistir, pero no podemos quedarnos aquí; mientras haya el Señor, al AMO, en la empresa, las 100 pesetas que te concedan después de una lucha cruel y que te den con la mano derecha, te las quitarán con la izquierda con el aumento de precios de los productos que tengas que comprar. Nuestro objetivo es instaurar la Justicia social, que ningún hombre pueda explotar a otros hombres. A quien cometa ese crimen hay que castigarle con la pena de muerte. Un hombre si quiere vivir dignamente, ha de vivir de su trabajo y no sin dar golpe y a costa de los demás ».

« Adelante en nuestra lucha. Fijemos lejos nuestra mirada. No nos atasquemos a mitad de camino. Para esto no vale la pena empezar. Nosotros llegaremos como han llegado tantos pueblos de la tierra ».

Estas palabras caldearon poderosamente los ánimos y provocaron el acuerdo colectivo.

Se levanta un compañero muy destacado en la lucha y dice, sonriente:

« Yo creo que hay otra cosa que no podemos perder de vista al planear nuestra lucha. No debemos chuparnos el dedo. Nuestro enemigo es muy poderoso y — de momento — más fuerte que nosotros. En este caso lo que no podemos hacer es dar la cara y presentar batalla donde tienen preparadas sus baterías. Perderíamos. Una batalla que vemos ya perdida, no hay que darla. Y la evitaremos por todos los medios ».

« Pero por otro lado, debemos procurar mantener la iniciativa y pillar desprevenidos y desarmados a nuestros

enemigos, para disminuir su resistencia y aumentar nuestras fuerzas. Si no se pierde el hilo de esta lucha, llega un día que puede darse la batalla final y el golpe de gracia ».

« Os pondría de ejemplo la lucha desproporcionada, tanto en hombres como en material, que hace años se está desarrollando en el Vietnam. El poder más colosal de la tierra, los Estados Unidos, no sólo no pueden vencer al diminuto y desvalido pueblo vietnamita, sino que van perdiendo zonas de control sobre el terreno de lucha y prestigio y simpatías en la opinión internacional ».

« Se trata de tener previstos los objetivos a corto término, los caminos para llegar a ellos y la manera de atravesar los obstáculos que nos separan ».

« Debemos tener imaginación y utilizar la inventiva para dar con las acciones más oportunas en cada momento. No se trata de copiar nada fríamente. Pero podemos inspirarnos en las luchas de todos: estudiantes universitarios, obreros, Vietnam, Che Guevara ».

« Tampoco conviene soñar despierto; no es hora de hacer la revolución; es hora de ganar esta batalla que tenemos iniciada con la empresa Blansol. No se trata de hacer la revolución armada, ahora. Se trata de construir nuestra solidaridad y la organización dentro del mundo del trabajo. Se trata de incorporarnos al movimiento obrero en marcha en nuestro país. Estos son nuestros primero y segundo objetivos a corto plazo.

¡Viva la clase obrera »!

« Esto es cuánto quería decir ».

Seguidamente había que tratar de buscar medios de defensa y presión. Y esto era trabajo de todos.

Uno de los compañeros dirigió el debate:

« La empresa está decidida a mantenernos a raya. ¿Qué podemos hacer nosotros — que esté en nuestra

mano — para hacerle comprender, a las buenas o a las malas, que lo que pedimos es justo? El bajo rendimiento, aunque les molesta y los pone nerviosos, no acaba de decidirlos. ¿Qué podemos hacer?

« El que tenga una iniciativa que la esponga. La anotaremos en la pizarra. Y al final efectuaremos una votación secreta, para saber con qué acciones estamos todos más de acuerdo ».

Surgieron 9 iniciativas. Se votó, y quedaron las 3 siguientes:

1) Al día siguiente, tanto los de mañana como los de tarde, irían a comerse el bocadillo sentados en la escalera principal de la oficina, para hacer evidente su descontento.

2) Entregar, el día 9, otro escrito más contundente, insinuando alguna amenaza.

3) Si esta petición aún resultaba negativa, se haría un paro de media hora en cada turno; es decir: desde las 9 1/2 hasta las 10, por la mañana, y desde las 7 1/2 hasta las 8, por la tarde.

Votaron también la comisión que llevaría a término estos acuerdos tomados. La Comisión Permanente que quedó formada con anterioridad, había que votarla de nuevo en cada asamblea general. Creían que la lucha obrera provoca altos y bajos en el ánimo de los militantes, y convenía tener en cada momento a los que creían mejores ante sus compromisos. De paso, nadie podría tener nunca la impresión de que la burocracia del mando se instalaba en sus organizaciones y luchas.

Es conveniente poner de relieve otra parte de esta reunión. Presentían que la lucha iría aumentando en grados de tensión, y era preciso repasar el buen estado de cada una de las piezas, por si era necesaria, en un momento determinado, una maniobra de emergencia. No fuera que a la hora de forzar la máquina, alguno de los

mecanismos fallara. Se hizo una revisión más minuciosa que otras veces sobre el particular.

« Se recuerda que si se diera el caso del despido de uno de nosotros, AUTOMÁTICAMENTE, pararemos todas las máquinas, hasta que nuestro compañero se reincorpore al trabajo. En otras palabras: una sanción de despido, supone la huelga ilimitada ».

— ¿Estáis todos de acuerdo?

— ¡Sííí!!!

De todas maneras para que este compromiso sea la piedra fundamental en la cual ha de apoyarse la palanca de nuestra lucha, nos levantaremos y diremos individualmente, si estamos de acuerdo o no, con la huelga general ilimitada, en caso de despido de uno de nuestros compañeros. Conviene que quede muy claro ».

Y seguidamente, empezando el que ocupaba la última silla de la sala, pronunciaron uno a uno, sin duda ni vacilación de ninguna clase: « Estoy de acuerdo, de acuerdo, de acuerdo... ».

Este acto resultó particularmente emotivo por su sencillez, por el compromiso que representaba y por el entusiasmo con que era pronunciado. ¡Quién había de decirnos entonces, que poco después lo necesitaríamos y tendríamos que apoyarnos en él, para hacer de nuestras vidas la ofrenda máxima! « La fraternidad y el amor son más fuertes que la vida y que la muerte ».

Y lo inesperado hizo acto de presencia entre nosotros. Hubo dos o tres espontáneos que quisieron manifestar sus sentimientos de satisfacción por todo lo que estábamos realizando. Lo de menos es lo que dijeron; lo de más, era ver cómo hombres ásperos y cortos de palabra, abrían su corazón a un entusiasmo que no podían ocultar al convertirse en lágrimas de emoción. Obreros taciturnos, que meses antes parecían apagados, estaban ahora viviendo una segunda juventud brillante y apasio-

nada. Se diría que volvían a encontrar el camino de la vida, que habían perdido. Su testimonio era para todos alentador.

Y finalmente, un invitado, de una empresa vecina a la nuestra, que había seguido atentamente el desarrollo de la reunión, rogó que le permitieran también decir algo:

« Yo soy un obrero de la fábrica vecina. He de deciros que no sé cómo podré pagar el favor que me habéis hecho al invitarme a esa reunión vuestra. Al llegar me sentía intruso y forastero. Pero he de confesaros que en este momento, me siento como uno más de vosotros. Me doy cuenta de que estamos en el mismo frente y que nos envuelve un mismo enemigo. Por consiguiente estamos codo a codo en una misma lucha ».

« Vosotros estáis ya muy preparados, moral y técnicamente. En mi empresa todo está aún por hacer. No nos conocemos unos a otros y nos envidiamos rastreramente. Estamos atomizados. Vuestra solidaridad es admirable. Ha habido momentos que he sentido estremecimientos de emoción. Formáis un bloque extraordinario. Podéis creerme que os envidio. No podéis imaginaros como he deseado que hubiesen sido espectadores de esta reunión, como yo, todos mis compañeros de trabajo. Pensaba, ¡si esto lo oyera o lo viera Fulano o Mengano... »!

« Pero, ¡yo se lo contaré! Y les haré ver que nosotros no podemos ser menos; que nos necesitamos unos a otros para escapar de este bloqueo inhumano que constituye nuestro trabajo ».

« Sólo puedo deciros que a partir de hoy podéis contar conmigo, y quiero creer que con los compañeros más generosos y despiertos de mi empresa. Muchas gracias y ¡ADELANTE!

Con unas cortas palabras de uno de la presidencia, acabó el acto. Eran las dos de la tarde. El sol estallaba

de lleno contra las fachadas de las casas, deslumbrán-
doles. Marchaban a sus hogares más contentos que si
volvieran de una fiesta.

SENTADA EN LA ESCALERA DE DIRECCIÓN

El trabajo del lunes empieza, en apariencia, como todas las semanas.

Continúa el bajo rendimiento y diríase, la normalidad. Pero en la entraña de la actividad de quéllos obreros, arde una lucecita de esperanza. Su trabajo no es una rutina, porque están implicados en un esfuerzo colectivo para destacar la justicia entre ellos; el trabajo de este lunes, no es igual que el de los demás lunes.

Hoy el trabajo es, y ellos son, OTRA COSA. Hoy se proponen hacer estallar la amenaza de hace 4 meses y el espectáculo de su unidad, en las mismísimas narices del Sr. Sol y de la Dirección.

Cuando paran las máquinas a la hora del bocadillo — como cada día — en lugar de dirigirse al comedor para la tertulia acostumbrada, sin recibir orden alguna y como la cosa más natural, con el bocadillo en la mano o bajo el brazo, salen todos de la nave de máquinas y en grupo, se dirigen, rodeando el edificio al aire libre, hacia la puerta principal.

El Sr. Sol ha descubierto por casualidad, desde una ventana de las oficinas de mandos, que abandonaban el taller y salían fuera. Esto era impropio. Y como que debía tener fresca aún, la impresión que causaron la pasada semana a sus servidores inmediatos, Sr. Juliá

y Sr. Pedret, sale del edificio y atravesando un espacio de 25 metros en descampado, se oculta, rápido, en el taller de fundición. Desde allí, medio oculto y a través de un ventanal, observa sus movimientos.

El grupo abre la puerta principal, va instalándose en los peldaños de la escalera, y empieza a dar cuenta — hay buen apetito — de sus bocadillos.

Entretanto el Sr. Sol ve como se cierra la puerta de fuera, pero no descubre movimientos ni sombras en las oficinas de Dirección, que domina muy bien desde su escondite.

Con seguridad, acudió a su mente la escena de días antes, apostrofando a Juliá y a Pedret por haberse dejado intimidar por la visita colectiva de los obreros, y pensó que él no podía quedarse allí escondido y dejarlos solos. El, tenía que dar la cara. Y sacando fuerzas de flaqueza, en un arranque interior, sale a enfrentarse a todos ellos. Atraviesa nuevamente, empujado por la indignación, el patio interior, y abriendo la puerta de un tirón se dirige a ellos con un grito de:

— ¿Qué hacéis aquí?

Debía suponer — cándidamente — que su presencia y su grito, eran reprimenda suficiente para dejar a todos ellos mudos y corridos. Ante su mutismo, ordenó como quien tiene potestad:

— ¡Fuera todos! ¡A comer al taller!

Y al ver como era obedecido sumisamente por todos, se sentiría importante e iría en seguida a ver a sus amigos de Dirección para decirles:

— ¡Veis como hay que tratarlos!

Y con ese triunfo se sentiría más Amo y Señor de la empresa que nunca, ya que incluso daba lecciones de cómo se gobernaba a los obreros, a sus inmediatos oficiales subalternos.

Pero... a su grito de ¿« qué hacéis aquí »? se disparó, como un gatillo de pistola, una respuesta fulminante:

— ¡Es que en el comedor no hay sillas bastantes para todos!

Y, fue él, quien enmudeció. Sólo le quedaron energías para refugiarse en su despacho, como un caracol que atemorizado encoge sus tentáculos, encerrándose en su concha, que es más una cárcel que una « escapada ». Pero para alcanzar su refugio tuvo que atravesar entre la masa de obreros que llenaban la escalera de arriba abajo; tuvo que abrirse paso apretando los hombros de los de cada lado, para así tener un pequeño espacio donde meter el pie. Todos le dieron facilidades para que pudiera pasar, pero nadie se tomó la molestia de levantarse.

Se cruzaron miradas de satisfacción. ¡La cosa no podía haber resultado mejor! El temor que sentían algunos, de que pasaran desapercibidos durante la media hora, se fundió con la presencia del Sr. Sol. Se oyó un portazo sonoro, desproporcionado. El Gato erizado, quería que entendieran: « ¡¡Estoy indignado con vosotros!! ¡¡Enteraros de ello »!! No fuera que alguien creyera que había quedado convencido con la respuesta recibida y, ¡esperara que cualquier día les mandara una docena de sillas nuevas para el comedor! Las cosas habían quedado claras para ambas partes.

Próximo ya el momento de entrar al trabajo, el Sr. Juliá asoma la cabeza por la parte alta de la escalera, donde estaba sentado el jefe de taller, y le dice:

— El Sr. Sol dice que entres a verle.

El compañero de lucha — es preciso destacarlo, porque no es corriente en las empresas que los jefes de taller sean compañeros de lucha de la clase obrera, más bien son « compañeros de viaje » para colgar con las maletas y lustrar los zapatos del Señor — el compañero de lucha

se levanta dignamente, y silencioso entra en el despacho del Sr. Sol.

Este, quiere que el Sr. Juliá sea testigo de la conversación y le ruega que tome asiento.

Indica también al jefe de taller que se acomode. Reina el silencio durante unos momentos. El Sr. Sol se pasea arriba y abajo de la habitación. También él sabe hacer manifestaciones de su descontento. Las hace a su manera. Este ir y venir cabizbajo, como pensativo y preocupado, es una de sus manifestaciones en solitario. Mucho más incómodas que las de los obreros, que son un estallido de solidaridad.

De pronto, interrumpiendo el paseo y dirigiéndose al compañero explota:

« ¡Usted tiene la culpa! ¡La culpa de tanto ruido, reuuelta y alboroto, la tiene usted! ¡Usted tiene la culpa! Les da esperanzas, seguridades, los anima, los estimula...! que sé yo! ¡Usted tiene la culpa! ¡Ellos no harían nada, si usted no estuviera con ellos, a su lado! ».

— Yo creo que tienen razón y les sigo. Eso es todo. Además, ¿cómo quiere que tenga buena relación con ellos, en el trabajo, si voy contra sus intereses?

— Usted está a mi servicio. Le pago para eso. ¿Lo sabía? Es conmigo, con quien debe tener buena relación. ¡Es conmigo!

— ¡Usted ha comprado mi profesión, pero no mi dignidad! ¡Usted me manda en un aspecto, pero no en el otro!

— ¡Quién es usted, quién es! ¡Qué es usted, qué es! ¡Yo no entiendo a este hombre! ¡No lo entiendo! (acercándosele con aire de querer zarandearle) ¿qué es usted? ¿qué es?

El Sr. Juliá se incorporaba en la butaca para intervenir haciendo de « hombre bueno »:

— No se excite, Sr. Sol; no se excite. Todo se arreglará.

— Soy el jefe de taller, mientras no se diga lo contrario — contesta el compañero.

El Sr. Sol reanuda sus paseos, callado y cabizbajo.

Se para nuevamente y extendiendo el brazo, señalando más allá de la puerta ordena:

— ¡Vaya. Vaya y dígales que se marchen de la escalera!

— Yo no soy un guardia civil. ¡Esto puede decírsele usted mismo!

— ¡Guardia civil, guardia civil! — contesta el Sr. Sol muy exaltado. — ¿Es que soy un esbirro yo? ¿es que soy un esbirro? — acercándose al compañero, amenazador.

Nuevamente el Sr. Juliá se incorpora e interviene:

— ¡No se ponga así, Sr. Sol! ¡No se ponga así! ¡Ya lo arreglaremos!

— Usted será el responsable de cuánto suceda aquí. Si usted no estuviera con ellos no harían nada. Usted será el responsable de los perjuicios que puedan sobrevenirles, y a través de ellos a sus familias. Si usted fuera un hombre responsable intentaría solucionar esta situación en lugar añadir leña al fuego.

(Apelaba al sentido humanitario, con la intención de que el jefe de taller se decidiera a parar la onda de protesta que crecía de semana en semana. Pero éste, compañero de los obreros sabía de cierto dos cosas:

1) Que esta situación de tensión, era concientemente deseada por los obreros.

2) Que éstos, habían asumido la responsabilidad de todas las consecuencias que pudieran derivarse de su actitud).

El, no podía cambiar las cosas. Sólo podía abandonar

el tren en marcha; pero éste, seguiría su camino con él, o sin él, e incluso contra él, en último caso. El no podía abandonar, simplemente porque era uno más de ellos. Así que contestó:

— Y en las empresas en las que los capataces y los jefes de taller están a favor del patrón, como usted indica, ¿cómo es que también se dan actos de protesta como éstos? ¿cómo se lo explica? No soy yo, Sr. Sol; es usted quien crea el conflicto, haciendo caso omiso de las justas peticiones de los operarios.

— Pero, ¿qué le he hecho yo a usted, para que esté contra mí? ¿qué le he hecho?

— Yo no estoy contra usted. ¡Yo me pongo a favor de la justicia!! No estoy de acuerdo con esa decisión de negarse a mejorar el jornal de los 6 ó 7 peones que más lo necesitan!! Yo no puedo creer que 8 ó 10.000 pesetas menos al mes, puedan perjudicar a la empresa! Esta negativa está costando muchas más.

El Sr. Sol, en un arranque de cólera grita, indicando la puerta:

— ¡¡Fuera!! ¡¡Fuera!!

Y al pasar el jefe de taller por su lado, repite, empujándole con ambas manos:

— ¡¡Fuera!! ¡¡Fuera!!

Y aquel, volviéndose pausadamente hacia él, le dice, con seriedad:

— Sr. Sol, no me ponga las manos encima.

Fue suficiente. Ambos se midieron con la mirada. El Sr. Sol. quedó como petrificado. El otro dio media vuelta, salió... y esta vez el Sr. Juliá se repantingó de lleno en la butaca para prestar apoyo a su amo.

Fuera, estaban todos esperando. Los gritos se oían muy claramente en las escaleras y en las oficinas de control. Todo el mundo se enteró de las frases estridentes del Sr. Sol. Estaban ya dispuestos a entrar todos ellos

a Dirección, para que cuanto tuviera que comunicar a su compañero, lo manifestara directamente. Pero no dio tiempo para ello. Este, había vuelto, y juntos se incorporaron al trabajo. Lo hacían con media hora de retraso. Pero nadie les contabilizó estos 30 minutos perdidos. Fue una especie de colapso general de toda la empresa, que quedó pendiente — porque se oía como a través de un altavoz — de la conversación que acabamos de transcribir a grandes rasgos.

Así estaban las cosas en la mañana del 7 de septiembre.

Los del turno de tarde, al llegar, se enteraron de este incidente. La alegría fue inmensa.

Pues, esta tarde tendrán que habérselas con nosotros — dice uno.

A la hora del bocadillo, se siguió el mismo recorrido que por la mañana. Se dirigieron a la puerta principal, también por el exterior, y se sentaron en la escalera. Pero, ¡cuál no fue su sorpresa al enterarse por los administrativos que no había nadie en Dirección! Ni el Sr. Sol, ni el Sr. Juliá, ni el Sr. Pedret. Quedaron decepcionados. Ahora su acto pasaría desapercibido. Los de mañana habían segado todo el trigo. Pero uno de ellos tuvo una idea genial: « debemos sembrar la escalera de papeles, mendrugos, huesos de frutas, etc, etc. Estos restos serán el exponente de nuestra solidaridad y de nuestra presencia, esta tarde, a la hora del bocadillo ».

CONTRAATAQUE DE LA DIRECCIÓN POR LA SENTADA

A primera hora de la mañana siguiente, apareció — cosa inesperada — el Sr. Sol paseándose por la nave de máquinas. Llevaba colgada al hombro — y en algún momento balanceándola en la mano — una máquina fotográfica. No hizo nada ni dijo palabra a nadie, pero todos entendieron perfectamente: « Si volvéis a la escalera de Dirección a comer el bocadillo, os haré una fotografía que utilizaré como prueba de vuestra rebelión ».

Por si nos quedaban dudas, un pasante de Dirección entregó al jefe de taller una nota « oficial », fijando una copia en el tablón de anuncios.

Sr. Fulano de Tal

Como contramaestre y responsable de la disciplina del personal de este taller se le comunica especialmente la orden de esta Dirección, prohibiendo durante las horas del almuerzo, utilizar otras dependencias que no sean el comedor o los talleres.

Lo que se le comunica para que vele muy especialmente para el cumplimiento de esta orden.

Firma

Luis Sol Vallés

8 de octubre 1968

Llegada la hora del bocadillo, todo el mundo sube al

comedor, como cada día, como si no hubiera ocurrido nada. El Sr. Sol desapareció en seguida. Con seguridad satisfecho de haber hecho abortar la manifestación de una nueva sentada. Pero andaba muy equivocado.

Mientras comían iban comentando:

« Dan risa las payasadas del Sr. Sol. El creía pillarnos y precisamente hoy, nosotros no teníamos previsto ningún altercado desmoralizador para la empresa ».

« El cree que lo ha evitado. Mejor así. Esto nos da libertad de acción para preparar nuevos golpes de gracia y no perder la iniciativa ».

« Se trata de que cuando ellos nos busquen no nos encuentren, y que nosotros continuemos sabiendo preparar la emboscada en el momento más inesperado ».

« El control de los choques, de momento lo llevamos nosotros. Esto nos da tiempo a desaparecer casi sin dejar rastro, cuando la Dirección ha preparado el ataque con un poco de coherencia, después de sus primarias y torpes reacciones de autodefensa ».

Y así, en una tertulia que lo mismo que entretenía les mentalizaba, transcurrió la media hora del bocadillo.

Aquel mismo día el Sr. Pedret y el Sr. Juliá, llaman a uno de los jefes de equipo.

Han escogido el personaje. Un hombre que ha trabajado desinteresadamente por la empresa, desde los primeros días que funciona. ¡Este, sí que debe haberse sentido coaccionado por todo el gupo! ¡Este no tiene madera de « revolucionario »! A éste lo convenceremos para que no se deje llevar por los demagogos.

Empezaron hablándole de sus servicios a la empresa en los momentos difíciles de los comienzos de ésta. Que los de Dirección, siempre lo han apreciado mucho. Que por este motivo tiene el cargo de jefe de equipo. Que una empresa, para funcionar, debe tener los mandos al servicio de la Dirección. Ellos, le pedían que se pusiera

de parte del Sr. Sol. Y que no temiera a los obreros, que éstos nada podían hacerle. Ellos — la Dirección — le daban toda clase de seguridades. Las cosas estaban poniéndose mal, y si empeoraban habría perjudicados, y sentirían que él pudiera ser uno de los afectados, como responsable, por el cargo que ocupa.

Le ruegan que la orden fijada en el tablón de anuncios, prohibiendo comer el bocadillo en la escalera de Dirección, lo haga cumplir a sus subordinados. Le agradecerían mucho que les dijera quién es el cabecilla de este movimiento subversivo contra la empresa. Y bla, bla, bla, bla...

El jefe de equipo respondió que, por lo que había visto, no había nadie que instigara, sino que eran todos los que habían adoptado aquel comportamiento, porque la empresa no atendía a sus justas peticiones.

Al hombre le faltó tiempo para comunicar a los obreros la entrevista secreta. Su silencio y su integridad, animaron a los demás a portarse igual si les tocaba el turno, pero entre sus filas anidaba la cobardía y la traición. Uno de los encargados, hasta ahora al lado de los obreros, no subió al comedor, aquella mañana para el bocadillo. Se quedó en el taller haciendo pruebas. El Sr. Pedret estaba a su lado. A la hora de la comida, no subió a las dos y media, como de costumbre, sino a las tres. Algunos consideraron sospechoso ese comportamiento, pero no tenían ninguna prueba.

Aquel mismo día, antes de salir, los enlaces sindicales entregaron a la Dirección, tal como se había decidido en la última asamblea, el siguiente documento:

A LA DIRECCIÓN DE BLANSOL

Los trabajadores nos dirigimos otra vez para manifestar que a pesar de las razones expuestas y desarrolladas en los

escritos del 6 de Agosto y 27 de Setiembre, y según las actitudes mostradas por ustedes; empezamos a dudar de todo, ya que la última situación amarga y real que existe es el salario infimo que cobran especialistas y peones, y que no está en proporción con las grandes inversiones hechas por la empresa.

Es pensamiento de todos los trabajadores y sienten con verdadero deseo que usted, responda después de una honda reflexión, teniendo muy en cuenta la sincera colaboración que de nosotros surtirá al reconocer el esfuerzo hecho por usted al aumentar a estos trabajadores.

Todos los hechos ocurridos han sido solamente una demostración de nuestro descontento, realizado pacíficamente y dentro de la ley.

A la falta de nuestros representantes (enfermos) y buscando que la representación sea lo más equilibrada y justa posible, los trabajadores hemos nombrado una *comisión que deberá ser respetada*, si la dirección desea entablar contacto con todos los productores por mediación de dicha comisión.

Y por último reafirmamos que por ningún concepto, podemos admitir que el progreso de la empresa, sea a costa sólo del sacrificio de los trabajadores.

Esperamos que dentro de esta semana se nos de contestación a este nuevo escrito.

LOS TRABAJADORES DE BLANSOL

Aquella misma noche se organizó una reunión de emergencia de los mandos. El compartamiento de aquel jefe de equipo había despertado la necesidad de que los que tenían mando se pusieran de acuerdo. En este punto la empresa les había pillado un poco en falso. Urgía prepararse en este frente por el cual el enemigo había intentado infiltrarse. Se discutió durante largo rato. Realmente no se estaba muy fuerte, en este nivel. Pero después de darle vueltas al asunto, decidieron que no podían ser traidores a la clase obrera; lo que se solicitaba

— aumentar el salario a los peones más necesitados — era justo, y la empresa debía concederlo. Además, se llegó a la conclusión de que no debían subir al despacho de los « jerarcas » uno a uno. No se debe admitir el diálogo individual en asuntos de cariz social y de conveniencia, dentro de la empresa. De plantearse algún problema, subirían todos los mandos a la vez y lo discutirían abiertamente. Así evitarían el desconcierto y la división de opiniones entre ellos.

Finalmente estuvieron de acuerdo, en que era importante que los mandos, de manera abierta apoyaran la petición de los operarios que aquella mañana se habían presentado a Dirección, al mismo tiempo que, indirectamente, se desengañaba a la empresa, si es que ésta tenía alguna esperanza de que ellos hicieran de puente para resolver el problema a su favor. Opinaban, también, que un documento de los mandos decidiéndose a favor de los peones, aceleraría la solución.

El escrito que firmaron todos los presentes sin excepción, es el que sigue:

A LA DIRECCIÓN

En estos momentos en que los mandos de esta empresa debemos de escoger libremente una determinada posición, en cuanto los hechos ocurridos, expresamos unánimamente nuestro descontento hacia la dirección por no aceptar las peticiones que los obreros menos retribuídos formulan.

Por lo tanto manifestamos que estamos junto a ellos, y que les apoyamos en sus peticiones, porque somos parte integrante de esta misma clase, la cual sufre y pide su justo derecho.

Pedimos dialogar colectivamente y a nivel de todos los mandos, para expresar ampliamente las posibles soluciones al problema que se plantea hoy.

Es nuestro sincero deseo, participar y contribuir a que la empresa se desarrolle siempre equilibradamente.

Barcelona, a 11 de Octubre de 1968

Al llegar aquella noche a su casa, uno de ellos quedó sorprendido ante un anónimo: una carta sin firmar de «un amigo». Era el despliegue de la actividad diplomática de la Dirección.

EL INFORME ECONÓMICO

Día 11. Por la mañana baja un cronometrador al taller. Tiene órdenes precisas. Como que el límite marcado de producción para ganar el premio, no se logra debido al bajo rendimiento que disimuladamente hay establecido, la Dirección ensaya una estratagema. Se sitúa junto a un operario, y cronometra los segundos de cada movimiento suyo hasta tener lista la pieza. El obrero sigue un ritmo ordenado y coherente. El resultado es una cifra muy pobre. El cronometrador manifiesta que con un poco más de atención, puede lograr una frecuencia en las operaciones que eleve la producción un 30 y un 40 %.

El operario dice que no es posible. El cronometrador sabe que sí, es posible, y se violenta un poco ante la actitud de « me da igual » del operario. Se cruzan unas palabritas y el técnico llama a su jefe de sección. Baja el Sr. Pedret. El cronometrador expone que el operario R. se niega a acelerar el ritmo de producción, para llegar al límite exigido. El operario contesta seriamente:

— No se puede más. Este es mi ritmo normal.

El Sr. Pedret llama al jefe de equipo, y le ordena:

— Hágame usted unas cuantas piezas con esta prensa, tan aprisa y bien como sepa.

El jefe de equipo quiere demostrar su pericia y hace

una exhibición. Ante la agilidad en los movimientos de coordinación, la perfección del trabajo y la cantidad de producción, el Sr. Pedret exclama triunfante:

— Pare, pare. — Y dirigiéndose al operario: — ¿Puede hacerse o no puede hacerse lo que se le pide? Su jefe de equipo ha logrado casi el doble de lo que se le exige.

— ¡Oh, caramba! ¡Durante cinco o diez minutos, también sabría hacerlo yo! ¡Pero aguantar ese ritmo durante las 10 horas de jornal no es posible!

— Eso ya lo veremos — bramó el Sr. Pedret, llevándose al cronometrador hacia las oficinas.

Todo el mundo volvió al trabajo. Pero, entretanto, el operario se lamentaba de la humillación que le había causado su jefe de equipo. De repente, dándose cuenta de la maniobra, corre a contárselo a la Comisión y a los mandos.

El jefe de taller ve la plancha y llama al jefe de equipo.

— ¿Qué has hecho? ¿No ves que has descubierto que el operario hacía bajo rendimiento, aun cuando él intentaba disimularlo? Con tu buena fe, nos has perjudicado a todos. Además de hacer quedar en mal lugar al operario, los resultados servirán para denunciar nuestro bajo rendimiento, y posiblemente los utilizarán para justificar un aumento al límite de producción.

El hombre quedó silencioso. Finalmente exclamó: — ¡Ahora me doy cuenta! ¡Ahora lo veo! ¿Qué puede hacerse ahora? ¿Qué podemos hacer? —. El jefe de taller contesta: — Debemos intentar anular esos datos. Podríamos hacer un corto documento denunciando este procedimiento pirata, aprovechando la buena fe de los operarios, para exigir un aumento de producción. Pero debemos estar de acuerdo todos los mandos.

Seguidamente se explica el hecho y se expone la iniciativa al encargado, puesto que no estaba presente, e

ignoraba por consiguiente la maniobra de la Dirección, el cual está también de acuerdo en protestar.

El documento corto en palabras, era contundente en la expresión y definitivo por el equipo de firmantes: el jefe de taller, el encargado, el jefe de equipo y el operario. A la Dirección no le quedaría duda alguna de que abajo, en el taller, los asuntos se cerraban de golpe y herméticamente.

Se redactó allí, mismo, mientras las máquinas funcionaban. Hacía 25 minutos que el Sr. Pedret, había subido con el cronometrador y aires de victoria, cuando después de llamar a la puerta, entra el enlace sindical, extiende el papel en la mesa le Dirección, y sin esperar respuesta, abre de nuevo la puerta, sale, la cierra y desaparece.

El Sr. Pedret lee:

11 de octubre de 1968.

Los mandos de esta empresa denunciarnos la explotación de que ha sido objeto R.G. al ser controlado su tope, tomando como base la producción del jefe de equipo, a quien se ordenó ponerse a la máquina para tales efectos.

Jefe de taller. Encargado. Jefe de equipo. Operario.

Aquel mismo día, un compañero del turno de tarde llegaba con el informe sobre la empresa Blansol, que tres meses atrás había sido solicitado a una compañía dedicada a tales asuntos.

El informe pasó de mano en mano y cayó en el ambiente como lluvia de verano. Fue un riego favorable para la siega que ya despuntaba. Durante dos días la lectura y comentarios acerca del informe, llenaron la actividad mental de todos ellos. Tuvo la virtud de barrer las dudas que pudieran todavía abrigar algunos.

Un operario al que apenas se oía nunca, — escu-

chaba, miraba y hacía, sin casi hablar — leyó el informe y... como si se le hubiera destrabado la lengua dijo: « Ya lo pensaba yo que nos enredaba el patrón, pero este documento lo dice bien claro. Ahora no tiene escapatoria. ¡Tenemos que refregárselo por las narices! ».

Del informe entresacamos sólo esos párrafos:

FIRMA QUE ANTERIORMENTE SE DESARROLLÓ CON DIFICULTADES ECONÓMICAS QUE PAULATINAMENTE HA IDO SUPERANDO. ACTUALMENTE ATIENDE SUS OBLIGACIONES ECONÓMICAS CON REGULARIDAD.

« Realiza un volumen anual de operaciones del orden de los 40.000.000 de pesetas. Espera cobrar del Ayuntamiento 4.000.000 de pesetas, como indemnización por los locales de la calle Viella, 8, para lo cual recorrió al Tribunal Supremo, que falló a finales de 1967 favorable al informado ».

Deportación del jefe de taller.

La indignación del compañero taciturno, se contagió a todos los operarios y aumentó más grados la voluntad de reivindicar aquello que les pertenecía por justicia.

Entretanto, aquel mismo día cuando, por cualquier motivo, bajaba al taller algún empleado de la oficina técnica, anunciaba al jefe de taller que la Dirección necesitaba verle. Este aviso se repitió cinco veces en, aproximadamente dos horas. El jefe de taller estaba atareado resolviendo una dificultad técnica, y cada vez pensaba que iría apenas estuviera listo. Pero a la sexta vez, el empleado bajó directa y exclusivamente con esta orden: « El Sr. Sol dice que subas en seguida ».

Serían aproximadamente las doce. El día siguiente, sábado, era fiesta — 12 de octubre — y ello significaba que la semana laboral terminaba aquella mañana, y

había que dejar listas, al máximo, las cosas. El jefe de taller sube a Dirección. El Sr. Sol esperaba, acompañado del Sr. Pedret; ambos le saludan sonrientes.

— Síntese, síntese — dice el Sr. Sol desde su butaca. — Hemos tomado una decisión que suponemos le complacerá. Quisiéramos que, a partir de hoy — o si prefiere del día 14 — se traslade usted a las oficinas de Barcelona para, desde allí, planear, teniendo en cuenta el mercado, nuestra producción. ¿Qué le parece?

— ¿Es un castigo?

— En absoluto, en absoluto. Pruebe usted, y verá como le agrada — insistió. — Además no queda otra solución.

— Bueno, lo pensaré.

— ¡Oh, está decidido en firme! Aquí tiene la comunicación por escrito.

Palau de Plegamans 8 de Octubre de 1968

Sr.

Por conveniencia de la Empresa, y a efectos de coordinar nuestro trabajo con las empresas y talleres auxiliares, esta Dirección ha acordado que a partir del día 14 de los corrientes preste sus servicios en mi *oficina* de Barcelona, calle Viladomat 200 entresuelo 2^a.

La nueva función asignada queda encuadrada dentro de su categoría profesional y no significa cambio de la misma ni disminución de sus emolumentos que seguirá Vd. percibiendo íntegramente y por lo contrario, residiendo Vd. en Barcelona, le supongo una mayor ventaja.

Sírvase suscribir la presente comunicación dándose por enterado de la misma.

— Bueno, probaré — contestó. — Me marchó.

— No, no es necesario que baje al taller. Usted ha

cesado ya, como jefe de taller. El Sr. Pedret le acompañará a las oficinas de Barcelona, para orientarle en lo que precise.

— ¡Pero, permítame recoger las cosas que tengo en el taller! — replicó en tono natural.

— ¡No, no hace falta! Ya mandaremos recogerlas y se las llevaremos a Barcelona.

— ¡No es necesario! ¡Ahora estoy aquí y puedo ir a recogerlas! Además, ¡permitame despedirme de los compañeros! ¡Esto es elemental! ¡He de anunciarles mi nuevo cargo!

El Sr. Pedret intervino por primera vez para decirle: « Sí, permítaselo Sr. Sol. Es natural que lo comunique a sus, hasta ahora, subalternos inmediatos ».

Camino del taller crecía su indignación ante esta maniobra hipócrita. Al llegar, y después de reunir a los encargados y jefes de equipo, les comunica la decisión que ha tomado la empresa respecto a él. Que él, de entrada se ha negado a aceptar, pero que se ha dado cuenta de que la decisión está tomada en firme y contra cualquier objeción. Seguidamente pasa por los vestuarios, cambia su ropa por la de calle, recoge sus cosas y se va. El Sr. Pedret le esperaba ya, en el coche, con una sonrisa artificial en los labios.

Como una cerilla arrojada en pleno verano, en el corazón de un bosque, así cayó la noticia del traslado del jefe de taller. El problema era cómo catalizar el viento y dirigir las llamaradas.

Faltaban sólo diez minutos para la salida, y no era posible organizar protesta alguna. Además, el desplazamiento había sido presentado como gratificación por los servicios prestados durante doce años de trabajo. Como que había dos fiestas consecutivas, dispondrían

de tiempo para estudiarlo conjuntamente. Era preciso, pues, comportarse como si nadie estuviera enterado de ello, pero convocaron una reunión de emergencia de la Comisión Permanente, para aquella misma noche.

La reunión fue corta en tiempo pero densa en acuerdos. Había que consultar el caso a un abogado laboral, por si era posible renunciar al traslado y a través de qué fórmula. Se encargaría de ello, el mismo interesado.

Por si quedaba alguna duda sobre la jugada de mala ley, que significaba este traslado, lo decía claro la fecha estampada en el papel que se entregó al jefe de taller: 8 de octubre.

Era el mismo día en que tuvo lugar la sentada en la escalera de Dirección. Con seguridad lo pensarían bien, y no entregaron el documento de traslado hasta el final de semana.

El lunes por la mañana, el enlace sindical presentaría a Dirección un documento firmado por todos los operarios, pidiendo el retorno inmediato del jefe de taller, alegando motivos de orden técnico. El turno de tarde haría media hora de paro. Este traslado era, en el fondo, un despido; y una represalia como ésta, tenía ya de tiempo establecida la pena: huelga. Pero como que había intentado disimularse, darían tiempo al tiempo hasta llegar a la huelga total.

El turno de tarde empezaría los paros, porque en él figuraban algunos obreros con experiencia. Al día siguiente, harían la media hora el turno de mañana. Al próximo día se haría una hora por la tarde, que se repetiría por la mañana siguiente. Y así seguiría todos los días, pero aumentando las horas de paro, hasta llegar a la huelga total.

Salieron de la reunión con la impresión de que las cosas empezaban a moverse precipitada y profundamen-

te. Debían estar preparados para cualquier eventualidad y les parecía que tenían el ánimo dispuesto.

Durante los dos días de fiesta se efectuaron visitas y se prepararon las cosas minuciosamente, para iniciar, con decisión, su protesta organizada, el lunes.

MOVIMIENTO DE SOLIDARIDAD: EL PRIMER PARO

El turno de mañana empezó normalmente. Fue alrededor de las 10, cuando el enlace sindical, acompañado de dos obreros como testigos, dejan el trabajo y suben a Dirección.

— ¿Qué se les ofrece? — pregunta el gerente.

— Le traemos este documento, firmado por todos los obreros, en el cual pedimos el retorno del jefe de taller.

— ¡Pero, si él aceptó su nuevo cargo!

— Ha sido una represalia, por todo lo sucedido estos días, y no podemos aceptarlo.

El gerente, visiblemente molesto y con pocos deseos de prolongar el diálogo, al ver la seguridad con que hablaba el enlace, dice:

— La empresa no puede aceptar este documento porque está falto de base. El cambio del jefe de taller no responde a una represalia, sino a una reajuste empresarial ante las necesidades del momento. No sólo no es una represalia, sino que más bien es un reconocimiento de sus cualidades. Por consiguiente, pues, la empresa no puede aceptar este documento.

El enlace, después de unos momentos de indecisión, toma de nuevo la iniciativa y dice a los testigos que le acompañan, y ante el gerente:

— Pues en este caso, que estos dos compañeros firman atestiguando que la empresa no ha querido aceptar el documento. Y sacándose un bolígrafo del bolsillo, escribe: « Se ha negado a recibir el original ». Y a continuación y en la misma mesa del gerente, que les contemplaba sin saber qué hacer ni qué decir, firmaron los dos compañeros y se despidieron con un « buenos días » que no obtuvo respuesta. He aquí el documento:

A LA DIRECCIÓN

Los trabajadores de la empresa *denunciamos la orden* de la Dirección de trasladar al jefe de taller y compañero nuestro, a la oficina de Barcelona, y consideramos que es una *represalia* sin fundamento, ya que esta decisión entorpece la marcha de la empresa, pues dadas las nuevas técnicas, nos son imprescindibles las experiencias y conocimientos que a través de los años ha ido adquiriendo.

Exigimos a los culpables de esta decisión que rectifiquen la orden, siendo *reintegrado inmediatamente a su puesto* de trabajo dentro de la fábrica.

Barcelona, a 13 de Octubre de 1968.

Momentos después, llegaba por el correo interior la correspondencia de la oficina de Barcelona, y el Sr. Juliá saca de entre las cartas, y se entretiene en ella de manera especial, una que lleva el membrete de la propia empresa, y abriéndola, busca, ante todo, la firma: era del jefe de taller. Seguidamente lee el texto:

A LA DIRECCIÓN

CONSIDERANDO INJUSTO el comportamiento de la empresa Blansol, al ordenarme el inmediato traslado a una

oficina de Barcelona, después de 13 años de trabajo en la fábrica y sin haber recibido el más pequeño reproche por falta de honestidad ni por incapacidad técnica, elevo mi petición al más alto cargo de Dirección, a fin de que *retire la orden* formulada y pueda reintegrarme inmediatamente al ejercicio de mi cargo en la fábrica.

Barcelona 13 de octubre de 1968.

El Sr. Juliá, apartando la carta hacia su derecha, se dispone a esperar la llegada del Sr. Sol para comentarla.

*

Entretando, por el taller iba ya corriendo la voz de que la Dirección había rechazado el documento, y se disparaban diversas reacciones y comentarios. Iba cargándose el clima, cuando irrumpe una orden de Dirección: que todos los mandos, abandonando momentáneamente el trabajo, suban al despacho del Sr. Sol.

Al agruparse para iniciar la marcha juntos, se dan cuenta que faltan los cuatro mandos de la tarde. Como que entre ellos se habían « dado palabra » de que todas las decisiones de cariz colectivo se tomarían conjuntamente, y se eludiría el cara a cara individual con la Dirección, uno del grupo hace notar la anomalía y propone pedir a la Dirección, que de no tratarse de asuntos a nivel técnico, prefieren y quieren esperar a que lleguen los mandos del turno de tarde. Se admite hacer la petición y se presentan a Dirección con ese propósito.

Llaman a la puerta del despacho del Sr. Sol. Abre el Sr. Pedret. Desde la puerta, uno de ellos solicita aplazar esta entrevista hasta que hayan llegado los mandos del turno de tarde. El Sr. Pedret mira hacia dentro, dónde están el Sr. Sol y el Sr. Juliá. Esta mirada es

comprendida rápidamente por el Sr. Sol que levantándose bruscamente, se acerca a la puerta y explota:

— ¡¡Qué pasa aquí!!

Un poco intimidados repiten la demanda: — Quisiéramos que estuviera también el cuadro de mandos del turno de tarde; preferimos no entrar, sin ellos.

— ¡Vosotros entráis ahora mismo porque aquí, y en horas de trabajo, mando yo! — continúa con genio fuerte el Sr. Sol. — Así que, ¡adelante y sentaos!

— Bueno, bueno — dice uno de ellos. Y entran los cuatro. El mismo obrero, visiblemente humillado y con espíritu de revancha, admite:

— Nosotros entramos porque es hora de trabajo y usted es el amo y lo manda; pero yo no me siento! porque no me da la gana!

Los otros tres y la Dirección en bloque se sentaron, pero él, se mantuvo de pie en el centro del despacho, cara a cara con el Sr. Sol.

El diálogo duró cerca de hora y media. Los núcleos de interés fueron:

— Hemos llamado a ustedes — les dijo el Sr. Sol — para poner en su conocimiento el traslado del jefe de taller, por motivos de reajuste empresarial. En adelante, mantendrá personalmente los contactos con ustedes, los mandos de taller, el Sr. Pedret.

— Nosotros no podemos aceptar ese cambio porque es una sanción, y nos consta que él, no tan sólo no lo desea, sino que pretende renunciar.

— El aceptó libremente su nuevo puesto de trabajo, precisamente en este mismo despacho, después de hablar largamente de ello y estudiar los pros y contras. Y quiero hacer constar, que su nuevo destino en Barcelona no es ninguna sanción, sino todo lo contrario. Y les hemos mandado venir porque es urgente un esfuerzo, por parte de todos, para elevar la producción de la

empresa. Ustedes serán, ahora, los más estrictamente responsables de ese propósito que ha de recorrer hasta el último rincón de talleres y oficinas. Quiero pedirles, pues, que acaben ya con este bajo rendimiento organizado. ¡Llevamos tres meses así!

El obrero que se mantenía de pie, explotó: — Aquí no hay bajo rendimiento organizado...

— No quiera negar evidencias ahora, por favor — interrumpe el Sr. Sol. — El Sr. Pedret puede mostrarle los papeles que cantan solos.

— Yo no le digo que la producción no haya bajado; con el nerviosismo que hay en el taller por las cosas que han ocurrido estos últimos meses, y el poco caso que esta Dirección hace de las peticiones de los obreros... es natural que la producción no sea brillante. Yo creo que ese mal curaría solo, si se atendiera a las demandas presentadas. Buscar otros caminos, no es aplicar la verdadera medicina al mal que sufrimos todos.

— Mire usted; sólo puedo decirle una cosa. Si dentro de dos o tres semanas este asunto no se arregla, me veré obligado a cerrar la empresa y con ello vamos a perder todos. Tal como van las cosas, perdemos dinero cada día que pasa. O se arregla o se desaparece. Y ustedes, aquí, tienen un papel de primer orden.

— ¿Y acaba de decirme que el traslado del jefe de taller no tiene que ver con todo eso?

— ¿Me permite, Sr. Sol? — ruega el Sr. Pedret, que recibe el asentimiento a través de un movimiento de cabeza. — Tiene que ver sólo en un sentido, puesto que es necesario, por exigencias de orden técnico, que los cuadros de mando del taller hagan causa común con la Dirección, se tenga confianza en ella y en sus miembros, y se ejecuten al pie de la letra todas aquellas decisiones que emanan de sus oficinas de control. Es sólo en este sentido que ha tenido algo que ver el traslado del je-

fe de taller. Así que yo, te ruego que revises tu honestidad. Un mando ha de estar al lado de la Dirección, o está en falso con su misión, y por consiguiente, con su conciencia.

— Precisamente he tomado las decisiones que he tomado, porque pretendo mantener mi honestidad. La honestidad no se mide, creo yo, por las fidelidades a la dirección de una empresa, sino por las fidelidades a la verdad y a la justicia.

— La empresa es una empresa — interviene de pronto el Sr. Sol — no una escuela de moral. Si usted no quiere amoldarse a las orientaciones y normas de la Dirección, es mejor que se vaya. Si no le gusta lo que estamos haciendo aquí y cómo lo estamos haciendo, si no quiere trabajar a favor de los intereses de la empresa, presente la baja y váyase. Es muy libre.

— ¡No señor, no pienso hacerlo! Si usted cree que no estoy cumpliendo mi tarea y con responsabilidad, despídame. Yo no pienso marcharme, ya que me siento con muy buena conciencia, cosa que alguien de los aquí presentes — indicando a Pedret — no creo que pueda decir con tanta decisión. Y ahora — frenando con un ademán al Sr. Sol que se disponía a intervenir — ¿me permite contestar al Sr. Pedret? Y dirigiéndose a él — nada tengo contra la empresa, a nivel técnico. Si a veces hay deficiencias es labor de todos resolverlas, que es lo que en realidad hacemos en las reuniones periódicas entre esta Dirección y los cuadros de mandos. Pero lo que ahora estamos debatiendo no es de orden técnico, sino de orden social.

— Si no es de orden técnico — saltó, cogiéndole la palabra el Sr. Sol — eleven pues la producción a nivel normal, y después, aparte, discutiremos los problemas de orden social. Es esto exactamente lo que les pedimos. No es otra cosa. Cuando la empresa esté en una mejor

situación económica, hablaremos de ello. No eludimos encararnos con las peticiones justas de los obreros. Pero ahora, tal como estamos, creemos que, por muchos conceptos, sería un suicidio, así que muy a pesar nuestro hemos tenido que decir: NO.

— Ya le he dicho antes que el bajo rendimiento que pueda haber en talleres, es, con seguridad, fruto del malestar y nerviosismo que desde hace un tiempo sufren los obreros. Es una interferencia de orden moral y de imperativos sociales dentro el nivel técnico, pues esos compartimientos cerrados que a menudo se invocan « el negocio es el negocio » etc. no existen sino en los libros o en el magín de algunos políticos o empresarios de mala ley. En la vida todo va unido. ¿Como pretenden buen rendimiento, si los obreros se sienten rechazados por la Dirección, y no tienen dinero bastante para el puchero? ¿Creen ustedes que todo eso no tiene que ver con el negocio o con la empresa y su producción?

— ¡Cállese! ¡Haga el favor de callarse! ¡Aquí, mando y hablo yo! Le repito lo que le he dicho ya: si no se eleva el nivel de producción a la normalidad, dentro de quince días o tres semanas, cierro. Yo espero que por estos imperativos del « subsistir » harán un esfuerzo para soldar de nuevo la buena relación y coherencia entre la Dirección y los mandos. Y espero que vosotros interpretaréis correctamente nuestras buenas intenciones y que haréis que las comprendan vuestros subalternos.

Fue en este momento cuando se notó que las máquinas del taller habían parado. Era una constatación fácil, ya que los golpes secos de las grandes prensas, retumbaban en las paredes del edificio haciendo traquetear los cristales de puertas y ventanas. Los cuatro obreros — todos a la vez — miraron espontáneamente su reloj: eran exactamente las 2 1/4. Había empezado el primer paro

de resistencia en la empresa. Los compañeros habían sido puntuales a la cita.

El dejar de temblar las paredes puertas y cristales, fue como una ráfaga de valor que incluía también presagios de tormenta. A los pocos minutos, entra en el despacho el oficinista Sala, y dirigiéndose hacia el Sr. Sol le cuchichea algo al oído. Con seguridad debía de comunicarle el paro de las máquinas, con los obreros junto a ellas, cruzados los brazos sobre el pecho, como guardianes decididos de un silencio impresionante, elocuente por sí mismo, y... amenazador. La noticia llegó en un mal momento, porque la Dirección estaba lanzada a fondo, toda ella, a una maniobra de negociación en la que se jugaba el todo por el todo. Así, a partir de aquel momento, los mandos obreros se dedicaron a parar pelotas, pero sin atacar. El silencio de las máquinas les había relevado en su lucha. El obrero que había mantenido solo, y de pie, la discusión y argumentaciones, había hecho un esfuerzo extraordinario. Ni él sabía de dónde había sacado tanta energía. Tenía la sensación de que el silencio de las máquinas, corroboraba su resistencia y su victoria. Aturdido por la hora y media de tensión y emocionado por aquel silencio, sintió que había dado ya cuánto podía. Habían llegado los suyos. Los tres compañeros en ningún momento abrieron la boca, pero le respaldaron y había sido testigos de un portavoz cualificado de toda la clase obrera, que había dado el « do de pecho » y que merecía el aplauso general.

Quien había mantenido ese desafío desigual y resistido, prácticamente solo, la embestida, era un obrero que había nacido y habitado hasta hacía poco, en una de las barracas que existen más arriba del hospital de San Pablo, con todos los condicionamientos y limitaciones que esto comporta, en nuestra sociedad capitalista.

La Dirección repitió las explicaciones, solicitó de nuevo colaboración, y dio por terminada la entrevista. Los cuatro mandos retornaron al taller.

Al acabar el plazo del paro, la actividad de las máquinas recomenzó acompañada del retumbar de paredes y traqueteo de puertas y ventanas. En ese momento llega al taller la Dirección y... todo está en orden, pero... la señal de alerta había sonado.



NUEVOS PAROS. PRESENCIA DEL SINDICATO OFICIAL

La fisonomía de la empresa, es, aparentemente, normal. Han transcurrido dos horas y media de jornada laboral, sin incidentes de ninguna clase. Quizá la única anomalía, consiste en que el Sr. Sol y la Dirección se han presentado a primera hora en las oficinas, para arreglar « problemas urgentes ».

A las nueve y media se da la señal para el bocadillo, y las máquinas, como de costumbre, paran. Continúa todavía la normalidad. Trascurrido el tiempo del bocadillo matinal, y al reemprender el trabajo, los obreros, en lugar de poner en marcha las máquinas, reproducen la escena de la tarde anterior. Se sitúan junto a la máquina, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, inmóviles y en absoluto silencio. Al mirarse, algunas caras pretenden dibujar una sonrisa, pero la apariencia de un juego divertido, queda ahogada por la seriedad y el compromiso que significa este plante. Había más miedo que alegría. Más inquietud que gozo. Pero había también una decidida voluntad de lucha, que aumentaba por momentos su dignidad y la propia estima.

La Dirección tardó más de cinco minutos en darse cuenta de lo que significaba aquel silencio de las máquinas. Las esperanzas puestas en las negociaciones del día anterior, habían hecho aguas y se hundían estrepito-

samente sin dejar rastro. Pero la reacción, aunque no eficaz fue fulminante. Se llamó al delegado local de sindicatos de Palau de Plegamans, que llegaba a las oficinas de la empresa antes de que acabara al término de media hora de paro, establecido por la Comisión Permanente de los trabajadores.

Cuando finalmente hubo recibido los informes y las instrucciones del Sr. Sol, bajó al taller acompañado por el Sr. Pedret, pero... las máquinas funcionaban ya de nuevo. El Sr. Pedret llama al enlace sindical y hace la presentación:

— Aquí está el Sr. Delegado Local de Sindicatos.

— ¡Mucho gusto!

— Este, es el enlace sindical.

— Encantado de conocerle.

— El Sr. delegado desea que le aclare el porqué de ese paro — conmina el Sr. Pedret.

— ¿Paro? — exclama con extrañeza el enlace. — Aquí no hubo ningún paro.

— ¡Cómo que aquí no hubo ningún paro! — vocifera Pedret. — Pues, ¿por qué se ha negado a acudir a Dirección cuando se le ha llamado?

— Ya se lo mandé decir: ESTABA OCUPADO. Aquí no había ningún paro — dirigiéndose al delegado local, que no sabía qué cara poner a todo esto.

— Bueno, acompáñenos arriba, por favor.

(Estos paros eran negados, por si había represalias, como táctica ante Magistratura).

Y ya en las oficinas, el delegado comarcal haciendo causa común con la Dirección, intentaba persuadir al enlace de que evitara más paros; que el sindicato tomaría cartas en el asunto y buscaría una solución justa.

Las palabras del Sr. delegado local parecían sinceras. Era un payés de por aquellos contornos, según se enteró el enlace durante la conversación, que se dedicaba de

lleno a la avicultura y era al mismo tiempo delegado local de la Hermandad de Labradores y Ganaderos. Su aspecto de hombre de pueblo y con visibles deseos de arreglar la cuestión (como mínimo para evitarse quebraderos de cabeza) impresionaron al enlace, quien prometió que haría lo posible para serenar al personal de taller, hasta que hubiera tenido lugar la reunión que organizaría el sindicato para negociar la solución entre la Dirección y el personal de la empresa.

Con esta ilusión comunica a sus compañeros que el sindicato ha tomado cartas en el asunto, y que ha prometido una reunión. Así, pues, de momento, hay que cesar con los paros hasta ver qué se resuelve. Los obreros, aunque abrigando dudas, aceptan la sugerencia del enlace.

Al llegar los del turno de tarde, alrededor de las dos, se enteran del éxito del paro y de la visita del delegado local.

—¡Fantástico! ¡Mañana por la tarde nosotros haremos una hora! — salta uno decidido.

— ¡No jodas! — replica el enlace. — Hemos quedado que, de momento, no haremos ninguno más.

— ¿Por qué? ¿Por qué ha venido un infeliz del sindicato? Este individuo para nosotros no representa ninguna autoridad. ¿Verdad que lo ha mandado venir la empresa?

Pues para nosotros es un don nadie. ¡No es representante nuestro! ¡Representa a la empresa y a nadie más!

— Pues yo creo que no. Cuando a nosotros nos toque parar, no pararemos; hemos dado palabra de que atenderemos la decisión del sindicato que está buscando una solución.

Al darse cuenta, el obrero decidido, que el enlace expresaba el sentir de una parte de los obreros de la mañana, creyó que debía recoger velas si no quería rom-

per la unidad de compromiso y acción que hasta ahora les había conducido al éxito.

· Después de pasear la mirada por las caras de todos los que estaban presentes en la discusión, contestó: — Bueno, de acuerdo. De momento no haremos el paro establecido. Pero hay que hablar de ello en la Comisión Permanente. Debemos estudiar hasta qué punto se puede confiar en un delegado de sindicatos, aunque tenga cara de buena persona y aunque lo sea. ¿Te parece bien que se reúna la Comisión y tú informes de tu contacto con la empresa y el delegado local?

— ¡Sí, me parece muy bien!

— Pues no hablemos más de ello. ¡A trabajar chicos! ¡Aquí no ha pasado nada!

Aquella tarde y el día siguiente trascurrieron en calma, esperando el aviso del sindicato por un lado, y la consigna de la Comisión Permanente por otro. Pero de momento, la hora de paro de la tarde del 17 se suspendió, como se había decidido.

Aquella misma noche la Comisión se reúne y se examina la situación.

El enlace informa y los componentes discuten, seriamente primero y después con calor. Uno de ellos apremia al enlace: — Dinos si el delegado te ha hablado de manera distinta a cómo lo hace la empresa: que trabajásemos, que no parásemos. Dinos con qué garantía distinta de la que usa la empresa: palabras y más palabras.

— Me dijo que se celebraría una reunión — contesta el enlace.

— ¡Ah, te dijo! Paro ¿CUANDO? ¿DONDE? ¿QUIEN asistirá a ella? De eso nada se sabe. ¿Eso es una reunión? ¡Eso son buenas palabras y... nada más!

— Pero a mí, me pareció que tal reunión era conve-

niente y los compañeros de la mañana estuvieron de acuerdo. ¡Esto hay que tenerlo en cuenta!

— Sí, pero se dijo también que se cumplirían las decisiones de esta Comisión. Y la Comisión es el organismo de decisión que tenemos. ¡Tampoco esto podemos perderlo de vista!

— A mí, me parece muy bien e importante que la voluntad de la Comisión esté, no sólo por encima de la voluntad de un delegado local (esto es evidente) sino también por encima de todas las decisiones que pueda tomar una persona, por razón de sus funciones, como en el caso del enlace sindical, e incluso de alguno de los componentes de esta Comisión que actúe a título personal.

Se consideró que el delegado comarcal, exceptuando buenas palabras y también buena voluntad, no había aportado nada substancioso a favor de la clase obrera, en el conflicto planteado, y se acordó continuar con los paros, alargando gradualmente su duración, como estaba previsto. En consecuencia se reemprenderían con el de una hora.

Finalmente, uno propone que toda vez que la empresa espere el paro en el turno de tarde, la « presión » se reemprenda en el turno de la mañana. La Comisión estuvo de acuerdo y se aprobó. La consigna pues, fue: REEMPRENDER LOS PAROS PREVISTOS HASTA LOGRAR EL RETORNO DE SU JEFE DE TALLER.

Al día siguiente por la mañana, a la hora del bocadillo, cuando ya todo el mundo estaba al corriente de la norma a seguir, estalla un grito: — ¡Eh! ¡Mirad qué pone aquí! ¡El periódico habla de nosotros!

Todos cayeron en tromba sobre el compañero que tenía el Tele-exprés.

— Callad, que os lo voy a leer.

Se hizo el silencio. Pero los ojos, cabezas y manos, se

abrieron paso para descubrir, ver y casi tocar, el recuadro de la noticia: PAROS Y BAJOS RENDIMIENTOS EN UNA EMPRESA DE PALAU DE PLEGAMANS. No pudieron leer más. Entonces el compañero que había traído el periódico, leyó:

« Palau de Plegamans. — Paros de media hora de duración, se registraron durante las jornadas de los días 14 y 15 en la factoría « Blansol » de Palau de Plegamans, en relación con el traslado del jefe de taller de dicha empresa, a las oficinas de Barcelona. El problema laboral planteado por la negativa de la empresa a satisfacer las demandas efectuadas por los trabajadores, se ha traducido en la observación por parte de estos últimos, de una actitud de bajo rendimiento que se prolonga desde el día 10 de julio ».

« Las indicadas mejoras salariales han sido solicitadas repetidamente por los representantes sindicales, sobre los conceptos de prima de producción y modificación de primas de las categorías peor retribuidas. La empresa Blansol cuenta con una plantilla de unos ochenta productores. EUROPA PRESS.

Acabada la lectura se lanzaron frases de alegría y entusiasmo incontrolables.

— ¡Somos importantes, eh!

— ¿Cómo lo han sabido?

— ¡Alguien se lo había dicho!

— Es igual. Lo importante es que haya salido. ¡La Dirección debe de estar furiosa!

Y con un fervor insospechado minutos antes, el grupo se dirigió al taller a ejecutar el paro de una hora, que había recibido como consigna. Las dudas y pasividades de algunos al recibir la orden, se fundieron como la niebla al salir el sol, al verse, de repente, protagonistas destacados en las páginas de los periódicos del país.

El relativo paréntesis de dos días de trabajo continua-

do (¡aunque se mantenía el bajo rendimiento!) no había aún tranquilizado los ánimos de la Dirección. Prueba de ello, de su latente ansiedad, fue la conmoción que sufrió al no oír el ruido habitual de las máquinas, a las nueve y media en punto.

Aquel silencio, les heló el corazón. Se sintieron desbordados y no vieron más salida que la de pedir ayuda al sindicato de Sabadell, saltándose al delegado local.

El triunvirato, Sol-Juliá-Pedret, bajaron al taller a ver el espectáculo; su hundimiento era tal, que ni se atrevieron a « mandar » que se continuara el trabajo. Ya no mandaban ellos, en la empresa. Su impotencia quedaba disimulada bajo la espera de los refuerzos de Sabadell. Sus miradas se cruzaban a veces con las de algún obrero, y — ¡curioso! — los primeros en desviarla, eran siempre los Amos.

Durante la primera media hora hubo idas y venidas de Dirección al taller y del taller a Dirección, por parte del triunvirato. Al ver que pasada media hora el silencio continuaba, el Sr. Sol y el Sr. Juliá se encerraron en el despacho para esperar la llegada de los representantes oficiales del sindicato de Sabadell. El Sr. Pedret tuvo que hacer acto de presencia en el local de los administrativos, porque éstos, con el pretexto de ir al wáter, llegaban hasta las puertas del taller para ver el paro de manos y máquinas. Alguno de ellos confesó después que se sentía atraído por la valentía de sus compañeros de taller.

Algo antes de la hora, llegaron por fin un grupo de personajes del sindicato. Cometieron el mismo error que el delegado local: ir primero a Dirección a recibir las órdenes oportunas. Presentándose antes al taller y poniéndose de parte del los obreros, habrían mantenido por más tiempo su prestigio y confianza. Pero la visita cor-

tés y obligada al Amo como primer paso, desvirtuaba de entrada toda mediación seria y dejaba en cueros su fofa prestigio por razón del cargo oficial.

Cuando finalmente llegan al taller, la cosa está ya en marcha, normal. Llaman de nuevo al enlace sindical, que les sigue inmediatamente, y de nuevo hay preguntas sobre el porqué del paro. El hecho es negado en redondo por parte del enlace, pero admite el malestar de todos los componentes del taller, por el traslado de su compañero, el jefe de taller, a las oficinas de Barcelona. Después de un más o menos largo tira y afloja y de tener que oír los delegados, que con sólo buenas palabras no se trata al mundo obrero, se les impone determinar LUGAR, DIA, HORA Y QUIEN ha de estar presente en la reunión. Si no se concretan claramente estos datos, los compañeros de taller creen que la reunión es un puro espejismo sin valor real. Los delegados se ven obligados a decidir: LUGAR: la delegación de Palau. DIA: el 22. HORA: las 10 de la mañana. Estarán presentes en la reunión: las jerarquías del sindicato; Castro, como delegado local, secretario, presidente, sección social, etc. la Dirección de la empresa y toda la Comisión (obrero) de la empresa.

Así acaba momentáneamente la negociación. Los delegados y los Amos despiden al enlace sindical, y ellos se quedan en el despacho para redondear la jugada — los lobos no se muerden entre sí — ya que el enlace, alejándose, percibe sus maquinaciones. Una vez habían podido cazarlo «cándidamente». Pero ahora lo veía claro. El sindicato era sólo eso: una trampa para cazar incautos. El y sus compañeros ya no se chupaban el dedo. Habían aprendido mucho en pocos días.

De todas formas corrió la noticia de haberse concretado la reunión; el enlace sindical creía que había que guardar la palabra, no tanto por la confianza que pudiera inspirar la misma reunión, sino para ver de sacar todo

el partido posible a favor de la clase obrera y de sus compañeros de trabajo con los que se sentía plenamente identificado.

En el momento del relevo hay un intercambio intenso. Los de la mañana están deseosos de contar su proeza; los de tarde se mueren de curiosidad por saber lo ocurrido. Están llenos de contento, y uno de ellos felicita al enlace por su éxito y le dice entusiasmado: — ¡Estupendo! Entonces, ¡mañana nos toca a nosotros!

— ¡No compañeros, no! ¡No podemos hacer un paro ahora nosotros! ¡Quedamos...

— ¿Ya estamos otra vez así? ¿No quedamos que por encima de todo, debían prevalecer las decisiones de la Comisión?

— Pero ahora han concretado día, hora, lugar y personas que estarán presentes en la reunión. Yo tampoco creo en ella, pero pienso que es preciso entrar en el juego y aprovechar lo que se pueda.

— ¿Pero, y la decisión de la Comisión? ¿Te parece bien que se reúna ahora mismo, de emergencia, para decidir qué es lo que hay que hacer?

— ¡Muy bien, muy bien! Me parece muy bien.

Empieza a correr la voz de que los componentes de la Comisión deben verse precipitadamente en los vestuarios. Puede asistir todo el mundo. No hay secretos. Únicamente que, quienes no sean de la Comisión no intervendrían, para no alargar la reunión.

Y mientras unos se quitan el mono para salir y otros se lo visten para entrar al trabajo, se discute qué hay que hacer ante la nueva situación. Los compañeros escuchan atentamente las preguntas y respuestas, las sugerencias y los pros y los contras de los miembros de la Comisión. Se llega rápidamente a una conclusión: se observará una tregua en la lucha, hasta después de la reunión de Palau.

Así, una vez más, este organismo entraba en juego para ejercer su función de vínculo de unidad, a través del uso de poderes plenamente democráticos.

Con este fervor que les infundía la conciencia de clase y con la sensación de fuerza que les proporcionaba la organización, terminaba la jornada. Era el 18 de octubre de 1968. La alegría y el buen humor no iban a durar demasiado.

BUIXADÉ: IMAGEN DEL ESQUIROL.

Día 19. Persistía el acuerdo provisional de mantener la situación hasta saber qué daba de sí la reunión sindical.

Pero transcurrido el turno de mañana y al empezar el de tarde, a la hora de salir los administrativos para no volver hasta el lunes, se colocó una notificación en el tablón de anuncios. Uno de los obreros, maquinalmente se acerca y lee:

« A partir del día 21 de los corrientes el Sr. Ramón Buixadé Rosal, ocupará, por decisión de esta Dirección, el puesto de « Jefe de Taller ».

Palau de Plegamans, 19-10-68.

Firma:

Luis Sol Vallés.

Al obrero en cuestión, le faltaron tiempo y piernas para correr al taller y dar la noticia.

Los ánimos se exaltaban por momentos. Fueron lanzadas frases contra Buixadé, que trabajaba como operario de 1ª en el mismo turno. Este, percibía las indirectas y detectaba las miradas fulminantes que le dirigían sus compañeros de trabajo, y rápidamente se hacía

cargo de la hostilidad que se creaba. Alguien empezó a reclamar « UN PARO » como protesta inmediata, y la iniciativa prendió como pólvora. Uno de ellos, más sereno, intentó calmar y canalizar la amargura y la rabia que se apoderaba ya de todos.

— ¡No hombres, no! ¡Cojones! ¡No podemos hacer un paro ahora nosotros! ¡Quedamos en que no se haría nada sin la aprobación de la Comisión! ¡Sino, esto se va a convertir en una casa de putas! Nosotros hemos acusado por dos veces al enlace sindical, por haberse permitido desviar las consignas y hacer menos de lo que estaba decidido; y ahora, a nosotros, nos acusarían de saltarnos a la torera las normas, haciendo más de lo que está programado. No podemos hacer un paro ahora, compañeros. ¡Debéis comprenderlo! Aunque, naturalmente, debemos manifestar a Buixadé nuestra repulsa, por este acto de traición. Hagámosle el vacío. Si os parece bien, esta tarde, a la hora del bocadillo, que nadie suba al comedor. Nos quedaremos todos aquí y que él se encuentre solo arriba.

La iniciativa fue bien acogida y la gente, aunque dirigiendo miradas furibundas al traidor, se reincorporó al trabajo.

Al dar las seis, un grupo se dispone a comerse el bocadillo en un rincón soleado del taller. Pero, ¡cuál no sería su sorpresa, al ver que un grupo más numeroso sigue a Buixadé que, maquinalmente, como un perro apaleado, se dirige al comedor!

— ¿Qué coño hacéis? ¿No hemos convenido que nos quedaríamos aquí? — grita, sorprendido, el que lo había sugerido.

— ¡Nada! ¡Nada! — contesta uno de ellos — Que hay mala leche ¡eso es todo! ¡Pronto dará la impresión de que somos nosotros quienes estamos avergonzados, quedándonos en un rincón!

La frase hizo fortuna, ya que todos siguieron escaleras arriba. Detrás, el que lo había propuesto, seguía también, pero cavilando cómo acabaría la cuestión.

A medida que los hombres — unos veinte — van entrando en la sala, en lugar de sentarse aquí y allá, sin orden ni concierto, van cogiendo las sillas y se sitúan en círculo alrededor de Buixadé, que está ya sentado, ensañándose con la barra de pan, silencioso y cabizbajo. Acabada la ceremonia de sitiario, cayó sobre el grupo un silencio total; tanto, que llegó a oírse el rumor del mascar de Buixadé, único automatismo que funcionaba en él, sin ni tan siquiera darse cuenta. El silencio, cortante como un cuchillo, entraba poco a poco en el corazón amedrentado de Buixadé, que continuaba masticando como un gato acorralado. Por los cuatro costados le asaetaban miradas llenas de indignación, midiendo sus más pequeños movimientos de hombros, de brazos, el tic de la frente que ponía en movimiento después de cada bocado. El grupo se sentía asfixiado. Parecía que Buixadé iba a caerse en tierra, desvanecido, por la violencia de la situación, pero... no. Seguía comiendo como un autómeta, sin decir nada ni mirar a nadie.

Para romper el hielo, el más decidido pregunta: — Bueno, y ¿a qué hemos venido aquí?

Y como si esta corta frase hubiese abierto una compuerta, empezaron a llover insultos y más insultos.

Uno. — Buixadé, ese aire tuyo de mosquita muerta y el golpe bajo que pretendes encajarnos, te juro que van a salirte mal. Nunca, los que se mueven en la sombra como lagartos asustados, han hecho nada bueno en la vida.

Otro. — Buixadé, ahora sabemos quién eres. En estas ocasiones se conocen los traidores. Tú, y los que son como tú, merecéis nuestro desprecio; nos estás inspirando asco, repugnancia. Esta nos la vas a pagar.

— Buixadé, hijo de puta y mariconcete, crees tú que es de hombres mariposear lamiendo el culo del amo? ¡Debería darte vergüenza lo que estás haciendo! Pero eres un gallina. Das pena, Buixadé. Eres un hombre acabado.

— Con éste, — sacando una navaja — acabo yo. Mira Buixadé — mostrándole el arma — es posible que me valga unos años de sombra, pero ¡te juro que tu mujer quedará viuda! ¡Cojones, si quedará viuda!

Buixadé continuaba quieto, mordiendo el bocadillo cabizbajo, como si oyera llover. Sólo esporádicamente se le disparaba algún pequeño ademán incontrolado, debido a la carga de nervios que estaba acumulando. Inesperadamente se le movía el codo, las piernas no se le mantenían quietas, se le notaban rápidos movimientos de estremecimiento en la cabeza, cuello y espalda, etc.

La exhibición de la navaja y la inmutabilidad del paciente, pusieron fuera de sí a uno del grupo quien, sacando la silla de entre sus piernas (estaba sentado en ella al revés) se acerca a Buixadé y amenazándole con un ¡¡ me cago en...!! se dispone a dispararle un puñetazo en plena cara.

Un compañero se le echa encima con intención de detenerle, diciéndole: — Déjale; no le des. ¡No ves que se te desmenuzará entre los dedos! ¡Déjale hombre!

— ¡No quiero! ¡A ver si reacciona ya de una vez!

El otro lo sujeta para que no pueda pegar y se entabla una pelea entre los dos.

— ¡Déjame, te digo! ¡Que te voy a dar a ti, eh!

— Inténtalo y sabrás lo que es bueno. Siéntate y estate quieto.

Interviene entonces el más decidido, intentando cortar la momentánea pelea.

— Yo creo — dice serena y pausadamente — que si

a alguien hay que dar aquí, no es a ninguno de vosotros, sino a éste (indicando a Buixadé).

· Pero la serenidad de esta invitación, tuvo la virtud de calmar a los dos en disputa, que se sentaron en seguida.

Todas estas intervenciones espontáneas, sin orden ni concierto, y a grito pelado, llegaban claramente a la Dirección, ya que se hallaba en la habitación contigua, separada sólo por un triste tabique. Con seguridad no debía agradarles el cariz que tomaba la cosa, y decidieron alejarse del fandango. Creerían que no era asunto de ellos, sino que era el precio que Buixadé tenía que pagar por el contubernio.

En aquel momento se oye cómo el coche del potrón arranca precipitadamente.

Todo el mundo puso atención, e instintivamente afilaron los oídos. Seguidamente, uno de ellos reemprende la reflexión colectiva, con el fin de que Buixadé tenga plena conciencia de lo que está perpetrando contra todos.

— Buixadé, rata repugnante, ¿has oído? ¿Te das cuenta de cómo te abandonan los amos a quien tú quieres servir, y por quien te has jugado tu dignidad? Ellos huyen y te dejan solo. « ¡Que se arregle »! deben de haber dicho. ¿No te das cuenta de que te utilizan como carnaza, para que todos nos echemos sobre ti y así les dejemos tranquilos a ellos? ¿No ves que se sirven de ti como de un títere? ¿No te haces cargo de que el día que no les intereses, te dejarán tirado en la cuneta? ¿No ves que no te aprecian ni pizca?

¿No te das cuenta de que te quedas solo?

— ¡Me das asco. Buixadé! ¡Me revuelves las tripas! ¡Acabarás como una rata de cloaca! A nuestro jefe de taller, al que teníamos hasta ahora, le estimamos, le queremos como a un amigo, porque eso ha sido para nosotros. A ti, te aborrecemos y te despreciamos. ¡No

mereces otra cosa! No podremos hacerte caso, en tu papel de « Jefe de Taller » puesto que para nosotros eres mucho menos que nada.

— ¡Compañeros! ¡Creo que estamos pasando de la raya! El no empezará a desempeñar su cargo, hasta el lunes por la mañana. En el fondo, yo no le creo capaz de algo tan rastrero. Sinceramente, no lo creo. Así que pienso que él, recapacitará y finalmente no aceptará. Un papel en la cartelera, es un papel; y un hombre, a pesar de todo, ¡es un hombre! Compañeros, no lo maltratemos más. Dejémosle ahora. Debemos darle una oportunidad. Dejémosle reflexionar durante este par de días que faltan.

Estamos luchando en el vacío. Ninguno de nosotros está seguro de que Buixadé acepte, por unas miserables pesetas más, el cargo de jefe de taller, para hacer la zancadilla a nuestro amigo. Dejémosle aquí, pues, y concedámosle confianza todavía, durante estos dos días.

A todos afectó la reflexión del compañero, así que sin más incidentes le abandonaron. Pero en un grupito que se formó, se decía: « de momento tenemos la prueba del nombramiento por parte de la empresa, y eso destruye el acuerdo que habíamos tomado. ¿ Cómo podemos creer que había posibilidades de negociación por parte de la empresa, para que el jefe de taller se reincorpore a su puesto, si ya han nombrado el sustituto? »

— ¡Sí señor! La empresa ha roto el pacto, la tregua. Así que nosotros estamos también desligados del compromiso.

— ¡Son unos falsarios y embusteros! ¡Debemos hacer un paro como protesta de este nombramiento! ¿Qué os parece?

— Yo os he dicho antes, que, en principio no conviene desbordar los acuerdos de la Comisión; pero viendo que realmente las circunstancias son otras, podemos

tomar alguna iniciativa, a condición de que todos estemos de acuerdo en ello. Y este acuerdo hay que manifestarlo muy claramente. No fuera que después la Comisión me hiciera responsable a mí, de hacer caso omiso de las consignas.

— Todo el que crea que es necesario hacer una hora de paro, que levante el brazo!

Todos a la una hicieron el mismo ademán; la unanimidad fue total.

A todo esto había transcurrido la media hora de descanso, y se encaminaron hacia el taller, dispuestos a empezar la hora de paro. No tuvo gran emoción, porque la empresa, en aquellos momentos, estaba prácticamente en sus manos. Los administrativos habían salido a mediodía, y la Dirección había abandonado el barco hacía unos minutos. Pero a pesar de la falta de emoción porque el espectáculo no tenía espectadores, se hizo con gran seriedad.

Buixadé se había quedado arriba para acabar de digerir el bocadillo y... la lluvia de improperios. Más tarde bajó, decaído y triste. Parecía un hombre acabado.

¡Pero, hay que ver! A veces los hombres se hunden por debajo de sus posibilidades, de la misma manera que, en un momento determinado pueden adoptar actitudes heroicas que llegan a la sublimidad. Los animales y las cosas no se salen de los carriles que tienen trazados. Los hombres sí. El hombre puede construirse él mismo, hasta límites insospechados de grandeza, o puede auto-destruirse hasta traspasar los límites mínimos de la hombría, y desintegrarse.

Esto le ocurrió a Buixadé. A pesar de todo.. aceptó el cargo. Su estrepitoso descenso, causó un fuerte impacto en la moral de sus compañeros. ¡No podían llegar

a comprender cómo un hombre puede caer tan abajo! Lo veían y no lo creían.

Aunque sea como una digresión, permitid a este cronista salirse por unos momentos del encuadramiento del momento histórico que está relatando, para redondear las características de este hombre autodenigrado. Es la estampa de todo esquirol, la de todo hombre que únicamente atiende a sus propias conveniencias, como un animal hambriento que sólo tiene estómago, huyendo de la solidaridad con los demás hombres, hermanos suyos. Más adelante, al entrar en escena, no necesitará ya presentación.

*

Llevaba 5 meses en la empresa. Anteriormente había tenido un pequeño taller, heredado de su padre, con 7 obreros. Las cosas no le marcharon demasiado bien y tuvo que cerrar. Tenía 28 años. Buscaba trabajo y un obrero de Blansol lo presentó al jefe de taller y... entró.

Durante esos 5 meses nunca se sintió incorporado al esfuerzo colectivo de dignificación de la clase obrera, a través de sus compañeros de trabajo. Un día — sirva ello de muestra — el encargado le sorprende durmiendo sobre un montón de sacos, durante las horas de trabajo. Más de una vez fue descubierto cuando robaba materiales de la empresa. En otra ocasión, fue el Sr. Juliá quien le sorprendió limpiando su propio coche, durante también las horas de trabajo. Nunca firmó, cuando se presentaron documentos pidiendo aumento de salario o mejoras para todos los trabajadores. El, iba a lo suyo. Era bien claro que su escala de valores la tenía desbaratada. Como primer valor, el dinero, a condición de no arriesgarse de buena ley para lograrlo. Había

descubierto, con seguridad durante el corto tiempo que fue empresario, que el dinero no llega por los caminos de la honestidad, sino del engaño, la mentira y la traición. Y él ya no podía dimitir de esta línea de conducta, que había descubierto a través de su relación empresarial con todos los capitalistas. La moral, la religión, la honestidad, la sinceridad, la amistad, el amor, la verdad, la justicia, etc. para él no tenían valor alguno. Si a veces las utilizaba, era para eso, para SERVIRSE de ellas. El, creía sólo en la manera eficaz de hacer dinero y vivir bien, al margen de todo lo noble y de todas las personas, ya fuesen familiares, amigos, conocidos o desconocidos. Un ser dimitido de la condición de hombre.

¿Y, sabéis qué beneficio lograba, por sustituir a quien le había tendido la mano? Tres mil pesetas al mes. ¡Tres tristes mil pesetas al mes, a añadir al salario que cobrada ya como operario de 1ª!

¿Cuántos hombres serían capaces de dar un paso como el de ese infeliz, en las circunstancias que estamos analizando, por tres mil pesetas al mes, cuando tenía ya resueltas las necesidades más elementales con el salario de 12.000 mensuales?

Podrían contarse con los dedos de la mano. Pues Buixadé, prefirió cobrar 15.000 pesetas al mes, y soportar aquel clima de hostilidades de los compañeros y comprometerse en una causa perdida y éticamente indigna: ponerse del lado del patrón y defender los intereses de la empresa, contra los derechos de los trabajadores, compañeros suyos.

Unos días después le veremos actuando de esquirol. Se presentará a declarar en los juicios, defendiendo el punto de vista de su AMO, intentará continuar rastreando las huellas de la Dirección, por si le echan algún menudrugo más, y... a la vez, seguirá robando todo lo que le sea posible, de la empresa.

Llegará el paro definitivo y el cierre momentáneo de la empresa. La mayoría de los obreros serán despedidos por su honestidad, y sólo quedarán los tres o cuatro desechos y piltrafas. Entre ellos, Buixadé. Y cuando todos los obreros despedidos volverán a trabajar en otras empresas, continuando la lucha y viviendo en paz con sus conciencias, llegará la noticia de que el « Jefe de Taller » de la empresa Blansol Sr. Buixadé, ha sido despedido, expulsado, de la empresa, por LADRON.

Hace pocos meses, un hombre de aspecto lastimoso se presentaba a pedir trabajo en una empresa de Hospitalet. Al disponerse a hacer la prueba le preguntaron su nombre, y al oír « Ramón Buixadé » un empleado volvióse rápidamente y mirándole de arriba abajo, exclamó: ¡NO! ¡Tú aquí! ¡El día de tu nombramiento como jefe de taller, te profetizamos que de aquello no saldrías bien librado! No me ffo ni de tu estado miserable.

En aquel momento entra un jefe de la empresa, que pasaba ocasionalmente, y pregunta: « ¿Se queda »?

— Ni pensarlo — interviene el empleado. — Yo le conozco muy bien. ¡Ha sido despedido de la empresa por ladrón! ¡Y no sé de más de una! ¡Le conozco muy bien!

— Pues, adiós — saludó el jefe, cerrando tras él la puerta que daba a la calle.

— Vete a rondar un poco más por esas fábricas. Buixadé — le dijo el empleado —.

Ya sé que las buenas palabras y los consejos no hacen mella en ti. Ve, ve una cuantas semanas más por las empresas, pidiendo el pan que no has merecido.

He aquí al fin de un esquiro. ¡Qué digo! He aquí el fin *del* Esquirol, de *todo* esquiro. La traición no da para más.



EN EL SINDICATO DE PALAU

El domingo transcurrió rápido entre llamadas telefónicas y visitas a los amigos, comentando los incidentes y anécdotas de su historia; y aunque brevemente, hay que citar también la reunión que la Comisión celebró aquella noche en un bar de San Andrés. Después de un informe de la situación creada por el nombramiento de Buixadé, se decidieron tres cosas:

1) Por la mañana del siguiente día, al coger el autobús que les conducía a Palau, incitar, poner nervioso y a ser posible « darle en la cresta » a Buixadé, a fin de que no olvidara que no le perdían de vista y que de ninguna manera aceptaban su juego.

Durante las horas de trabajo se le haría el biocot, negándose a reconocerle ninguna de las atribuciones que su nuevo cargo le concedía.

La palabra « paliza » sonó varias veces, pero no llegó a cristalizar; en cambio cuajó la idea de bombardearle con bolas de papel, dentro de las cuales pondrían una piedra, durante el viaje en el autobús, y con tornillos en el taller, procurando, naturalmente, no ser vistos.

2) En la reunión del martes en el sindicato, la Comisión mantendría la iniciativa desde el primer momento,

o abandonaría inmediatamente. La orden del día la pondría la Comisión.

3) Se daría prioridad absoluta al retorno del compañero trasladado. Se negarían a tratar los asuntos económicos y del malestar endémico de la empresa, hasta que tal cuestión no estuviera resuelta satisfactoriamente para ellos.

Así que el lunes, durante la espera del autobús, los componentes de la Comisión explicaban los acuerdos tomados y se preparaban para el « bombardeo » a Buixadé, a partir del momento en que se presentara.

Pero... aquel día no compareció. Llegó a la empresa alrededor de las 10 acompañado del Sr. Pedret, quien pomposamente lo presentó a los jefes de equipo.

— Les presento al nuevo « Jefe de Taller » Sr. Ramón Buixadé — les dijo.

— ¿Señor? ¿Qué SEÑOR? — exclamó uno de ellos, con gesto de extrañeza. Y siguieron trabajando.

Pedret, desconcertado, indicó con un ademán a Buixadé que se incorporara a su nuevo puesto (hay que suponer que las consignas, reflexiones y consejos, se los habría dado ya por el camino) y abandonó el taller.

Buixadé había trabajado siempre en el turno de tarde, así que era poco conocido por los de la mañana, cosa que les permitía ignorarlo y tomarle el pelo.

— ¿Qué está usted haciendo? — preguntaba Buixadé a un operario.

— ¿Que no lo ves, burro?

— ¿Cómo se llama usted? — insistía Buixadé, cuadrándose y haciéndose el ofendido, mientras preparaba el bloc para tomar nota.

— ¿Cómo me llamo? ¿Quieres que te lo marque en la cara mi nombre? — amenazó tan expresivamente con

el puño, que el pseudo-jefe abandonó rápidamente, diciendo:

— ¡Bueno, bueno! ¡No hay para tanto!

Acercándose a otro operario, y mirando su trabajo, comenta: — ¿Qué tal va esto? —

Y el operario, arrugando la nariz con aire despectivo le contesta en voz baja, suave, pero convincente: — ¡Apesta! ¡¡APESTA!! —. Y le vuelve la espalda.

Cuando se dirigía hacia su puesto, un tornillo le aguijonea el cogote. Se vuelve rápidamente y... todo el mundo está trabajando.

Más tarde se dispone a preparar la máquina a un operario con las medidas exactas que indicaba el plano. Después de manipular durante largo rato sin resultado alguno, requiere la ayuda de un jefe de equipo, que le contesta: « ¡tengo trabajo! » Entonces, mirando la máquina con aires de suficiencia, comenta: « esto no tiene ninguna clase de dificultad. Me voy ». El operario, de un tirón lo echa todo a rodar, broca y demás útiles.

Otro obrero, ante las mismas narices de Buixadé, que estaba sudando tinta, aprovechándose de la mala colocación de la pieza por parte de éste, rompe la broca de vidia y se carga la matriz.

Y así, con ese desconcierto, acaba el turno de mañana, con tres máquinas paradas que necesitan reparación y con una actitud de boicot por parte de los operarios y de manifiesta hostilidad por parte de los jefes de equipo y encargados. Buixadé había saltado dos grados de la escala jerárquica, al pasar a jefe de taller desde el puesto de operario de primera. Y esto, aunque inconscientemente — aparte de la voluntad decidida de hacerle la vida imposible— los mandos no se lo perdaban. La situación resultó tan caótica, que el bajo rendimiento acabó siendo prácticamente rendimiento nulo, debido a la incompetencia del nuevo « Jefe de Taller ».

Al incorporarse el turno de tarde, un operario que subía a los vestuarios para ponerse el mono de trabajo, descubrió, por el ojo de la escalera, a Buixadé, y le lanzó un par de salivazos en plena cara. Este, arrancó furioso escalera arriba con ánimo de atraparle y echarle una buena bronca. El operario seguía subiendo pausadamente, esperando que Buixadé llegara a su altura, pues si seguía aquel ritmo coincidirían exactamente ante la puerta de los vestuarios, y entonces con un empujón lo metería dentro donde podrían baqueteárselo a gusto todos los que allí estaban.

Pero de repente, Buixadé se da cuenta de que está entrando en zona enemiga, así que recoge velas y emprende la retirada, escurriéndose silenciosamente.

El trabajo de tarde marchó sin más incidentes. Únicamente se mantuvo el bajo rendimiento..

*

Alrededor de las 10 de la mañana siguiente, la Comisión de Blansol, reconocida por el sindicato como válida representante de todos los operarios, emprende, andando, la marcha hasta el centro de Palau, donde radica aquél. La integran cinco obreros.

Al llegar se encuentran con cinco elementos del sindicato oficial: el delegado comarcal de Sabadell; el secretario y el presidente de la sección social, el delegado de Palau y un obrero de Plásticos Celulósicos, secretario de la sección social local.

Por parte de la empresa hace acto de presencia el triunvirato ya conocido: Sol-Juliá-Pedret.

La habitación es más bien reducida. Los cinco del sindicato se sitúan en el centro, presidiendo la mesa. A su izquierda los representantes de la empresa, y a la derecha, los representantes de los obreros.

Después de las saluciones estereotipadas de costumbre, la parte obrera abre el fuego:

— Como que esta reunión ha sido provocada por nosotros, nos toca presentar la orden del día. ¿Tiene el sindicato algún inconveniente en ello?

— No, no. Ninguno. — Mirándose unos a otros.

— ¿Y la empresa? — (ésta, prácticamente ya no tenía opción)

— No. Tampoco — concede el Sr. Sol, buscando la aprobación, que recibe, de los suyos.

— Entonces — continúa el portavoz obrero — nosotros damos prioridad absoluta (recalcando la frase) al retorno de nuestro compañero, el antiguo jefe de taller. De tal forma, que hasta que no se resuelva satisfactoriamente este punto, no queremos entrar en discusión sobre la marcha económica de la empresa y del aumento de salario del peonaje menos retribuido —. Y dirigiéndose repentinamente al Sr. Sol:

— ¿Está usted de acuerdo en que tal compañero se reincorpore a su cargo anterior?

— ¡Esto no es posible! — contesta Sol.

— Pues, ¡ya podemos marcharnos! ¡Hemos terminado! — y empiezan a levantarse.

Interviene precipitadamente el presidente de la sección social: — ¡Oigan, oigan! ¡Hagan el favor de sentarse! ¡¡Si acabamos de llegar!!

— Nosotros ya lo hemos dicho todo. Si es imposible que vuelva el antiguo jefe de taller, no vale la pena perder el tiempo hablando en vano. Esto acabó.

— ¡Pero, oigan! ¡¡escuchen!! Hemos venido aquí para negociar y hallar una solución; para ver qué zonas están virtualmente al descubierto y después buscar una salida.

— Aquí no habrá salida si de entraba no se admite

le vuelta de nuestro compañero. Esto está más claro que el agua — dice un obrero.

— ¿Qué dice usted a ello Sr. Sol? — empalma el presidente del sindicato.

— Aquí — contesta pausadamente, y con aires de armarse de paciencia — aquí lo que hay es un gran equívoco. La empresa no ha sancionado de ninguna de las maneras a ese señor. Le ha dado más responsabilidad y mejores condiciones de trabajo, y así que sea posible se le aumentará el sueldo. Y esto, en ningún lugar del mundo es una sanción. La empresa está pasando por un reajuste general y...

— ¿Un reajuste general? — exclama un obrero, interrumpiendo al Sr. Sol. — Aquí no se ha movido más pieza que la de nuestro compañero, para castigarle, y hace 24 horas la de un sustituto incompetente que no le llega ni a la suela de sus zapatos, y que con su impericia ha logrado, en menos de ocho horas de ejercer su nuevo cargo, tener paradas todas las máquinas.

— ¡Bueno! ¡Bueno! — contesta visiblemente molesto el Sr. Sol. — De todo esto habría que hablar. Ha sido un boicot que se le ha hecho de mala...

— ¡Sr. Sol! ¡¡Cállese!! ¡Aquí no está usted en su casa! ¡No había terminado aún! — corta, tajante, la voz del mismo obrero. — Quería decir que, tener paralizadas todas las máquinas en menos de ocho horas, es lo que demuestra la incompetencia de un triste jefe de taller, que no sabe nada de nada, impuesto por la empresa y que se llama Buixadé.

— ¿Esto es un reajuste empresarial? ¡Esto es menosprecio a nuestra profesionalidad! ¡Sentimos orgullo aún de nuestra profesión, los obreros con conciencia de clase, Sr. Sol!

Estas palabras sacaron de quicio al Sr. Sol; pero frenó su indignación y como felino que aguarda el mo-

mento propicio para el zarpazo traidor, dice, con aires de normalidad herida, dirigiéndose al obrero que acaba de hablar: — ¿puedo tomar la palabra?

— Sí — contesta éste secamente, y haciéndole un gesto de imitación.

— Todo este malestar de hace unos meses, es debido a las dificultades económicas por las que está atravesando la empresa. Hace relativamente poco que nos hemos trasladado a Palau, con unos gastos que superan en mucho a los presupuestos iniciales; y esto ha coincidido en un momento en que la competencia ha extendido las zonas de dominio de mercados, de precios y de producción... Si todo esto...

— ¡Sr. Sol! ¡Esta canción la sabemos ya de memoria! — salta otro obrero. — Permítame leerle un informe sobre la situación financiera de la empresa y después de oírlo siga usted con su disertación, si le quedan bemoles —. Y sacándose del bolsillo el informe técnico logrado pocos días antes, lee algunos fragmentos escogidos:

— El punto que se refiere a las finanzas dice:

« El valor activo actual de este negocio es de unos 40.000.000 de pesetas, representado por las existencias, instalaciones, maquinaria, créditos a cobrar de sus clientes, « efectivo » (lo subraya silabeándolo) útiles y otras cosas. Respecto a su pasivo, comercial, es de unos 10 millones de pesetas, teniendo en cuenta que en los negocios trabaja con el dinero prestado por su socio privado sin determinar su cuantía.

« Realiza un volumen anual de operaciones del orden de los 40.000.000 de pesetas: Espera cobrar del Ayuntamiento 4.000.000 de pesetas como indemnización de los viejos locales de la calle Viella n. 8, por la cual cosa recurrió al Tribunal Supremo que falló a finales de 1967 favorable al informado ».

El sobresalto por la existencia del informe, fue claramente visible en las caras del triunvirato empresarial. De momento quedaron anulados. Pero hacia la mitad del último párrafo, les dio, empezando por el Sr. Sol, y haciéndole coro sus colaboradores más inmediatos, una especie de ataque de histerismo, ya que como niños en plena pataleta empezaron a dar con los puños de ambas sobre la mesa exclamando a la vez y rítmicamente: ¡MENTIRA! ¡MENTIRA! ¡MENTIRA! ¡MENTIRA! ¡MENTIRA!...

— Otro punto dice — siguió el obrero. « *Se atribuye al titular, aunque a nombre de su esposa, María Puig Bulto, la propiedad de unos terrenos ubicados en la localidad de Palau de Plegamans (Barcelona) Carretera de Caldas s/n de una extensión de 4.500 metros cuadrados, de los cuales existen edificados unos 2.000 dónde trasladó sus dependencias industriales, siendo su valor de unos 5 millones de pesetas* ».

— Más abajo se expone este juicio:

« *La marcha del negocio, actualmente se aprecia normal* ».

— Y ahora, Sr. Sol ¿qué decía de las dificultades económicas que está atravesando?

— Perdona — le interrumpe un compañero — hemos quedado en que no entraríamos en este campo hasta que no estuviera resuelto el primer punto.

Esta intervención enmudeció la justificación que el Sr. Sol pretendía dar después de su pataleo con el ¡mentira! ¡mentira! ¡mentira!

Interviene en este momento el delegado comarcal:

— Se trata de buscar una fórmula inteligente que aproveche a todos en lugar de autodestruirse mutuamente.

— ¿Me permite? — ruega el obrero. — Nosotros, los obreros, nos movemos frecuentemente por intere

ses, ya que el sistema que nos tiene presos no ofrece otro aliciente. Así que esto nos obliga a menudo a reivindicaciones de tipo económico, puesto que los patronos, con su sed de dinero, nos dejarían morir de hambre si no nos rebelásemos. Pero hay momentos en que la solidaridad y el compañerismo pasan por encima de todos los provechos e intereses. Hay momentos en que la indignación por una mala jugada afecta tan profundamente aquí — sacando el pecho y golpeándose con el puño — que ya no interesa nada más que la justicia, y a ella se sacrificará todo, hasta la propia miseria. El caso de compañerismo al que nos debemos, para nosotros está situado a ese nivel, señor delegado. ¿Lo comprende?

— Usted está insinuando un planteamiento de lucha de clases. Me parece que el radicalismo de ustedes, ahora, no conduce a ninguna solución inteligente del conflicto.

— ¡Qué nos importa que sea o no inteligente lo que pedimos! Es una actitud honesta y justa. ¡Es más que suficiente!

— Lo siento — protesta el Sr. Sol — pues yo tampoco quiero rebajar el principio de autoridad. Antes que someterme en redondo a las exigencias de unos subordinados míos ¡me pagaba un tiro!

— ¿Han visto? — salta, aprovechando la ocasión, el obrero. — ¡Cómo puede funcionar una empresa con un loco al frente! ¿No es una locura lo que acaba de decir? ¿Lo ven? ¡No hay nada que hacer! ¡Ya podemos marcharnos! ¡Adiós!

Los demás se levantaron aprobando la decisión. El delegado comarcal interviene y pide una oportunidad, invocando de nuevo la conveniencia de que las partes adopten una actitud inteligente.

— Yo pediría que no lo dejaran así. Tomémonos

todos 24 horas para recapacitar y pensar en ello serenamente. El clima no ha sido el más propicio para hallar una fórmula de compromiso inteligente. Dejemos transcurrir ese tiempo y mañana a la misma hora volveremos a encontrarnos en este mismo sitio. Los ánimos estarán más apaciguados. ¿Les parece bien?

Todos asintieron, con más o menos indiferencia.

Al emprender el camino hacia la empresa, los de la Comisión comentaban su satisfacción por la victoria moral que habían obtenido.

« ¡Cállese, Sr. Sol! ¡Aquí no está usted en su casa! ¡Aquí mandamos nosotros! » ¿Habéis visto que cara ha puesto? y se reían a placer.

La negociación (?) había durado dos horas. La noticia de cómo se había desarrollado corrió por el taller.

A pesar de todo nada se había ganado. El león herido se vengaría.

Al llegar a la explanada de la empresa, la Comisión hizo algún comentario sobre Buixadé, el provisional jefe de taller, al ver aparcado por allí su coche particular.

— La Dirección debe de haberle indicado que en su nuevo cargo no es conveniente ir y venir como los demás operarios.

— De paso — añadió otro — él debe sentirse más seguro yendo solo...

— Y... se incorporaron al trabajo.

Al finalizar el turno de mañana, Buixadé, dispuesto a marcharse, se da cuenta de que una rueda trasera está sin aire y con un corte considerable y muy visible en la cubierta. Sube a Dirección. Entretanto los operarios van montando en el autobús de Segalés S.A. que los conducía a Barcelona, y en el último momento ven salir de nuevo a Buixadé que, cerrando su coche y abandonándolo, entra en la D.K.W. de la empresa y, solitario, se marcha hacia su casa.

Al llegar al trabajo a las seis de la madrugada siguiente, en la camioneta, se llevó instintivamente las manos a la cabeza al ver el aspecto que ofrecía su coche. Le faltaban todas las ruedas; las luces arrancadas y dispersos sus trozos por ahí... Subió a Dirección y desapareció durante toda la mañana. El patrón le dio carta blanca, tanto para no trabajar, como para pagar los gastos de los desperfectos de su vehículo particular.

Entretanto se acercaba la hora de la cita en el sindicato de Palau, para celebrar el segundo acto de conciliación entre la empresa y los representantes sociales, actuando de « hombre bueno » las altas jerarquías sindicales de la comarca. Así que los componentes de la Comisión obrera, dejaron el trabajo y comunicaron a la Dirección que, siendo ya la hora se dirigían al sindicato.

Las altas jerarquías estaban ya en la delegación cuando la Comisión llegaba.

Mientras subían la escalera se oye parar un coche en la puerta y una voz conocida que comenta:

— ¡Ya están todos, eh! ¡Mira el coche oficial del sindicato!

Suben rápidamente. Después de los saludos de rigor, el Sr. Castro inicia el nuevo intento de diálogo para « encontrar una fórmula inteligente » de negociación.

Se colocan igual que el día anterior. Sol-Julιά-Pedret, a la izquierda de la presidencia sindical y la Comisión a la derecha.

— Bueno — empieza Castro. — Ayer la discusión se salió un poco de cauce. Espero que las dos partes habréis pensado atentamente en la posibilidad de una inteligencia, y habréis tomado una decisión ¿no? (miró a la Comisión y algunos de sus componentes hicieron con la cabeza una señal afirmativa; miró a la empresa,

y el Sr. Sol también asintió, aunque más con un cerrar y abrir de ojos que con la cabeza).

— Vamos a ver: ¿qué dice la Comisión?

— Nosotros, hemo decidio que si la empresa vuelve a su puesto el antiguo jefe de taller, admitimos discutir y ver de hallar una fórmula para el reajuste económico, que fue la causa del primer malestar.

— ¿Qué dice a ello la parte patronal? — pregunta Castro, dirigiéndose a la empresa.

— Nosotros mantenemos que el retorno del jefe de taller es imposible... — iba a iniciar el razonamiento de tal decisión, cuando salta, cortándole en seco, uno de la Comisión:

— Pues ya podemos marcharnos. ¡No hay más de qué hablar! ¡Vámonos! — dice a los compañeros. Y toda la Comisión, en peso, se levanta.

— ¡Siéntense, por favor, siéntense! — suplica Castro. — Se trata de tomar una actitud inteligente. ¡Hablemos de ello!

— ¿Hablar? ¡Pero si no hacemos otra cosa desde hace medio año, sin arreglar nada! Nosotros nos vamos. Fue usted quien nos llamó aquí, asegurando que encontraría una fórmula. Búsquela. Si la encuentra nos la comunica y le contestaremos si nos satisface. ¡Adiós!

La reunión había durado exactamente tres minutos y medio.

— Para esto no hacía falta venir desde Sabadell y armar...

— Fue usted quién dijo que viniésemos, no nosotros. Para nosotros, el asunto, a nivel de negociación hablada, era claro ya al final de la reunión de ayer. Dio todo lo que podía dar de ella: NADA.

Y así quedaron el denominado sindicato y la denominada empresa social, según las directrices de las encíclicas papales. Así quedaron. Como quien ha preten

clido sacar agua de un pozo con un cesto, en vez de hacerlo con un cubo.

La burla fue general cuando el taller se enteró de ello.

— ¡Los hemos plantado! ¡Nos querían enredar! ¡La reunión ha durado tres minutos! !!TRES!!

*

Poco rato hacía que había empezado el turno de tarde, cuando aparece Buixadé en la explanada, en su coche recompuesto, parando con una previa y fuerte aceleración de gas para enterar a todo el mundo.

Al verle llegar desde una ventana del taller, un operario propone en voz alta (no había nadie que pudiera ir con el chivatazo) — ¿Por qué no le molemos a palos, al esquiro, esta noche?

— ¡Venga! — le apoya otro.

— ¿Cómo podríamos hacerlo?

— ¡Pues... bien hecho! Lo rodeamos y lo abofeteamos todos a la vez por los cuatro costados; ¡ah! pero todos debemos propinarle algún mal « tanto ». Nadie puede hacer huelga en este trabajo. La lección ha de constituir un « Fuenteovejuna » en pequeño.

— No tiene que haber sido nadie. Debemos ser todos. ¿Qué os parece?

— No nos embalemos demasiado no sea que nos estrellemos. Nos verá las caras, sabrá quiénes somos y nos la cargaremos. ¿Vale la pena exponernos a comprometer nuestra acción de fondo, total para desahogar nuestra rabia en un bravucón?

— Eso tendría que hacerlo gente que no fuera de la empresa. Nosotros es mejor que lo dejemos tranquilo.

— A mí me parece bien. Además, ya tendré una saudiada cuando llegue a los vestuarios, esta tarde...

— Sí, dejémosle tranquilo. Simplemente hagámosle el vacío.

*

Entretanto Buixadé sube a los vestuarios para cambiarse y... encuentra el armario descerrajado y la ropa de trabajo quemada con gasolina, allí mismo. La angustia se apoderó nuevamente de él, y ni ánimo tuvo para desafiar a nadie. No hizo otra cosa durante toda la tarde que repasar papeles en su mesa de trabajo. Los obreros no le molestaron en ningún momento y esto le tranquilizó un poco. Al final de la jornada salió (el primero) como siempre, mientras los operarios iban a lavarse. Se metió en el coche, entreteniéndose tanto que al salir los operarios aún estaba allí, y al pasar junto a él le lanzaron en plena cara, como trallazos, frases insultantes que hicieron cambiar su expresión. Pero una vez hubieron pasado y se desentendieron de él, se envalentonó haciéndoles gestos de burla a sus espaldas.

Da la casualidad que estos gestos y muecas los sorprende el portavoz de la comisión obrera del turno de tarde, que es el último en salir del edificio y que indignado corre hacia él, que está sentado en el coche, dispuesto a arrancar, y le dispara un puñetazo entre cogote y oreja que lo tumba sobre el volante. Buixadé acciona la manivela del cristal y lo cierra, para evitar una repetición. Pero la indignación del operario no ha quedado descargada aún, así que arrancando de un tirón el listón cromado que adorna los lados del coche, lo utiliza como látigo azotando el cristal delantero, el capot, el techo. Mientras Buixadé, pálido, pone en marcha el coche, maniobrando para encarar la salida, haciendo eses sin ton ni son, los trallazos van lloviendo en torno suyo. Finalmente logra salir del recinto de la fábrica con un desme

curado ronquido del motor como si realmente se tratara de un animal apaleado.

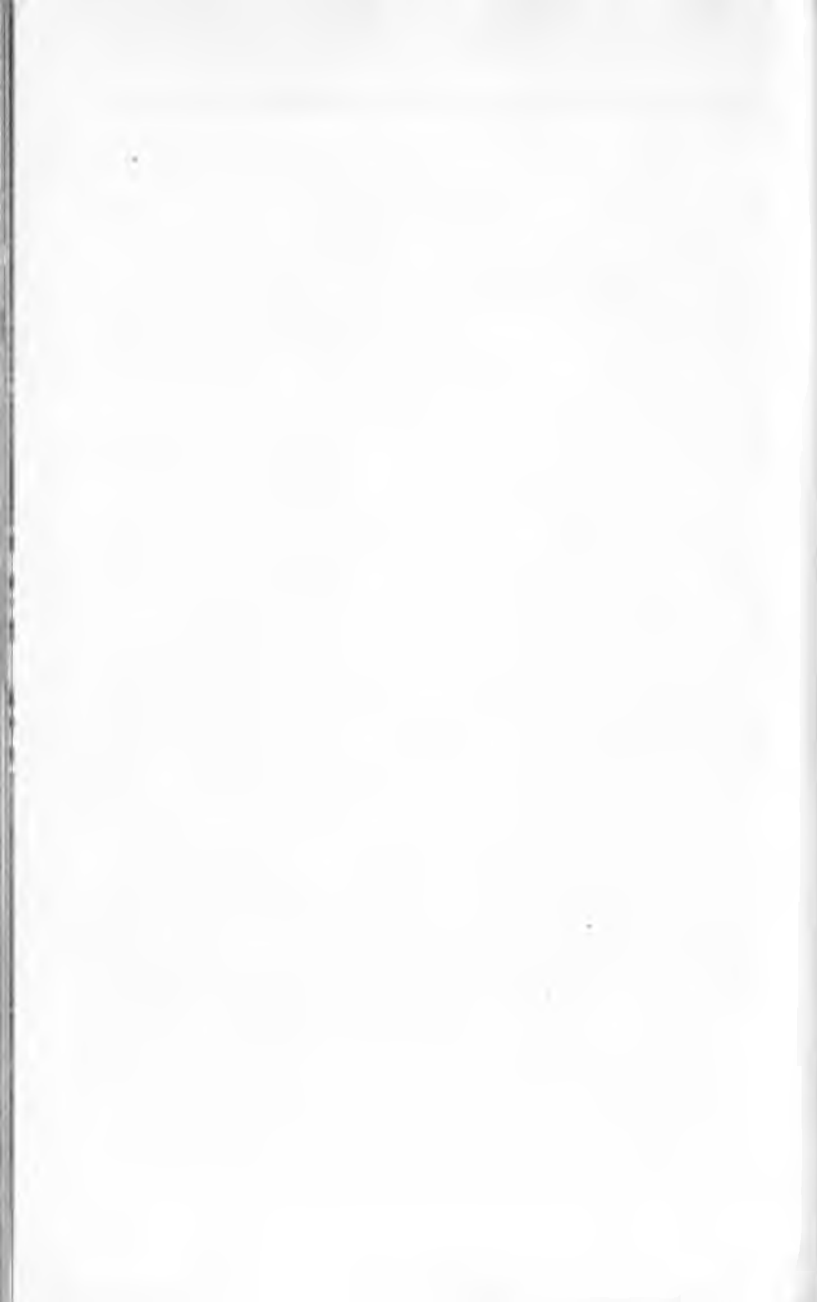
— ¿Qué ha pasado? — le gritaron los compañeros.

— ¡Se burlaba a espaldas vuestras, el hijo de puta!!

— ¡Coño! ¿No habíamos quedado en que nosotros no lo tocaríamos?

— ¡Si precisamente has sido tú, quien ha dicho de no pegarle!

— ¡Sí, chico! ¡Pero mira, no he podido aguantarme!



DESPIDO DEL PORTAVOZ OBRERO DE TARDE

El turno de mañana del viernes día 25, transcurrió sin otra particularidad que la del bajo rendimiento.

El turno de la tarde se inició también bajo el signo de la normalidad. Como cada último viernes de mes, después de una hora de trabajo dieron el aviso para el cobro.

« Oficialmente » se cobraba el viernes por la tarde, porque de hacerlo el sábado, la mujeres no podían ir a la compra hasta las diez de la noche y entonces las tiendas y mercados estarían ya cerrados. Pero de hecho era porque pagar al turno de tarde en sábado, obligaba a trabajar a alguien de oficinas, y éstos, por las tardes ya no se presentaban nunca.

Lo operarios paran por un momento las máquinas y hacen cola ante una pequeña mesa junto a la puerta del taller, presidida por un oficinista. La gente firma la nómina y recibe un sobre en el que está escrito su nombre.

El oficinista mientras va pagando dice: « Los dos operarios de utillaje deben subir a cobrar arriba, a Dirección ».

Llaman a uno de ellos. Le recibe el Sr. Julia. Le hace firmar la nómina y le entrega el sobre.

A continuación entra el operario que es portavoz de

la comisión, coge el bolígrafo para firmar, pero... el Sr. Juliá le dice:

— Siéntese. He de comunicarle que queda usted despedido.

— ¡Caramba! ¿Y por qué? ¿Por qué motivo?

— Usted sabe mejor que nadie que el instigador de ese desastre que sufre la empresa, ha sido usted. Sabemos bastante de sus maniobras entre los operarios y hemos decidido acabar con ello de una vez.

— ¿Ya saben lo que hacen? — amenazó. — Si me despiden las cosas se complicarán más y quiénes perderán con ello, serán, sobre todo, ustedes. ¿No se dan cuenta? Ha intervenido el sindicato, se han enterado claramente de la situación, han leído el informe técnico sobre la situación económica de la empresa, han reconocido la validez de la Comisión nombrada por los obreros... ¿No ven que es un mal momento para despedirme?

— Es igual. Pase lo que pase usted queda despedido. Mire, firme la mensualidad que contiene la liquidación y el finiquito. En el sobre tiene el dinero de uno y otro concepto. Y haga el favor de firmarme el enterado del despido.

— De momento, el documento no lo firmo, y respecto a la mensualidad, me la separa de la liquidación y la firmaré.

— ¡No, no! ¡Sí no quiere la liquidación no le entrego la mensualidad!

— ¡No diga tonterías! La mensualidad me la he ganado con mi trabajo, por consiguiente es mía y usted no me la puede retirar.

— Pues no se la entrego: lo siento.

— ¡Vendré a buscarla mañana y tendrá que entregármela!

— ¡Espere un momento! — Se dirige hacia la ofi-

una que está junto a su despacho y, llamando a un oficinista le ordena que firme atestiguando que el operario Tal no ha querido firmar el documento.

— Bueno — añade el operario — ¿seguramente puedo despedirme de mis compañeros, no?

— ¡No, no! ¡Ni pensarlo! ¡Usted debe marcharse inmediatamente!

— Pero, ¡puedo ir a buscar el pie de rey y el mono por lo menos!

— Eso sí. Le acompaño.

Y ambos, en silencio, salen de la oficina. Tropiezan con Buixadé y el Sr. Juliá le encarga: — Acompañele a buscar sus cosas.

Una vez abajo, el operario aparta a Buixadé con su mano diciéndole:

— ¡Espera un momento!

Y entra en el taller y comunica a sus compañeros que le han despedido.

— ¿Qué debemos hacer?

— ¡Esto os toca a vosotros decidirlo! ¡Ya hablaréis de ello!

— Quedamos en que si despedían a alguien, no debía salir del edificio. ¡Tú te quedas!

— ¿Estáis de acuerdo en ello?

— Sí, sí, sí; — dijeron unánimemente.

El portavoz sale adonde le aguarda Buixadé y le grita:

— ¡Perro, dile a tu amo que ahora no me voy! ¡Me quedo!

Buixadé sube apresuradamente a dar la noticia y vuelve acompañado de Juliá que inquiere: — ¿Por qué no quiere marcharse ahora?

— Porque los compañeros me han dicho que me quedara. Además, la ley dice que nadie podrá ser despedido sin que antes se haya comunicado la decisión al

enlace sindical, y ustedes no han cumplido esa formalidad. En consecuencia, este despido es nulo. No es correcto. Así que mañana hacen otro que lo sea y me sentire despedido. Hoy me quedo a trabajar.

— No complique las cosas, Sr. A. ¡Tan bien cómo iban hasta ahora!

— ¡Son ustedes quiénes las complican haciendo un despido como no es debido!

— Pues si no quiere marcharse... (dudó un momento) quédese en los vestuarios.

— Bueno. Allí estaré.

Y durante un par de horas los amigos entraban y salían de los vestuarios como si se tratara de una oficina.

De repente se presenta el Sr. Juliá para comunicarle: — ¡Haga el favor de marcharse rápido porque viene la Guardia Civil para echarle!

— ¡Ha!... — contesta algo sorprendido y en el fondo asustado — que venga; yo les diré que no estoy despedido según la ley y que por consiguiente el despido es nulo.

— ¡Venga al despacho, por favor!

Y tras el gerente, se introduce en la oficina.

— ¡Haga alguna cosa, Sr. A. ya le he dicho que viene la Guardia Civil!

— ¡Y qué quiere que haga yo! Usted la ha mandado venir. ¡Dígales que se vuelvan!

Siguió un silencio largo y espeso...

— ¿Y si telefoneásemos al delegado local?

— ¡Ah, usted mismo!

Telefonea al sindicato de Palau; el delegado avicultor no está. Telefonea directamente al secretario que trabaja en Plásticos Celulósicos. Le expone el caso y éste ruega que se ponga al teléfono el interesado. Juliá se lo pasa.

— ¿Querría usted venir al sindicato para hablar de este asunto? — pregunta el secretario.

— ¡Si la empresa me da una autorización de salida durante el horario laboral, no tengo inconveniente en ello! Y dirigiéndose al Sr. Juliá: — Dice si me permite ir al sindicato.

— Sí, sí. ¡Claro que sí! — contesta éste. Y seguidamente le extiende un volante autorizando la salida.

Al llegar al sindicato cuenta lo ocurrido. El secretario pueda pasmado y no puede disimularlo.

— ¡Nunca me había encontrado en un caso como éste! — comenta. — Los despedidos me llaman siempre para formular reclamaciones por la injusticia del despido; maldicen al empresario; reclaman más dinero, denuncian a la empresa, etc. usted dice simplemente que no se siente despedido porque no se han cumplido las formalidades. ¡Es curioso!

— Exactamente. La ley dice que primero hay que notificar el despido al enlace sindical, pero como que éste hace el turno de mañana no se lo puedan comunicar.

(Lo más curioso del caso es que este requisito no ha sido nunca legal. Pero ni la empresa ni el secretario lo sabían, aunque ante la seguridad que parecía tener el portavoz de tarde, todo el mundo le dio crédito).

El secretario telefona a la sindical de Sabadell explicando nuevamente el caso y pidiendo instrucciones. Acaba el informe diciendo: — ...y la empresa me ha dicho que la Guardia Civil está en camino para echarle por la fuerza!

— ¡¡La Guardia Civil no!! ¡¡Que no hagan tamaño disparate!! — contestan desde Sabadell — es mejor que firmes tú el enterado en nombre del enlace sindical. ¡Id para allá en seguida, antes de que llegue la Guardia Civil!

— ¡Vayamos a la empresa!!

— Un momento. Yo quiero un documento que justifique que mi visita aquí ha sido iniciativa del sindicato. ¡No fuera que se interpretara como la aceptación del despido!

— Bueno. Y sentándose ante la máquina de escribir, con grandes dificultades y a trompicones, el secretario llegó a redactar — con ayuda del operario interesado — el certificado.

Una vez en posesión de él, secretario y operario se dirigieron a la empresa.

Una vez en el despacho del Sr. Juliá, el portavoz de tarde abrió el coloquio:

— Ahora lo que deben hacer es romper ese primer documento porque no es válido. Además hay en él la firma de un empleado haciendo constar que me he negado a aceptarlo. Este documento hay que romperlo y hacer otro.

El Sr. Juliá rasga efectivamente, el documento de despido, y poniendo papel en la máquina redacta otro idéntico, después de consultado el operario sobre el contenido.

Finalmente se lo muestra al operario y al secretario del sindicato y pregunta:

— ¿Está bien?

— Para que sea válido falta aún la firma del Sr. Sol — contesta el operario.

El Sr. Juliá desasosegado y perleándole la frente, telefona a Barcelona, y después de exponerle muy por encima el caso le ruega al Sr. Sol que vaya inmediatamente a la empresa.

Este, tardó en llegar más de una hora, durante la cual, para romper el silencio que resultaba incómodo para todos, se hicieron varios intentos de conversación.

— Y, en Plásticos Celulósicos ¿no hay problemas laborales? — inquiría el operario.

— Hombre, pues hace unos quince días hubo un poco de malestar. De repente, así, dicho y hecho, todo el mundo dejó de hacer horas, y la máquina de plásticos en marcha iba derramando material pastoso por los suelos. Las máquinas paradas no engullían el plástico. ¡La cantidad que se echó a perder!

— Y, ¿cómo acabó? — se interesaba el operario.

— ¡Pues, aumentando la empresa el precio de las horas extras!

Al oír esta última frase, el Sr. Juliá miró sus caras, con recelo.

— Y, la Guardia Civil, ¿viene de muy lejos? — Volvía a la carga el operario.

— No, no. Me han dicho desde Caldas que venían en seguida — contesta el Sr. Juliá — ¡No sé qué puede haber ocurrido! Han dicho que buscaban al cabo para la salida...

Finalmente aparece el coche del Sr. Sol y Juliá baja a recibirle. Entran ambos en el despacho, y el Sr. Sol, después de saludar, firma el documento.

— ¿Y, ahora...? — pregunta Juliá.

— Ahora debe leerlo al secretario del sindicato en representación del enlace, como si yo no estuviera presente.

Y el Sr. Juliá con el documento en la mano, dirigiéndose al secretario lee:

« Habiendo participado en los paros de los días 15 y 19, y siendo promotor de los mismos, lo cual constituye falta grave según el código laboral, queda despedido de esta empresa con todos los efectos oportunos ».

— Firme usted — añade. Y seguidamente pregunta: — Y, ¿ahora?

— Ahora, léamelo a mí — le indica el operario.

Y como quien practica un rito, el Sr. Juliá, casi casi cuadrándose ante el operario, y bajo la mirada indigna-

da del Sr. Sol y una sonrisa mal disimulada del secretario (la cosa empezaba a ser de un ridículo muy subido) repite de nuevo la fórmula del despido:

«Habiendo participado en los paros... bla... bla... bla...

— ¿Y ahora?... — inquiera.

— Ahora el documento es correcto — contesta el operario. Claro que yo puedo negarme a firmarlo. Pero el documento es legalmente correcto. Pero aunque lo firme, como que sólo faltan veinte minutos para acabar el turno creo que bien puedo quedarme y salir para Barcelona en la D.K.W. con los compañeros!

— ¡No, no! ¡Usted debe marcharse ahora mismo!
— saltó el Sr. Juliá.

— Pero, ¿cómo quiere que me marche? ¡Yo no tengo vehículo!

El Sr. Sol llama al chófer de la empresa y le dice: — Coja usted la otra D.K.W. y acompañe al Sr. A. a Barcelona.

Y dicho y hecho. Diez minutos antes de salir los del turno de tarde, abría la marcha una camioneta, llevando al portavoz de tarde. Al oír que arrancaba el Sr. Juliá se desplomó, esta vez definitivamente, en la butaca. ¡¡Lo había logrado!!

*

— Mira Juliá — le gritó indignado el Sr. Sol, abriendo el Noticiero que hasta aquel momento había mantenido bajo el brazo. El Sr. Juliá tuvo que enderezarse de nuevo, especialmente las orejas, para escuchar la lectura.

FRACASAN LAS NEGOCIACIONES EN LA EMPRESA
BLANSOL DE PALAU DE PLEGAMANS.

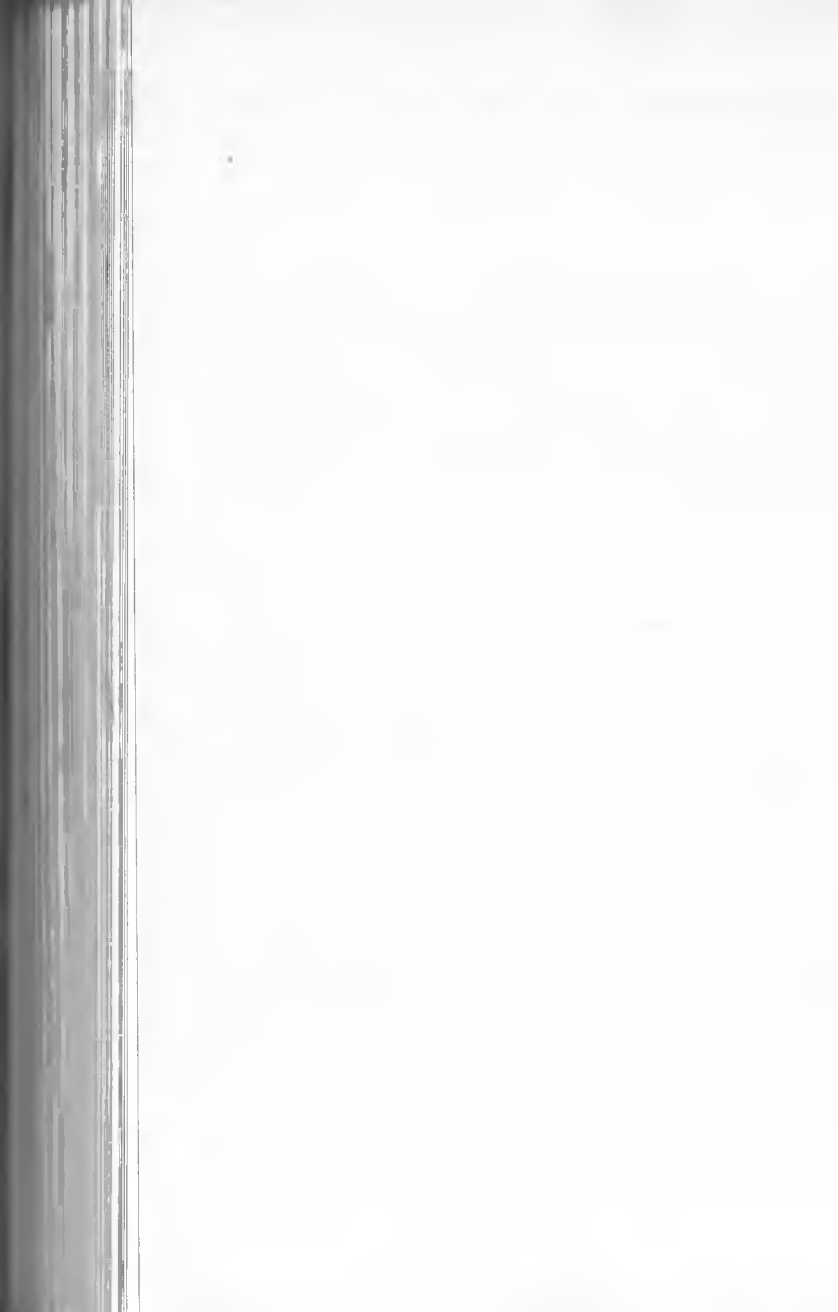
No captó gran cosa. El Sr. Sol leía precipitada y ner-

viosamente, protestando que, de manera tan pública se le pusiera en la picota.

— ¿Quién será que les pasa las noticias?

*

Sólo a manera de complemento de la narración, insertamos este recorte de prensa que salió el siguiente lunes en todos los periódicos del País Catalán: « algunas discusiones que se plantearon sobre la *corrección del trámite* fueron resueltas con la presencia del secretario de la delegación local » El tono burlón de la noticia, con seguridad despertaría una vez más la indignación del Sr. Sol.



NUEVA ASAMBLEA GENERAL; SABOTAJE

La noticia del despido corrió como un reguero de pólvora. Al día siguiente, los operarios de la sección de utillaje ya casi se habían puesto de acuerdo para provocar el paro total. Convinieron en discutirlo durante el bocadillo para decidir algo concreto.

Llega el momento y empieza el debate.

— Hay que acabar con este tira y afloja; hay que dar la cara de una vez; la empresa está herida; un golpe certero y queda bloqueada.

— Compañeros, yo creo que el paro no nos beneficia en absoluto; la empresa lo aprovechará para denunciarlo a Gobernación y el Gobernador precintará la fábrica a los tres días de paro total. Además, esto daría armas a la empresa para despedir a otros que le estorban. Pienso que sería más inteligente que en lugar de paro, bajásemos todavía más el ya bajo rendimiento, hasta llegar a trabajo lento.

— Yo creo que solamente esto, es poca cosa; hemos hecho paros cuando no habían despedido a nadie y ahora que, así, por las buenas, han jodido a uno de los nuestros ¿hemos de evitarlos?

— Yo propongo una reunión general para mañana domingo, para discutir la situación y saber exactamente a qué atenernos todos, el lunes por la mañana. Podría

ser que lo que dijésemos ahora nosotros no fuera aceptado con gran entusiasmo por los del turno de tarde, y...

— Pero yo creo que, como mínimo, trabajo lento hemos de practicarlo ya esta mañana, para que la empresa se dé cuenta de que hemos empezado a reaccionar.

Así quedaron las cosas.

a) Trabajo lento a nivel del 50%.

b) Asamblea General para el día siguiente.

La Dirección detectó el trabajo lento tanto por la mañana como por la tarde, pero no intervino ni poco ni mucho. Con seguridad pensó que era normal que se hiciera algo por el compañero, sobre todo en el momento de efervescencia, pero que sin el cabecilla promotor de los conflictos, las cosas volverían a quedar como antes.

*

Ninguno de los obreros del taller dejó de asistir a la Asamblea General del 27 de octubre. El lleno total dejaba ya entrever que la corriente de solidaridad era intensa.

Se intentó descubrir qué había podido provocar la decisión de despedir al operario. Alguien creía que era debido al puñetazo que le propinó al infeliz de Buixadé, la noche anterior, en el coche.

Se descartó, porque el primer documento del despido llevaba fecha del día anterior, así que supusieron que la gota de agua fue el ataque aplastante que recibió la empresa en el acto de conciliación sindical de Palau, en el que el compañero despedido llevó la voz cantante. El Sr. Sol y compañía no podían tolerar que un subordinado los bloqueara de tal manera, les humillara y les dejara en ridículo ante las jerarquías oficiales. ¡Esto no se lo perdonaban!

En segundo lugar se volvió a discutir la conveniencia del paro total.

Hubo dos motivos principales que les obligaron a descartarlo.

1) De carácter general. Estaba en el aire que aquél, sería un invierno de lucha obrera, y se trataba de dar tiempo al tiempo, a fin de conectar su huelga general con las demás empresas, para así poder aportar su peso al problema colectivo del país. No podían perder de vista que su empresa constituía sólo una pequeña muestra de la explotación a que estaba sometida toda la clase obrera catalana y peninsular. Sería pecar de miopía creer que su combate por una liberación, empezaba y acababa en la propia empresa. Era una pequeña parte de un gran conjunto y no un TODO mundo y liron-do. Tenían la impresión de que se habían destacado demasiado y corrían el peligro de quedar desligados y aislados en su lucha. Se trataba pues de retrasar cuánto les fuera posible la lucha abierta que significaba la huelga total, a fin de poder sintonizar más tarde con la crisis general que se acercaba.

En aquellos momentos estaba tomando cuerpo la presión obrera en la empresa AEG de Tarrasa, en FAESSA de Hospitalet, en JORESA de Sardañola y sobre todo en ELIZALDE de San Andrés. Más tarde estalló una huelga generalizada de todos los mineros de Asturias y se declaró el Estado de Exepción en el País Vasco.

2) De cariz más particular. Si iban al paro total, a los tres días — según la ley — el Ministerio de la Gobernación les sellaría la empresa, y esta arma se les volvería fácilmente en contra. Era más interesante que, manteniendo ellos la lucha de guerrillas forzaran a la empresa.

Se dedicaron pues a buscar un tipo de acción que sustituyera y aventajara al paro total hacia el cual se

sentían atraídos. Y surgió la palabra: SABOTAJE. Para hacer más fuerte su presión contra la empresa — ¡estaba decidido! — y aumentarla, se decidió mantener el bajo rendimiento por debajo del 50% si era posible, y, además, disimuladamente — para evitar las represalias de la empresa — se haría sabotaje industrial en las tres secciones del taller: prensas, mecanizados y utillaje.

A fin de que no pudiera controlarse tanto, se creyó que era mejor que todos tomaran iniciativas a nivel personal y las pusieran en práctica a la primera oportunidad. Se vería qué resultados daba la experiencia, y al final de la semana — que acababa el jueves porque el viernes era el día de Todos los Santos — se podría revisar el nuevo paso que hubiera que dar.

La Asamblea fue relativamente sencilla. Duró poco más de una hora. La gente salía animada y dispuesta a dar la batalla. Hombres por los que pocos meses antes no se habría dado un real, ahora se sentían importantes y capaces de grandes proezas. Este cronista tuvo la oportunidad de conocer algunos de ellos en la época de la inauguración de la nueva planta de Palau, y de ello da fe. Hombres que no habían visto sino tierra árida, allá en las Castillas, habían adquirido un alto nivel de conciencia de clase obrera, que ni centro educativo ni escuela alguna habrían podido darles en tan poco tiempo. Todos estos valores humanos con los que ahora se sentían adornados, ne eran otra cosa que la gratificación a su fidelidad a la verdad, a las exigencias de justicia y al calor de compañerismo y solidaridad. La verdad les hacía grandes; la verdad les hacía poderosos; la fidelidad a la verdad les hacía LIBRES y capaces de luchar por la liberación de todos los demás compañeros de clase.

Sabotaje.

El trabajo empezó, como cada lunes. Hacía poco que habían puesto en marcha las máquinas cuando de pronto... se cortó la corriente. De momento, los encargados salieron fuera para ver si la avería afectaba todo el sector, o sólo la propia empresa. En las demás fábricas brillaban las luces. Entonces se comprobaron los fusibles y efectivamente, habían saltado. Se repararon y pudo reemprenderse el trabajo. Un cuarto de hora después de la llegada de los oficinistas, otro corte de corriente. Todo queda de nuevo paralizado. Se vuelve a los fusibles, y, efectivamente, habían vuelto a saltar.

Estos paros forzados producían transtornos notables en la producción. La matriz de las prensas, al comienzo, en frío, se resiente un poco al estampar un metal caliente; y hay que ponerlas en marcha en ralenti hasta que con los golpes quedan calentadas.

Así pues este pararse y enfriarse y volverse a calentar, las perjudicaba, agrietándolas y provocando que las piezas salieran defectuosas, o había que sacarlas y reparar las matrices y el mismo producto. Este hecho casual, dio idea a quienes manipulaban las prensas que si llevaban su trabajo lento a unos límites determinados, se producía una baja temperatura determinada de la matriz que, a la larga se resquebrajaba. Además, la fragua que calentaba hasta unos grados determinados la pieza que había que aplicar a la prensa, tenía tiempo de fundirla muchas veces y entonces quedaba pegada a las que la seguían y que la empujaban (caía automáticamente como en un depósito en forma de embudo). Entonces había que parar la máquina, retirar el fuego y darle con un martillo hasta separarlas.

En la sección de mecanizados, los tornos no paraban de romper brocas Widia, que costaban mil pesetas cada

una. Ahora un torno, ahora otro, una falsa maniobra o un no haber quedado bastante recta, era suficiente para mandarla a la chatarra.

Fue a mediodía cuando se supo secretamente cómo se producían los cortes de corriente. Este trabajo corría a cargo — por iniciativa privada — de la sección de utillaje en la que estaban las máquinas para hacer las matrices. Como que el trabajo de estas máquinas es de precisión, acostumbran a tener unas luces auxiliares. Se trataba pues, de envolver un hilo haciendo contacto con el cordón de la luz y enchufarlo. El corto circuito era instantáneo. Seguidamente se desenchufaba, se separaba el hilo del cordón, y... todo quedaba normal, pero a oscuras y las máquinas paradas.

Al producirse los primeros cortes, todos creyeron de buena fe que se trataba de una avería fortuita. Buixadé andaba con la lengua fuera buscando desesperadamente poder localizarla. De momento, la primera vez que por la tarde quedaron a oscuras, se salió a revisar el transformador y las máquinas estuvieron paradas tres cuartos de hora. Se había avisado a la Compañía para que mandara un técnico que pudiera localizar la avería. Parecía que se trataba de una sobrecarga, ya que de momento el nuevo fusible aguantaba bien, pero a las pocas horas se producía indefectiblemente la chispa, y ¡a oscuras otra vez!

La Dirección, no empezó a sospechar hasta el miércoles por la mañana. La sospecha alteró más aún sus nervios, bastante alterados ya por el número de brocas rotas durante el día y el bajo rendimiento pronunciado de las prensas. Buixadé, el encargado supremo, con ojos desmesuradamente abiertos y mirada extraviada, pugnaba por descubrir la maniobra que provocaba el corte de corriente, y cuando le parecía que había localizado ya al culpable y no le quitaba ojo, de repente !CHUFF! !fusible

al cuerno! Colocaba otro nuevo y recorría toda la instalación, intentando descubrir la filtración del sabotaje, pero ¡nada!

En uno de los apagones la Dirección le llamó... No se sabe si es que le echaron una gran bronca por su impericia, pero el caso es que bajó más nervioso que nunca. Quedaba desbordado por la situación. Era un hombre baqueteado por los de arriba y por los de abajo.

No creas amigo lector que esta anécdota era divertida, no. Era una lucha sorda que agotaba los nervios. Había que prestar gran atención al bajo rendimiento y a camuflar el sabotaje, y todo ello provocaba más desgaste que las horas de trabajo a pleno rendimiento. Cada obrero sabía que estaba en lucha desde su puesto de trabajo, y que con su astucia propinaba golpes bajos al enemigo, y debilitaba y hundía al empresario que había pretendido traspasar el límite de su explotación. Se trataba de dar una lección de modos, y demostrar que no se puede jugar con los obreros.

La empresa no pudo resistir ese ataque continuado, y el miércoles por la mañana, alrededor de las diez, el Sr. Sol llama precipitada y urgentemente a una comisión para parlamentar.

Los llamados, son los trabajadores de la Comisión Obrera reconocida como válida por el sindicato, más algunos otros que la empresa podía suponer más favorables a ella.

Entran en el despacho del AMO. Era éste, un honor que pocos meses antes el Sr. Sol no habría podido ni sospechar que les rendiría. Quedaba claro que, cuando los obreros se lo proponen logran el control de la empresa, más que la misma Dirección.

Esta experiencia les recordaba aquel grito revolucionario de años atrás: « La tierra es de quién la trabaja ». La empresa es — de derecho y por justicia — de

quienes la hacen funcionar y rendir. La empresa debe ser de los obreros. ¡Algún día será así! Estos eran sus pensamientos cuando el AMO (?) les llamó para parlamentar.

— ¿No podéis parar ese sabotaje?

— ¡Sabotaje! ¿Dónde está?

— No intentéis disimular. ¿Qué son estos porcentajes tan altos de brocas rotas, este porcentaje tan bajo de producción? — muestra unos papeles de prensas — un 40% de lo normal; ¿y, estos cortes de corriente? ¡Ya sé que no lo reconoceréis! ¡Estáis bien instruidos! ¡Yo, ya no sé qué hacer!...

— ¿Quiere usted que le demos una solución?

— ???

— Readmita al trabajo a nuestro compañero y reincorpore a su primitivo cargo al jefe de taller. Mire que sencillo. Pero usted se empeña en arreglar el asunto por el lado opuesto — despidiendo obreros — y no logra sino complicar la situación y agravar el conflicto.

— ¡No nos venga con cuentos a nosotros! Nosotros no podemos arreglarla, esta situación. Ustedes la han creado y a ustedes toca resolverla. Mi compañero le ha dado la pista por si había perdido el norte. Nosotros le decimos esto: ¡Arregle esta situación maltrecha y desencajada! Nos encontramos en una pendiente; si no se para, — y sólo ustedes pueden hacerlo — nos estrellaremos todos, ustedes y nosotros. Con la ventaja para nosotros que apenas tenemos nada que perder. Trabajo, con salud y ganas de trabajar encontraremos siempre. En cambio usted, tendrá que ir a pedir limosna y no sé si sabrá hacerlo... Perderá todo lo que tiene que es considerable.

— ¡¡No os he llamado para que me diérais consejos!! Yo sólo os digo una cosa: si esta guerra sorda no acaba en el término de ocho días, cierro la fábrica. ¿Qué decís a ello?

— Nosotros nada. Ya se lo hemos dicho. Además,

nosotros no somos nadie; no sabemos lo que decidirán los demás — indicando abajo — nosotros somos portavoces, no AMOS, de nuestros compañeros. En todo caso tenemos que hablarlo y decidirlo juntos.

Sol debió pensar: « si les dejo reunir aquí, ahora, y aprovechando que no está aquel lioso, fácilmente puedo asustarles con la amenaza ». Así que les propone: « ¿Queréis reuniros ahora mismo »?

Quedaron sorprendidos... pero contestaron afirmativamente.

— ¡Pues, podéis dirigiros al comedor! —. Y seguidamente ordena a un encargado que dé el aviso de paro mediante la sirena.

La solemnidad de una asamblea como ésta, tampoco ninguno de los obreros hubiera podido imaginarla unos meses antes. Tenían la empresa en sus manos. Podían seguir conduciéndola o destruirla. La Dirección estaba desbordada y libraba la última batalla. ¿Saldrían ellos airosos de la prueba? Ante la amenaza de cierre ¿resistirían la solidaridad hasta el fin? La fidelidad a un compañero despedido ¿debe llegar hasta tal sacrificio? Esta pregunta les bailaba en la cabeza a muchos de ellos. Presentían las broncas de la mujer y las preguntas de los hijos, su calvario para encontrar trabajo (la empresa se vengaría dando un informe pésimo de todos ellos).

¿No sería mejor pagar entre todos la semana al despedido, hasta que tuviera nuevamente trabajo, y negociar un papel de buena conducta con la empresa? ¿Qué sacarían sufriendolo todos ellos! ¿Con uno que lo pasara mal había de sobra! Además, socialmente hablando, no se estaba en el país en una situación punta para jugarse el TODO o NADA. El problema no era nada fácil, situados ante el precipicio. ¿Era un heroísmo lo que pretendían hacer, o un suicidio? ¿Ganaría el entusiasmo periférico o las dudas de fondo? Este era el gran interro-

gante que todos llevaban consigo, al entrar en el comedor.

Uno de la Comisión hace un pequeño informe de la conversación sostenida con el Sr. Sol; otro, también de la Comisión, recoge las intervenciones y canaliza el debate sobre el dilema en que les ha puesto el AMO. O ellos se bajaban los pantalones, o se cerraba la empresa.

Los pocos que tomaron la palabra, lo hicieron a favor de la solidaridad hasta el final. ¡Era la única arma que tenían! Si ahora abandonaban habrían perdido todo lo ganado hasta el momento. Si no se inclinaban por una opción radical, los empresarios se reirían siempre de ellos, les refregarían por las narices el dilema que ahora estaban discutiendo. Decían: « ¿Qué diremos cuando los demás compañeros nos pregunten sobre lo ocurrido? Cuando se enteren de nuestra cobardía nos despreciarán y nos escupirán la cara; hemos empezado a edificar y disistimos de cubrir la casa. ¡Que ridículo más espantoso! Si luchamos hasta el fin la gente nos admirará, quizá secretamente, pero nos admirará. Podremos pasear con la frente muy alta, dando valor y dignidad a nuestros compañeros de clase ».

Las intervenciones continuaron en ese tono. A más de unos ojos apuntaron lágrimas, que ellos frotaban disimuladamente queriendo aparentar serenidad.

Se hicieron votaciones a mano alzada y el resultado fue: 31 decidieron continuar, a no ser que regresaran el portavoz y el jefe de taller. 4 se inclinaron hacia la negociación. Era clara la voluntad de la asamblea.

La Comisión enteró del acuerdo al Sr. Sol. Este, aguardaba impaciente el resultado de su maniobra. Sólo contestó, visiblemente enojado:

— ¡Bueno! ¡Vosotros mismos!

Y continuaron el trabajo lento y... el sabotaje disimulado.

Al comenzar los del turno de tarde, Sol les rogó también que abandonaran la resistencia, pues de lo contrario a los ocho días cerraría la fábrica. Sonó de nuevo la sirena avisando el paro de las máquinas, y se reunieron en el comedor.

El turno de tarde era mucho más reducido: 14 ó 15 en total. Conociendo el resultado de la mañana y sintiendo en sus propias carnes el dolor del despido del compañero más luchador, la discusión fue juego de pocas palabras. La reunión se celebró para cubrir el expediente. Se hicieron bromas y se contaron chistes. Al pedir el voto fue unánime la decisión de continuar al lucha. Ni una sola excepción.

Se comunicó el resultado al Sr. Sol, que continuaba en su despacho sin haber comido aún, haciendo funcionar el magín a todo gas para encontrar una salida de emergencia. Lo aceptó resignadamente, sin hacer comentario alguno. Estaba abstraído, concentrado. La manobra le había salido mal. No había hecho otra cosa que facilitar la reunión e inyectar moral, al darles beligerancia dentro la misma empresa.



EL LOCK-OUT

Al encontrarse nuevamente en el coche que les conducía al trabajo, después de tres días de fiesta, los comentarios fueron mínimos. Recordando los incidentes de las últimas jornadas de trabajo, la sirena de la fábrica congregándoles a todos, y su voluntad decidida de llegar hasta el final, lo sentían lejos, a semanas de distancia. A medida que se acercaban a Palau, empezaban a tomar forma y relieve los recuerdos de su lucha, y al bajar del autobús Segalés, en el cruce del camino que conduce al taller, sintieron que, de pronto, se les venía encima todo el peso de su inquietud. Habían acabado las pequeñas vacaciones y se encontraban otra vez de lleno ante el esfuerzo diario del vivir.

Pero este pequeño estremecimiento de tocar fondo dentro de la realidad, no era sino el comienzo. La alarma se inicia al encontrar la puerta del patio cerrada y atrancada, y un cristal, roto desde meses antes, sustituido por un trozo de madera.

No se habían repuesto aún de la sorpresa cuando ven acercarse al sereno, quien les advierte que deben entrar por la puerta delantera. Al llegar allí les parece que están viendo visiones. ¿Era posible lo que sus ojos contemplaban? ¿Qué significaba aquel recibimiento y aquella parada de feria? Barraba el paso de la puerta

principal de oficinas, una mesa, y sentados detrás de ella, el Sr. Juliá y el Sr. Pedret, y a ambos lados, de pie, dándoles escolta, el cajero y el jefe de ventas de la empresa.

La luz del portal iluminaba escasamente la mesa. Era improcedente que la Dirección fuese tan madrugadora, y más aún después de tres días de fiesta. La luz que brillaba en la oficina del Sr. Sol, permitía distinguir su silueta desde abajo. Esto les hizo caer de los ojos la venda de su candidez. La Dirección, aquellos días no había descansado. Había estado preparándoles minuciosamente una trampa.

El espectáculo les puso alerta. Se acercaron con cautela. « ¡Buenas noches! ¡Buenos días »! se dispararon unas voces sin ton ni son.

Siguen acercándose y tan pronto están todos frente a la mesa, el Sr. Juliá les dice:

— Ustedes, todos ustedes, están despedidos. Firmen la suspensión de empleo y sueldo por tiempo indefinido, y pueden regresar a Barcelona en el mismo autocar que los ha conducido. Tiene orden de esperarles el tiempo justo para ese requisito legal.

Ellos, instintivamente, se negaron a firmar. Por un momento se sintieron acorralados. El coche esperaba su regreso inmediato, la Dirección les barraba el paso al edificio, los despedían indefinidamente... ¡Qué ingenuos habían sido! ¡Estaban desconcertados! ¡Esta vez los habían pillado por sorpresa! ¡Era la primera vez que la empresa tomaba la iniciativa... No sabían qué debían hacer...

— Sr. Fulano de Tal — llama la voz de Pedret — que venga a firmar el despido.

Nadie contesta.

— Sr. Fulano de Tal — continúa la misma voz.

De nuevo el silencio por respuesta.

— Sr. Fulano de Tal — sigue desgranando nombres de la lista.

El ridículo sube ya hasta la punta de la nariz.

— Sr. Fulano de Tal.

Parecía que predicaran en el desierto.

— Sr. Fulano de Tal.

Después de pronunciar su nombre, a algunos les buscaban con la mirada, sosteniéndosela indignados. Pero ellos, como si nada ¡sordos!

— Sr. Fulano de Tal.

Cada vez concedía menos tiempo para dar oportunidad a decidirse.

— Sr. Fulano de Tal.

Los dos últimos nombres los leyó uno tras otro sin intervalo. Su silencio les sorprendió. Es de suponer que no las tenían todas consigo. No sabían si se les echarían encima y les harían picadillo, o se retirarían derrotados.

Ambas cosas eran posibles. Los obreros continuaban desconcertados. El silencio más que una consigna, fue el intento instintivo de esconderse. Pero les dio resultado.

— ¿Nadie quiere firmar este documento? — preguntó Juliá.

— Quiero hacer una aclaración — dijo Pedret. — ¡No se trata de un despido, eh! ¡Es simplemente una suspensión de empleo y sueldo por tiempo indefinido!

— ¡Si no aceptáis esta fórmula, las consecuencias serán peores eh! ¡Os lo advierto!

Como que nadie contesta el Sr. Juliá, dirigiéndose a su escolta dice:

— Sr. Salá y Sr. Trilla, ¿quieren hacer el favor de firmar, como testigos, de que todos los operarios del turno de mañana se han negado a aceptar el documento?

Y como dos sumisos servidores, sin decir esta boca es mía y bolígrafo en ristre, firmaron y rubricaron cada

una de las papeletas. Los operarios contemplaban el rito silenciosamente.

— Pueden marcharse — sonó, rasgando el silencio de la mañana, la voz del Sr. Juliá. — El coche saldrá dentro de pocos minutos. De momento, aquí han terminado.

Como que de entrada los obreros estaban dispuestos a hacer todo lo contrario de lo que conviniera a los otros, vieron en esta frase la consigna para su comportamiento: SE QUEDARÍAN ALLI TODO EL DÍA.

— ¡Pues, no queremos marcharnos! — dijo uno de ellos interpretando el sentir general.

— ¡Ustedes mismos! — farfulló Juliá.

Y seguidamente retiraron la mesa que atravesaba el portal y lo cerraron.

Fue a partir de aquel momento que se desencadenaron toda clase de comentarios e iniciativas. Se decide ir en busca del compañero despedido, y comunicar el acontecimiento al jefe de taller trasladando a Barcelona, y aprovechando el coche de línea lo hacen el enlace sindical y dos de la Comisión. Los otros se quedan para mantener su presencia activa, de protesta, en el patio de la empresa, hasta que vuelvan con noticias de los compañeros. Pensaban, entre otras cosas, presentar una denuncia al sindicato de Sabadell.

El enlace sindical y los dos compañeros que fueron en busca del obrero despedido comunicaron lo ocurrido, por teléfono, al jefe de taller. Este, con un oficinista, sale hacia Palau para reunirse al grupo resistente, y el enlace y los tres de la Comisión se dirigen al sindicato de Sabadell, en el coche de un amigo, el amigo Juan « el taxista » de la Comisión, como le llamaron.

En la ausencia del enlace y de los compañeros de la Comisión, llegan, a las 8, los 12 ó 13 oficinistas, en la furgoneta de la empresa. Estos, durante las últimas se-

manas han estado alejados de los incidentes que han tenido lugar en el taller; nadie se acordó — o no hubo tiempo — de intentar incorporar en la vivencia de la lucha a los empleados de oficinas, y ahora están desligados. No hubo nadie con bastante autoridad — los elementos de la Comisión no estaban en aquel momento — que les llamara aparte y les informara y les explicara el estado real de la situación.

Hay que añadir de todas formas, que los administrativos eran, en su mayoría, rapaces de 14 a 15 años, que estaban aún cosidos a las faldas de la madre, más que incorporados al trabajo; con más deseos de llevar unas pocas y primeras pesetas al hogar, y de tener un billetito de cien en el bolsillo, que con ningún rastro de conciencia de clase explotada. Aquellos obreros ya maduros, sucios y mal afeitados, casi les inspiraban más temor que confianza. A menudo eran apodados por ellos como « los de la guardería infantil ». Hay que tener en cuenta la adolescencia de los administrativos, para entender la forma en que los manejó posteriormente la empresa, y la escasa capacidad de análisis de la realidad, que tuvieron en tal ocasión. Queda todo dicho al afirmar que, a pesar de no haber intervenido en absoluto en el malestar y conflicto colectivo que denunciaba la empresa, todos ellos firmaron el enterado de su suspensión. ¡Tan infelices eran, que rubricaron su sentencia sin haber cometido el delito! ¿Hay alguien con dos dedos de frente que se someta tan lisamente? ¡Pues, ya está todo dicho!

Al tiempo justo de dejar la furgoneta, el Sr. Pedret les llamó desde el portal. Ellos suben y firman la propia *suspensión de empleo y sueldo por tiempo indefinido*.

A los diez minutos escasos, bajan, atraviesan la explanada, se meten de nuevo en la furgoneta y regresan a Barcelona.

Hubo una única excepción; fué la de un chaval de 15 años, que por cuidarse de las fichas de control, era el oficinista que más en contacto estaba con el taller y con su lucha. El día anterior domingo 3 de noviembre, la Dirección le llamo a él y a su padre, para amonestarle y advertirle, pero su reacción, fué buscarse otro trabajo y al encontrarlo, se despidió de Blansol aquel mismo lunes (y no firmando naturalmente la sanción).

*

Entretanto, en las oficinas del sindicato comarcal, no hay nadie que tenga facultad para nada. Los altos cargos, duermen aún. Los cuatro compañeros insisten al personal para que localice a los prohombres de la « defensa oficial » del mundo obrero.

Después de muchas llamadas telefónicas logran comunicar con el delegado Sr. Castro, presidente comarcal. Llega una hora después, con los ojos cargados aún de sueño. El reloj marcaba las once de la mañana.

Entran en su despacho y le exponen detalladamente los hechos de la mañana: que sin previo aviso y sin mostrarles papel alguno, la empresa ha cerrado.

— ¡Este señor no sabe lo que hace! ¡¡A ese tipo lo metemos en la cárcel!! ¡Esto es ilegal! ¡¡El no es nadie para decidir y cerrar la fábrica! ¡¡Qué se ha creído!!

Y levantándose, en un arranque, llama al secretario del sindicato y salen todos para Palau, ellos en el coche oficial y los obreros en el de su amigo Juan « el taxista ».

Al llegar a la fábrica se reúnen con los demás compañeros, excepto el enlace que con los dos delegados oficiales del sindicato, sube a Dirección para aclarar las cosas.

Al bajar, después de veinte minutos, se agrupan todos alrededor de ellos y el Sr. Castro les dirige la palabra:

— He hablado con la Dirección y está dispuesta a salvar la mayoría de los contratos, si firmáis el documento que os ha presentado esta mañana...

Quedaron sin sangre en las venas. ¿Era posible tanto cinismo? Acababa de decirles ¡esto es ilegal! ¡a ese tipo lo metemos en la cárcel! y en veinte minutos...

— ¿Cuánto te han pagado por cambiar de opinión? — grita una voz indignada. El grito cortó en seco las palabras del delegado, que continuaba exponiendo su punto de vista. Los obreros se volvieron buscando al indignado compañero y entonces, el antiguo jefe de taller, aprovechó el silencio para iniciar el ataque después de la sorpresa.

— ¿Usted cree, Sr. Castro, que identificarse con las intenciones de la empresa es defender a los obreros, como un delegado sindical debe hacerlo? ¿No ve usted que lo que la empresa pretende es admitir de nuevo a la mayoría de los obreros (¡porque los necesita!) y excluir a quiénes crea que son perjudiciales? ¡Para decirnos esto, no era necesario molestarse en venir desde Sabadell!

— Precisamente quería hablar con usted — repuso Castro —. La empresa me ha dicho que usted ha venido de las oficinas de Barcelona sin que nadie lo hubiese llamado, y que se ha negado a marcharse cuando la Dirección se lo ha ordenado. Yo creo que su comportamiento más que bien, causa mal, a sus compañeros. Si los dos que están sancionados por la empresa aceptaran momentáneamente la decisión, el sindicato podría intervenir para defenderlos, y sus compañeros no se verían arrastrados a una situación desesperada, que sólo ha de perjudicarles. Si realmente fuérais unos obreros responsables, no pondríais las cosas de punta como estáis haciendo, sino que para no perjudicar más a vuestros compañeros, deberíais aceptar, como víctimas, vuestra situa-

ción y rogarles que no hagan nada más, porque sólo se logrará que las cosas se vuelvan también contra ellos. Siempre es mejor, en buena ética, que sufran malas consecuencias dos o tres, que no todos, ¿no os parece?

— ¿Y usted, con esta mentalidad, pretende dirigir un sindicato? — se lamentó el jefe de taller —. ¿No ve que con tales teorías no hará más que hundir todos los intentos de reivindicación obrera? ¡Usted, como sindicalista es un hombre frustrado! Usted no defiende a los obreros; usted adopta una estrategia que sólo favorece a la empresa. Vea sino:

— Mientras no hay conflicto, ustedes no se mueven de sus confortables oficinas. Cuando van a pedirles auxilio — como en este caso — hacen acto de presencia en la empresa, hablan veinte minutos con la Dirección y se ponen rápidamente de acuerdo. Baja y nos dice que hagamos lo que la empresa nos pide. ¿Usted entiende que es éste el papel de un delegado que pretende defender los intereses de los obreros?

— ¡Usted me está ofendiendo! — se quejó el Sr. Castro —. Yo puedo demostrarle que he hecho mucho en favor de los obreros, en muchas fábricas de Sabadell y los alrededores. Y los obreros han venido a darme las gracias. Tengo una lista muy larga de ese tipo de servicios. Y si ahora os aconsejo como os aconsejo, no es para defender los intereses de la empresa, sino que lo digo para el bien de todos vuestros compañeros. ¡Vosotros los conduciréis a la ruina, al despido, en unos momentos de crisis como los que estamos atravesando, difíciles para encontrar trabajo! ¿A esto le llama usted favorecer a los obreros? Usted no hace otra cosa sino hundirlos. ¡Soy yo, quién defiende a los obreros, no usted!

— Sr. Castro — repuso el jefe de taller — tenga en

cuenta que el primer principio de estrategia obrera, el más elemental, es que la unidad y la solidaridad no pueden romperse por nada del mundo. En ellas radica toda nuestra fuerza. Si en cada situación de conflicto, resulta que hemos de aplicar su fórmula, o sea, renunciar a la lucha para no perjudicar a los demás compañeros, resulta que no hacemos otra cosa que permitir que nos recorten esta unidad y solidaridad nuestra. Los obreros quedarán asustados por las sanciones a unos pocos, y se someterán a los intereses del capital. Si a cada represalia por parte de la empresa hemos de responder con el abandono, ¿quiere decirme, Sr. Castro, cuándo llegará el momento del compromiso, de la lucha, de la solidaridad y de la unidad?

— Los amos han de saber — y el Sr. Sol lo ha probado ya, como trallazos, en sus carnes desnudas — que la empresa si es de alguien, es de los trabajadores. Son ellos quiénes tienen el control de las máquinas y del peso de la producción, y cuando un conflicto estalla, la primera y última palabra han de pronunciarla ellos, no el amo. Hasta ahora los obreros de Blansol lo hemos hecho así y hemos obtenido resultados, hemos demostrado tener la fuerza y el control de la empresa. Sin nosotros no funcionará. Y sino, ¡al tiempo! Nosotros pretendemos ser más fuertes que la empresa, a condición de no perder la solidaridad y la unidad, esto que precisamente usted nos aconseja que liquidemos alegremente: ¡nuestra fuerza!

— ¡Seguidle, seguidle a éste, y a otros cabezas de chorlito como éste! ¡Os conducirán al fracaso total! — dijo Castro, dirigiéndose al grupo que escuchaba y seguía apasionadamente el duelo.

— Es mucho mejor fracasar con dignidad, que seguir sus consejos que no nos conducirían más que al matadero como mansos corderos — replicó el portavoz.

— ¡Usted, despedido como está, nada tiene que hacer aquí! — recriminó Castro.

— ¿Cómo no me lo ha dicho hace una hora en Sabadell eso? Allí sólo me ha dicho que mandaría al Sr. Sol a la cárcel. ¿Es que quizá ahora mandará a la Guardia Civil a por mí?

— Bueno — continuó Castro, ignorando la pregunta —. Yo os digo todo esto por vuestro bien. (Dirigiéndose al grupo): Enfrentándoos con la empresa, perderéis. Yo pretendía servir de mediador y ver de sacar el máximo posible de lo perdido. Querer seguir otro camino más radical, es soñar despiertos. Hay que ser realista. Estamos en una sociedad capitalista y ello quiere decir que los amos tienen toda la fuerza. El sindicato se ofrece para ayudaros en una negociación que resuelva el conflicto. Otra cosa es un suicidio, con el cual yo, personalmente, no quiero solidarizarme. ¡Sería una necedad...!

— Como puede ver por la discusión que hemos sostenido — interrumpió un obrero — si un día toma forma en nuestro país la lucha entre el capitalismo y el mundo obrero, yo me encontraré en un bando, y usted, delegado de un denominado sindicato, en el otro. Pienso pues que, personalmente, ya nos lo hemos dicho todo.

Castro, que tampoco contestó a estas últimas palabras, dijo, dirigiéndose al grupo informal: — Yo os invito a todos, para mañana a las diez, en el local del sindicato de Palau, para ver de encontrar una solución legal a todo esto. Si venís, allí me encontraréis. ¡Buenos días! —. Y se marchó.

La primera reacción de respuesta de los obreros al lock-out de la empresa, había sido perfectamente inútil. Se trataba de tener imaginación y buscar nuevos caminos por los que encarrilar su resistencia. Su actual desorientación hacía urgente una asamblea general en aquel pre-

ciso momento. Así que, se sentaron y empezó la reunión.

Se habló de los derechos de los obreros en la empresa y se repitió en diversos tonos « la empresa es nuestra ». Alguien, más informado de cómo deben comportarse los obreros en situaciones parecidas a la suya, recordó que los japoneses, cuando les cierran la fábrica por lock-out, la ocupan subiéndose al tejado, donde la policía llega difícilmente, y de allí no se mueven. Los italianos se introducen en ella y se encierran. En Argentina, estos últimos años, los obreros expulsan a la Dirección, y ellos continúan trabajando, dirigiéndola por su cuenta como si nada hubiera pasado. Estas noticias sugerían comentarios cómicos a algunos asistentes, logrando despejar un poco el clima vivido hasta aquellos momentos. Se entraba en la normalidad.

Y de ahí salió una voluntad decidida de no moverse de la explanada, para demostrar que no aceptaban el despido y para dar a entender su bloqueo y ocupación del inmueble.

Se decidió también que el día siguiente irían todos al sindicato de Palau, donde les había invitado el delegado. Se trataba de ver qué daba de sí.

La cosa languideció un poco, al preguntar un grupo si era posible irse a Barcelona arrovechando que a la una menos cuarto pasaba el coche de línea Segalés. De no aprovechar éste, no podrían marcharse hasta las cuatro y cuarto, y sus mujeres estarían intranquilas por su tardanza.

Como que ya estaba decidido que los de tarde mantendrían la misma actitud, y que a la mañana siguiente se encontrarían todos en la delegación de Palau, dando cuerda a las gestiones — sin pizca de fe — del sindicato, pareció que era una petición razonable y se con-

cedió. Marcharon nueve. Quedaron en la explanada 24 personas.

A los veinte minutos hace acto de presencia un obrero y amigo entrañable, que desde seis meses antes, estaba de baja a consecuencia de una infección pulmonar, pero que desde el Pirineo, donde se hallaba en cura de reposo, seguía su lucha al detalle.

Hacia unos quince días que, obligado por el frío que se acercaba ya, tuvo que abandonar la residencia del Pirineo, y — como que andaba justito de dinero — había tenido que replegarse en su piso de barriada y pasar en cama prácticamente las 24 horas del día.

En esta situación se enteró se la suspensión global de empleo y sueldo que hacía la empresa. Su indignación no tuvo límites. Salta de la cama y se viste. Su mujer pretende hacerle comprender, por las buenas, que lo que está haciendo es una temeridad, que se expone a perder todo cuanto ha ganado durante los seis meses de cura, si es que no estropea más aún su organismo delicado todavía. El no le hace caso. Bien abrigado, sale de la habitación. Su mujer insiste; él, calla. Finalmente, abrazándola, procura tranquilizarla: « No te preocupes, me cuidaré. ¡Me siento muy mejorado! ¡Volveré pronto »!

Su presencia fue como una aparición. Tenía, claro está, el rostro demacrado, cubierto a medias por el cuello levantado de la gabardina. Al verle todos se levantaron. Les emocionó tal esfuerzo para hacer visible su solidaridad. Mientras festejaban con frases cortas y ocurrencias amables su llegada, su cara iba adquiriendo un aspecto de gravedad, y de repente, muy serio, les grita: — ¡Qué coño hacéis aquí! ¡¡Adentro todos!! ¡¡A ocupar la empresa!!

¡¡Quedaron patitiosos!! Un enfermo con gran riesgo de su salud, venía a despertarles de sus dudas y de sus

miedos. ¿Sería cierto que estaban haciendo el tonto sentado por ahí, pudiendo ocupar la empresa? ¡¡Si eran mayoría absoluta!! ¡Tenía razón el compañero! ¿Cómo no se les había ocurrido antes? ¿Qué coño hacían allí, prisioneros de un complejo de inferioridad, bajo la mirada de tres tipos que no tenían ni media bofetada, que los contemplaban desde los ventanales de su despacho? ¿Por qué no iban a por ellos y los expulsaban?

Fue en estos momentos de desorientación que, tomando la palabra, un compañero reflexionó: — ¡Pensémoslo, pensémoslo! Yo estoy de acuerdo en ello. Pienso que sí, debemos ocuparla. Pero he de hacer un par de objeciones, ahora, en seguida.

— Si no lo hacemos hoy y ahora, — repuso el compañero convaleciente — no podremos hacerlo ya, puesto que pronto vendrá la policía o algunos delegados de Gobernación y sellarán la fábrica. Entonces tendríamos que enfrentarnos con la decisión de un organismo oficial y sería demasiado expuesto.

— Es que no es por eso que lo digo — reemprendió el operario —. Es que hace unos veinte minutos, han marchado ocho o nueve compañeros en el coche de línea. Si nos metemos dentro, es posible que antes de que nos echen por la fuerza, pasemos allí dos o tres días, y esto significa que necesitamos comida, y como mínimo, avisar a nuestras familias. Sería también conveniente que las Comisiones Obreras estuvieran enteradas de nuestra decisión para hacer ambiente y crear un clima de ayuda y solidaridad. Si ahora, en este momento, nos metemos dentro, la Dirección llamará a la Guardia Civil y nos echarán, siendo sólo una tercera parte de los operarios.

Podría dar la impresión de que era sólo un grupito insignificante y nada representativo. Yo me inclino a que mañana por la mañana, después de la reunión en el sindicato de Palau, nos personemos todos aquí, dispuestos a

ocupar la empresa. Creo que es importantísimo que estemos todos. ¿No os parece?

— A mí, me parece bien. Si hoy no nos salimos de esta actitud, tanto los de la mañana como los de la tarde, no creo que la Dirección alerte a la Guardia Civil.

— Yo opino que deberíamos entrar ahora, pues de no hacerlo nos arrepentiremos — insistía el convaleciente.

En aquel momento llegó el turno de tarde. A uno de ellos le habían telefoneado dándole la noticia, y venían a ver qué había ocurrido. Se les hizo una rápida exposición de lo sucedido hasta aquel momento, y recibieron el encargo de relevar a sus compañeros, en la explanada, durante el tiempo de trabajo, al igual que ellos en señal de protesta.

Desde las oficinas les vieron llegar, pero nadie los llamó.

— Pues yo — dice uno de los recién llegados — aún haría otra cosa. Que una comisión, con el enlace sindical, hiciera una visita a la Delegación del Trabajo. Nosotros podemos presentar la cosa como un lock-out, que no está permitido. En Asturias hubo uno hace pocas semanas y dio mucho que hablar a los periódicos. Precisamente el Tele-exprés de hoy trae una crónica sobre ello.

Se formó rápidamente una comisión de tres, y salieron acto seguido. Faltaba poco para la hora del coche de línea y los que restaban del turno de mañana, habiendo llegado el relevo, decidieron marcharse. Sólo el amigo convaleciente y otro compañero, quedaron rezagados dando las últimas instrucciones a los que quedaban de guardia en el patio. Finalmente partieron también; pero al llegar a mitad de camino, oyen un grito, y al volverse no ven más que a uno de ellos en el portal de la empresa, haciéndoles señas y que desaparece rápidamente dentro del edificio.

— ¡Les han llamado! Y ambos corren para allá.

El convaleciente, con el pretexto de ser el enlace sindical del grupo, quiere intentar estar presente en el despacho y enfila corriendo la escalera.

Ya arriba, choca con un compañero que iba en su busca, y al separarse de él, da de manos a bosa con Pedret, quien le pregunta, frenando su marcha:

— ¡Tú! ¿Qué haces tú aquí?

— ¡Soy el enlace sindical!

— ¡Pero, para esto no te necesitamos!

— ¡Son ellos, quienes han de decir que no quieren mi presencia!

— ¡Haga el favor de marcharse! — ordena Pedret, abandonando el tuteo y guardando las distancias.

— ¡Estoy en mi empresa! — contestó el otro, mientras se introducía en el despacho.

En aquel momento un obrero decía: — ¿...qué hemos hecho para que se nos imponga este castigo?

— ¡¡Lo sabéis mejor que nosotros!! — rugía Juliá.

— La mayoría de estos obreros llevan más de 7 años trabajando en la empresa, ¡son ellos, los que la han levantado! ¿Así se lo pagáis ahora? — dijo el recién llegado.

— Si no quereis firmar ¡podéis marcharos como los demás! — acabo Juliá.

— ¡¡Vamos!! Y uno del grupo extendió los brazos sobre los hombros de sus compañeros, iniciando la salida sin ni tan siquiera decir adiós. Bajaron la escalera en silencio, y se situaron igual que antes, en el patio, para continuar en activo su presencia desafiante.

Llega en aquellos momentos el coche del esquirol Buixadé, que es recibido con silbidos y gritos insultantes. Para ante la misma puerta del edificio, sube a las oficinas, firma y sale de nuevo. Recomienzan las letanías de insultos mientras arranca y pasa junto al grupo. Los albañiles que trabajaban en unas obras cerca de allí, al

ver pasar el coche que escupieron los obreros, se unen también a los improperios con expresiones de traidor, jilipolla, marica, etc. Fue una muestra de solidaridad.

Las horas morían lentamente. Al ponerse el sol y caer la oscuridad, sintieron frío. Partieron hacia sus casas antes de la hora. La fábrica quedó sola con el sereno haciéndole compañía.

*

Antes de continuar, y saltándonos fechas, diremos que el trabajador convaleciente, fue despedido como los demás, pero la empresa, en carta expresa, pidió su baja inmediata del seguro de enfermedad, cosa que cumplió el seguro, dejándole sin medicamentos ni medicinas.

No es posible mayor crueldad, hacia un trabajador tan luchador, y más aún teniendo en cuenta que siendo quien más lo necesitaba, fué el único de Blansol con el que se tomó tal medida, ya que es norma del seguro de enfermedad, que a un despedido se le mantiene la asistencia médica durante seis meses.

Si bien la solidaridad que hubo hacia Blansol, frustró la venganza de dejarle sin asistencia, no es menos indignante ver cuáles eran las intenciones de la empresa y la complicidad del seguro.

Más tarde veremos como Magistrato acepta el despido de este trabajador que llevaba 6 meses de baja, enfermo, y que continuaba convaleciente y luego como el Tribunal Supremo confirma el despido.

Cuesta creerlo, pero piensa amigo lector que estos hechos son ciertos y comprobables, y como que ante tan clara injusticia no es necesario más comentario, cierra este pequeño paréntesis.

OCUPACIÓN FRUSTRADA DE LA FÁBRICA

Por la mañana del día 5 de noviembre, se concentraron todos, poco a poco, en la plaza de Palau de Plegamans, para asistir a una negociación imposible. El sindicato oficial les haría, una vez más, la propuesta de aceptar, como mal menor, la « rendición con condiciones ».

El sindicato jugaría este papel sin pena ni gloria; era la estampa exacta de su triste figura. Ellos, los militantes de la clase obrera, habían logrado, por el sistema más desesperado, herir de muerte el monstruo de la empresa capitalista. Ellos iban a forzar la máquina en un acto supremo. Ellos la escoria de la sociedad del bienestar. Ellos, los nadie de la tierra. Los ricos, los situados, han perdido toda capacidad de sacrificio y de heroísmo; los obreros, los esclavos del mundo contemporáneo, estaban aún sin estrenar. Está llegando su hora... y, hoy, 5 de noviembre, un pequeño grupo, los obreros de la empresa Blansol, se sienten llamados a hacer un ensayo anticipado de la gran Jornada que un día les conducirá a la victoria.

Estaban ya casi todos. En el reloj del campanario del pueblo habían sonado las diez. Se sentían animados, casi gozosos, y su algazara llamaba desmesuradamente la atención del pueblo. Medio centenar de hombres de pelo

en pecho, a media mañana, en una plaza de pueblo, era cosa insólita. Su parloteo, idas y venidas de un grupo a otro, risas, discusiones ocasionales, etc, tanto podía dar sensación de fiesta, como podían ser presagio de tormenta. No pocos curiosos asomaron la nariz por las esquinas, cruzando y volviendo a cruzar la plaza, intentando enterarse de qué se trataba. Su vocerío debió de rebasar la medida, porque de repente apareció la Guardia Civil para investigar el significado de aquella concentración.

Se les dijo que se trataba de un acto de conciliación a celebrar en el sindicato. No acababan de creerlo. Sale el delegado comarcal del edificio y corrobora lo dicho por los obreros. Les indica también que pueden entrar. Ellos contestan que no quieren hacerlo todavía, porque faltan dos compañeros: el jefe de taller destituido y el encargado convaleciente: que cuando estén todos entrarán.

No tuvieron que esperar demasiado. En un coche, llegaban finalmente a la cita los dos compañeros. Su concentración en el sindicato, era una magnífica pantalla para su premeditada intención de ocupar todos SU empresa. ¡Poco podían suponer los delegados sindicales que les proporcionaban un pretexto para organizarse! ¡Cuán lejos estaba el empresario de imaginar lo que le esperaba!

Empieza la sesión sindical.

El Sr. Castro les suelta el rollo de siempre. Nadie prestaba gran atención, si bien se guardó un silencio muy respetuoso. Sin pretenderlo se oían palabras sueltas como: solución inteligente... la mayoría volveréis a trabajar... la empresa se ha defendido... de momento hay que tener paciencia... no va el todo o nada... sindicato español... antes que nada es necesario vivir... vuestras mujeres, vuestras hijas... bla... bla... bla...

De pronto, una voz interrumpe: — Todo lo que está diciendo no nos interesa. ¿Qué nos dice de la acción ilegal de la empresa con su lock-out disimulado bajo la frase « suspensión indefinida »? Empecemos aclarando este hecho y a partir de aquí es posible que haya camino para una negociación. Sólo faltaría que nosotros nos sometiésemos, no solamente a una acción de fuerza bruta de la empresa, sino incluso, a una acción desde el punto de vista penal, delictiva. Sería el colmo de nuestra cobardía.

— ¡Me consta que ha recibido autorización verbal de Gobernación! — dijo Castro.

— Un momento — interrumpió un obrero — ¿y si yo le digo que he recibido autorización del Gobernador para entrar en la empresa? ¿No me creerá, verdad? Pues lo mismo digo. Papeles cantan. Lo demás, nada. Yo no le creo a usted.

— ¡Vamos, Sr. Castro, usted no juega limpio! — se lamenta otro obrero —. ¡Está usted haciendo el papel de traidor a la clase obrera! Ustedes, los que pretenden representar la ley, deberían ser fieles cumplidores de ella. Pero está visto que la burlan cuánto pueden — y dirigiéndose a un compañero — léele la nota que trae el periódico de ayer. ¡Que vea que no nos chupamos el dedo!

— ¡También lo leo yo el periódico!

— ¡Bueno, pues veamos qué dice usted ante el delito de lock-out! ¡Empecemos por aquí!

— Vosotros habéis puesto en una situación difícil a la empresa, y ella se defiende despidiendo algunos obreros, pero no a todos. ¡Ni mucho menos!

— ¡Ojo, ojo! ¡Esto ocurrió exactamente al revés! Es la empresa que puso en situación difícil a algunos de nuestros compañeros, pagándoles un jornal de miseria, por su trabajo.

Algunos compañeros cobran, aún ahora, 4.000 pesetas al mes, para mantener una familia. Esto es un pacto de hambre, que nosotros no podíamos tolerar por más tiempo. Usted ¿cuánto cobra cada mes? ¿Cuánto necesita para vivir como vive?

— Si os ponéis en ese plan, nada tenemos que hacer aquí. ¡Se trata de amoldarse a una realidad para sobrevivir!

— Así que, si no entiendo mal, usted pretende que nos sometamos a las exigencias de la empresa. ¡¡Qué le parece si después, los que sobrevivan, se bajan los pantalones y ofrecen el trasero a la «troika» de Blansol!! (esta frase provocó las risas generales) ¿Quiere que le diga una cosa, Sr. Castro? Puedo asegurarle que el sindicato oficial no vale tres chavos. ¡Es por si deciden ponerlo en venta! (aumentan las risas y el cachondeo).

— ¡Yo no sé qué hacemos aquí! — protestó otro obrero —. Nunca he sentido, como hoy, la sensación de perder el tiempo en vano. ¡Nos esperan cosas más importantes que estar oyendo a un charlatán de oficio! Propongo que nos marchemos. Y efectivamente todos se levantaron dispuestos a marcharse.

— ¡¡Eschuchadme!! — intentó imponerse Castro — ¡Esta reunión la he convocado yo, y soy yo, quién ha de clausurarla!

— ¿Es que quiere quizá que recemos una Ave María, para cerrar el acto? — se mofó uno de ellos, provocando nuevamente la risa general. Y en medio de gran algarabía de sillas, y comentarios graciosos, la presidencia sindical quedó sola, con la sala vacía y un palmo de narices.

*

El gupo, excitado, marcha compacto desde la plaza del pueblo hacia la empresa, que está situada en las

afueras, a unos dos kilómetros. Metían gran alboroto por las calles, y las mujeres se asomaban por puertas y balcones para ver qué ocurría. Ellos aprovechaban los furtivos espectadores para gritar, más aún, cosas como: « ¡La empresa Blansol nos quiere someter a un pacto de hambre! ¡Son unos ladrones, los capitalistas! ¡Nos prohíben la huelga, y los que mandan permiten el lock-out! ¡No nos queremos dejar someter por el dinero! ¡Si la empresa Blansol practica el lock-out, nosotros hacemos huelga! ».

La gente miraba y preguntaba. Esta manifestación espontánea era parte de su plan. El pueblo se encargaría de que corriera la voz de una revuelta en la empresa Blansol. ¡Cuando el pueblo habla, nada puede ahogar su rumor!

Al salir a las afueras el grupo comenzó a distanciarse. Unos, más impacientes y decididos, apretaban el paso para llegar cuanto antes a la empresa; a otros, a medida que se acercaban al objetivo, les entraba como una especie de temor, motivado por el desconocimiento de lo que iba a ocurrir. Llegóse a romper el grupo en dos. Los de delante se paran para soldar de nuevo la marcha. Se adopta un paso menos acelerado para no perder la sensación de ir juntos. A la vuelta de un recodo se divisan las paredes y el tejado de la empresa. El grupo continúa compacto, con paso seguro. El edificio va tomando relieve y volumen, a medida que se acercan. Finalmente en el cruce, entran en el camino de carro que conduce directamente a los talleres. En este momento vuelve a separarse el grupo que amenaza romperse de nuevo. En el momento de la concentración, en la plaza del pueblo, corrió el rumor de que la Guardia Civil había visitado la empresa. Alguno de los compañeros que vivían en Palau, había hecho, de madrugada, una

escapada de inspección a la fábrica y había visto algún tricorno rondando por allí. No se dio más importancia al hecho pensando que sería una visita fortuita. Pero... en el momento de entrar en el camino — ¡distaban todavía unos 300 metros de la fábrica! — aquel rumor sin importancia, suave, de la mañana, cobró, de repente, grandes dimensiones en el ánimo de todos ellos. ¡Y si estaba allí la Guardia Civil!

— ¡¡La Guardia Civil!! — exclamó alguien, con sobresalto.

La certeza sacudió fuertemente el ánimo de todos ellos. El corazón precipitó sus latidos, ante el anuncio del enemigo a la vista, pero tuvo la virtud de agruparlos más estrechamente. Los de delante — aun con el miedo inicial — no dieron señal de frenar, al contrario, el paso mantenido al mismo ritmo ganó en seguridad. Las piernas no se movían ya por rutina, sino que cumplían la orden emanada del fondo del corazón: ¡avanzar!

Transcurrieron dos minutos de riguroso silencio; podríamos decir de silencio casi religioso. Se oían en relieve las pisadas del grupo masivo, como si fuera una máquina apisonadora que avanzara serena, allanando el terreno por donde pasa. Entretanto algunos de los que iban en cabeza se decían: « ¿quién habrá sido el traidor hijo de puta, que habría dado el chivatazo? ¡Qué haremos ahora! Bueno, de momento seguir avanzando y sobre la marcha ya veremos... ».

De repente, una voz fuerte tronó: « ¡¡ALTO AHI TODOS!! » Y vieron cinco guardias civiles apuntando decididos con las metralletas.

El grito sacudió al grupo que, por unas milésimas de segundo pareció que se desintegraba. Pero fue sólo una falsa explosión del motor, que no llegó a ser sensible al mecanismo total en funcionamiento, y el grupo

continuó su paso impertérrito. Los de vanguardia miraron de reojo hacia atrás, para si todo continuaba igual. El grito sólo había logrado concentrar el grupo.

Un segundo grito conmina: — ¡ALTO AHI, HE DICHO!

Este, salió con más rabia que el primero. La distancia era de unos quince metros aproximadamente. En otro momento habría sido más que suficiente para desintegrar el más pintado grupo de vanguardia; pero después del primer grito de alerta, habían tomado la decisión de « seguir marchando » de una vez para siempre. Así que hicieron caso omiso. El grupo continuaba con firme decisión y paso seguro.

A diez metros eran claramente visibles las caras de los guardias civiles; se miraban atónitos los unos a los otros, movían nerviosamente las metralletas y la duda se dibujaba en sus rostros. ¿Dispararían? Los obreros debían causar la impresión de que no los veían ni oían. ¡Era evidente que se sentían desbordados! ¿Y si aprovecharan esta ventaja moral para desarmarlos y aplastarlos? ¡Eran diez contro uno! Algunos de los que iban en cabeza acariciaban tales pensamientos cuando, a seis metros, dos voces desacompañadas ordenan furiosamente: — ¡Alto o disparamos!

Su movimiento de avance no cesa. Aunque asustados momentáneamente, dieron todavía cinco pasos más, parando claramente al margen de sus órdenes, a escasa-
mente un paso del cañón de sus armas.

Hubo una especie de relax por ambas partes. Dos civiles se pasaron mecánicamente la bocamanga por la frente, en la que perleaba el sudor. Los obreros tenían la sensación de haber « llegado ». Ahora el problema era: ¿qué debían hacer y cómo, para ocupar la empresa? ¿Tendrían la oportunidad de poder entrar y encerrarse arriba, en la terraza? ¡Esta parecía la posibilidad más viable con la Guardia Civil al lado!

- ¿Quiénes son ustedes?
- Somos los obreros de la fábrica.
- ¿Qué quieren?
- Venimos a buscar nuestra ropa, herramientas y otros útiles que tenemos aquí.
- Que pasen los enlaces, primero. ¡Los demás, quietos!

Los dos enlaces dan la vuelta al edificio para entrar por la puerta principal, ya que se hallaban en la parte trasera.

Entre el grupo que queda esperando corre la voz de que es mejor sentarse en el suelo, porque así la actitud de protesta es más visible. Y... de repente, los del tricornio, sorprendidos, les apuntan rápidamente con sus armas, alarmados por el movimiento. Quedan sentados en tierra, y... como si nada hubiera ocurrido. Sólo la extrañeza pintada en los rostros de los guardias.

Entretanto, sus dos compañeros eran protagonistas de una escena que abriría los ojos a muchos de ellos, sobre las implicaciones y compromisos entre el dinero y la fuerza pública, entre el capitalismo y la policía gubernamental. Después nos lo contaron.

« Al volver la esquina del edificio que da a la fachada principal, vemos ahí enfrente, en la explanada, a un teniente de la Guardia Civil con tres numeros, en amigable conversación con el Sr. Juliá y el Sr. Pedret. Al ver el teniente — un hombre que, incluido el tricornio no levantaría del suelo más del 1,50 — que entrábamos dos obreros, se encara con nosotros desde lejos ya, y nos grita sin ton ni son:

— ¡A ver! ¡Aquí le voy a pegar una patada en los cojones a algún tío! ¿No quiero verles por aquí? ¿Qué quieren? — preguntó, viendo que seguíamos acercándonos.

— Mire... — pero no pudimos continuar, un...

— ¡¡NAAAADA!! ¡Lo que van a hacer es marcharse rápidamente de aquí! — y subrayaba su grito haciendo vibrar la fusta de montar que tenía en la mano.

— Somos los enlaces sindicales — contestamos serenamente. Y agregamos: — Usted no se da cuenta de que el cierre de la fábrica — el lock-out — es ilegal, y que nosotros no nos podemos marchar?

— ¡Ustedes acudan al sindicato o adonde tengan que acudir, pero aquí no tienen que venir para nada!

En este momento se adelanta el apoderado Sr. Juliá, y el teniente le pregunta:

— ¿Usted los conoce?

— Sí, son los enlaces sindicales — confirma Juliá.

— Nosotros venimos a recoger la ropa y...

El teniente mira al Sr. Juliá y le pregunta, aireando la fusta:

— ¿QUE HAGO?

(Quedaba claro que la Guardia Civil estaba a favor y al servicio del empresario, Aquel, ¿QUE HAGO? fue como un « flash » revelador de un montón de cosas que hasta aquel momento habían estado en la penumbra).

El Sr. Juliá, ladeando un poco la cabeza, como haciendo una concesión, dejó caer un: « Déjelos pasar! ». tuvimos la impresión que se nos abría el cielo. ¿Sería posible ocupar la empresa en una acción rápida y combinada? Pero el teniente, como si nos hubiera leído la intención, añade una restricción al permiso del apoderado, diciendo:

— Bueno; pero que pasen de dos en dos.

Entramos en los vestuarios, non paseamos por el taller revolviendo herramientas, entreteniéndonos ex profeso mientras dábamos tiempo al tiempo, para encontrar un camino a nuestra intención secreta. Al salir tropezamos de nuevo con el Sr. Juliá, y le echamos en cara:

— ¡Parece mentira que para no dar unas miles de cochinas pesetas más al mes, hayan tenido que llegar hasta aquí!

El Sr. Juliá abrió la boca... pero no le salió palabra alguna. Para ganar tiempo, pregunta unos instantes después:

— ¿Qué dices? ¿qué dices?

— ¡Lo que ha oído! A ver si lo digiere su conciencia, aunque ¡teneis un estómago los del triunvirato!

Entonces no nos contestó. Encajó el golpe, abandonando el desafío ».

Los dos enlaces salieron finalmente juntándose al grupo que seguía sentado en el suelo. Los guardias dejaron pasar dos más. Y con ellos continuaba una carrera de relevos, pero al revés. Se trataba de ver quién lograba estar más tiempo dentro.

Esta operación duró unas tres horas. Entretanto no dejaban de observar, por si por la derecha o por la izquierda, por arriba o por abajo, sería posible organizar una infiltración rápida de ocupación. Empezaron a buscar conversación a los cinco guardias, que no cesaban de apuntar con sus armas; pretendían sondearles e inspirarles confianza. ¡Quién sabe si las cosas se pondrían mejor de lo que estaban! ¡Había que intentarlo!

— Es mal trabajo el suyo, ¿no? Estamos más cerca nosotros, los obreros y la Guardia Civil, que ustedes y los empresarios. Nosotros nos vemos obligados a trabajar para llenar los bolsillos de los capitalistas, y ahora por cuatro perras mal contadas, protegen a estos bandidos con las armas. Es realmente un mal trabajo el suyo ¿no?

— A mí no me venga con estas cosas — contestó un guardia —. ¡Yo no quiero saber nada!

Los obreros iban acercándose a ellos, aunque sin le-

vantarse, hasta llegar a tocar con sus manos las metralletas.

— ¿Cómo es que se nos prohíbe entrar en nuestra empresa? ¿Es que os han enseñado al permiso oficial para cerrar, los amos? ¿Verdad que no? Pues ¡por qué no les apuntáis a ellos con vuestras armas! ¡Nosotros no hacemos huelga! ¡Nosotros queremos trabajar! ¡Son ellos quiénes han cerrado la empresa sin permiso de Gobernación! ¡Y esto es ilegal! ¡Ustedes se la podrían cargar, eh!

— No nos compliquen la vida. Nosotros cumplimos órdenes — protestó otro.

— Ustedes están en un error. ¡Ustedes deberían detener a los dirigentes de la empresa, por el delito de haber cerrado la fábrica sin el permiso oficial!

— Estas cosas díganseles al teniente; él nos ha mandado aquí.

— ¿Por qué no piden ustedes el permiso oficial de cierre?

— Pídanselo ustedes mismos. Si él nos manda marchar, nosotros no tenemos ningún interés especial en fastidiarles a ustedes.

— Como mínimo, lo que podéis hacer es no apuntarnos. ¡Nosotros no somos criminales!

— ¿Qué hemos hecho nosotros para que nos vigilen con la metralleta a punto, como a malhechores? ¿Es que les hemos hecho alguna mala jugada a ustedes?

De pronto, parece que al sargento se la subió la mosca y explotó:

— ¡Usted ya se está poniendo pesado! Déme su carnet de identidad. — le exigió, con el cañón del arma a pocos centímetros del pecho.

Este pequeño incidente, destruyó el intento de manobra de estorbar la tensión de los guardias.

— ¡Usted! ¡Salga de ahí detrás! — ordenó a uno que,

moviéndose moviéndose, se había infiltrado ya justo detrás de los guardias.

‘Ese tipo de reacción agotó la resistencia de dos hermanos que, levantándose y llorando a lágrima viva, dicen:

— Nosotros no podemos aguantar ya más esta situación. ¡Estos guardias nos haran daño, a la larga!

Los pobres temblaban. Sentían más frío del que realmente hacía. El miedo se había apoderado de ellos.

— Bueno. Nadie de nosotros está aquí a la fuerza. Si no podéis aguantar más, marcharos.

Uno de ellos, dirigiéndose al sargento, le dice:

— ¡Nosotros nos vamos, eh!

— ¡Y a mí que me cuenta! — contestó el sargento.
— ¡Váyanse!

Y se fueron, diciendo tímidamente adiós a sus compañeros.

Unos diez minutos después de la marcha de los dos hermanos, acabó la operación de rescate de la ropa y demás útiles. Había durado unas tres horas. Al poco rato aparece el teniente, con la fusta bajo el brazo y sacudiéndose las manos, y con aires de buenazo les dice:

— ¡Bueno! ¡Ya tenéis lo que queríais! ¡Ahora ya os podéis largar de aquí!

— ¡El despido ha sido injusto y nosotros no nos moveremos! — protesta una voz.

— ¡Ya estoy hasta las narices de todo esto! — dice el teniente, amoscado —. ¡Levántense o les echamos a bofetadas!

Fue dicho en tono perentorio y al mismo tiempo invitaba con un gesto a los guardias a que desalojaran el patio de la empresa.

— Hasta ahora les hemos trato muy bien — continúa, pero ahora empezará la mala leche aquí.

— ¡Sí, sí, muy bien! ¡Ya está visto que nos tratan muy bien! — comenta una voz.

Seguidamente se levantaron y salieron del recinto acompañados por las miradas de los guardias, nueve en total. Pero cuando estaban a unos 5 ó 6 metros fuera de lo que era propiedad de la empresa, se sentaron de nuevo por el suelo, en medio del camino.

— He dicho ¡¡LAAAAARGO!! — vocifera el teniente.
— ¡Se me está acabando la paciencia! ¡Tendremos que actuar duro con vosotros!

Y entonces avanzaron los nueve hacia los obreros: el teniente al frente, y los demás alineados de manera que parecía que una punta de lanza se les echaba encima. No obstante, ellos, de momento no se movieron.

Mientras se van acercando se oye una voz:

— ¡Ahora estamos en la calle que es de todos! ¡De aquí no nos pueden echar!

— ¿Nooooooo??? — brama el teniente.

Y se mete en el grupo y empuja para obligarles a levantarse. Los guardias se meten también por medio, para desbaratarlos y poderles echar; empujan con las culatas, amenazan, pero no pegan. Por unos momentos se cruzan entre los compañeros miradas muy significativas: ¡¡Ahora son nuestros!! ¡¡No podrán disparar cuerpo a cuerpo! ¡¡Somos siete u ocho contra uno!! ¿Intentemos desarmarlos? ¡Ha sido una maniobra temeraria! ¿Qué hacemos? ¿Les damos un buen escarmiento?

Pero no había seguridad absoluta de que todos siguieran. ¡No se habían puesto previamente de acuerdo, para una acción como ésta! Además, no acababan de ver claro que pudiera favorecerles un enfrentamiento directo de ese tipo. Finalmente abandonaron estas fantasías y poco a poco, sin perder el pulso, siguieron retrocediendo, primero empujados por los tricornios, y vigilados y

seguidos a distancia después, hasta que llegaron a la carretera general.

Les pareció que habían hecho todo cuánto había que hacer, dadas las circunstancias, y quedaron en que el día siguiente por la mañana, se reunirían todos bajo los pinos, para celebrar una asamblea general, y vigilar, de paso, que nadie entrara al trabajo.

Eran, más o menos, alrededor de las dos de la tarde.

EMPIEZA LA HUELGA

El miércoles, 6 de noviembre, celebraron la primera asamblea en un pinar cercano a la empresa.

A primera hora de la mañana, había ya un grupo de seis o siete que velaban los movimientos de la Guardia Civil, que no se había movido durante toda la noche.

A las nueve estaban ya todos y dio comienzo la asamblea. Un piquete seguía vigilando.

Al momento quedó claro que ellos no se sentían despedidos, sino que estaban en huelga general. Era evidente que la empresa, tan pronto pudiera, haría una oferta de reingreso a la mayoría de los trabajadores y sólo se negaría a admitir a los que creyera más responsables del conflicto. Esto les advertía que debían partir de esta perspectiva, si querían tomar de nuevo la iniciativa.

Volvió a ponerse en consideración, si se creía viable el reingreso de TODOS, o no entrar ninguno. Todos, sin la menor duda, afirmaron que las cosas había que encarrillarlas por este camino: O TODOS O NINGUNO.

Ante tal unanimidad era necesario ya desde el comienzo, unificar el objetivo a perseguir a fin de evitar que se desperdigaran las energías de todos ellos. Fue una frase redonda la que centró las cosas radicalmente: « O volvemos a entrar todos o arruinamos a la em-

presa ». La frase sonó bien en todos los oídos. O VOLVEMOS A ENTRAR TODOS, O NO ENTRA NADIE Y ARRUINAMOS A LA EMPRESA.

Este era el objetivo de su lucha. Este resultado era el único que podía tener categoría de ejemplaridad, desde el punto de vista de la eficacia. Si lograban arruinar al empresario, éstos aprenderían la lección y sabrían que con la clase obrera no se puede jugar.

Como que se trataba de mantener la huelga el tiempo máximo posible, hasta que el empresario cediera o hasta que la empresa se desmoronara, había que lograr, ante todo, VIVIR, ellos y sus familias.

Se apuntaron tres caminos para esta necesidad ineludible:

a) El que pudiera encontrarse, a título provisional, algún trabajo que les permitiera ganar el mínimo para vivir y poder resistir.

b) Como que conocían algunos simpatizantes relacionados con talleres, posiblemente podrían proporcionarles algunos trabajos que aportaran dinero para el mantenimiento de la huelga.

c) Un tercer camino, era hacer un llamamiento de solidaridad a Comisiones Obreras y a todas las fuerzas organizadas de Barcelona. Hacía un año, que desde toda la Península, e incluso del extranjero, había llegado dinero a los trabajadores de Laminación de Bandas en Frío de Echevarri, en apoyo de su gran lucha. El mundo obrero es generoso cuando sabe que los hermanos de lucha tienen dificultades. Saben que un día les tocará a ellos tomar la iniciativa y que también podrán contar con los demás.

Se creyó necesario saber qué capital mínimo había que recoger cada semana, que permitiera sostener la huelga. La primera semana estaba prácticamente resuelta, puesto que en la caja de resistencia había unas

15.000 pesetas de la cotización de unos meses antes. Y aproximadamente de 15 a 18.000 pesetas, eran necesarias cada sábado para que todos pudieran irse a casa con el mínimo. Algunos de los solteros renunciaron a cobrar, pues en sus casas, de momento, les mantenían.

d) Un medio indirecto para el objetivo final, era evitar que alguien de otras empresas entraran a trabajar en la suya, con sus máquinas. Si no lograban esto, su causa estaba perdida. Era necesario pues, que corriera la voz por las empresas de los alrededores y las del ramo del metal, de que nadie aceptara un puesto de trabajo en la empresa Blansol. Si alguien no quería la consigna, se trataba de hacerle una cara nueva, por esquirolo, y por traidor a la propia clase.

Se formaron comisiones para cada una de estas tareas, y se decidió que se revisaría diariamente el trabajo de cada una de ellas.

Serían alrededor de las dos del mediodía cuando acabó la asamblea. En la empresa no hubo movimiento alguno. Sólo algunas visitas del teniente de la Guardia Civil a las parejas que continuaban rondando alrededor del edificio. Decidieron marcharse todos a casa. De todas formas, quedaron en que los que pudieran, harían cada mañana acto de presencia, y se nombró un piquete de huelga que asegurara la vigilancia de la empresa desde primera hora.

Aparentemente la empresa no se había movido. Pero al llegar a casa, varió enseguida su opinión. ¿Qué había ocurrido mientras ellos estaban reunidos bajo los pinos en estado de alerta?

Con seguridad debieron reunirse Sol, Juliá, Pedret, Trilla — viajante — Sala — cajero — y el abogado de la empresa. Se organizaron en grupos de dos, se repartieron las direcciones de los huelguistas — ¡aunque

no de los que habían decidido despedir! — y visitaron sus casas, con la premeditada finalidad de asustar a las mujeres, y crear mal clima en la retaguardia de los compañeros. ¡El golpe no podía ser más bajo y repugnante!

Dijeron prácticamente lo mismo en todas partes:

« Mire, señora, nosotros sólo venimos a advertirla. Nosotros queremos que su marido vuelva al trabajo. Este cierre es provisional. Nosotros sólo venimos a decirle que se presente, que será admitido de todo corazón. Lo que ha ocurrido, es que su marido se ha dejado influir por cuatro cabezas de chorlito, y entonces hace lo que no debiera hacer ».

« Le seré franco — decía el otro, echándole un cable — estos tres o cuatro cabezas de chorlito, a quien se refiere, ¡son comunistas! ».

« Nosotros veníamos con la intención de hablar con su marido. Pero puede decírselo usted misma. Convénzale para que vuelva al trabajo, y ¡aquí no ha pasado nada, señora! Además, piense que si no volviera, las cosas podrían complicarse. Fácilmente podría intervenir la policía... y esto es siempre muy desagradable, aparte los perjuicios que pueda reportar, interrogatorios, etc. etc. ».

Cunado llegó el marido a comer, en muchas casas hubo gritos, rabietas, lágrimas, morros... Realmente un golpe bajo, de traidor.

Pero no en todas partes les salieron las cosas tan mondas y lirondas. En cuatro o cinco casas les echaron escaleras abajo.

Las cosas también resultaron así:

« ¿Que la empresa le aceptará, y acaba de despedirlo apuntándole con metralletas como si fuere un malhechor? ¡¡Arre ahí!! Han equivocado la puerta. ¿Es que no pueden hablar con ellos de estas cosas? ¿Es que qui-

zá teneís miedo, perritos falderos, que sólo os atrevéis con mujeres? ¿Es que no sabéis que en estos momentos están velando la empresa? ¡Llamadles y vendrán a hablar! Pero está visto que sólo os atrevéis con... ».

En otra casa abrió la cuñada que, de momento, incluso les permitió entrar. Pero tan pronto se dio cuenta de lo que pretendían, les espetó:

« ¡Ustedes, los explotadores, quieren que convenza a mi cuñado! ¡¡Ruines!! ¡A puntapiés os echaré de mi presencia! ¡Ya podéis marcharos de esta casa! ¡Aquí no tenéis nada que hacer, y trabajitos como éste, menos aún! ¡A mi cuñado ya le mantendremos nosotras! ¡Ya me oiría si se atreviera a pedir trabajo sin que fuera un acuerdo de todos sus compañeros!

El jueves, día 7, muy de mañana había ya unos veinte compañeros para continuar el piquete de huelga. Les escamaba la maniobra de la empresa, invitando a trabajar a la mayoría de ellos. No creían que, de momento, hubiera bajas. La moral del grupo estaba a muy alto nivel.

De pronto ven llegar la camioneta de la empresa con los administrativos. La siguen hasta la explanada y los reciben con un gran abucheo e insultos de ¡rompe-huelgas! ¡esquiroles! ¡ya llega la guardería infantil! ¡son niños de pecho aún! ¡lo que son, es unos hijos de puta!... Y una pitada final les obliga a desaparecer. Interviene la Guardia Civil con evidente desgana, y manda a los del piquete que se alejen de allí.

Volvieron todos hacia el pinar. Hacía frío. Una hora después, una pareja de guardias llegó hasta la carretera general. Debieron de comunicar la pitada, y seguramente recibieron órdenes de vigilar de más cerca.

En la reunión que celebraron más tarde para tratar de los hechos ocurridos, la entrevista con los abogados, contactos con Comisiones Obreras, la visita domiciliaria

de los enviados del Sr. Sol, la entrada sorprendente de los administrativos todos en masa, etc. hicieron un descubrimiento: de momento, les dolió que todos los oficinistas menos uno, se hubieran incorporado al trabajo. Era un acto de esquirolismo y de insolidaridad. Pero después se dieron cuenta de que la empresa, admitiéndolos de nuevo, no había hecho otra cosa que atarse la soga al cuello. Ahora tendría que seguir pagando el jornal a los administrativos, y en cambio, no se produciría nada en absoluto. La sangría económica de la empresa, tomaba así, un proceso acelerado de desgaste.

Alrededor de la una, un grupo numeroso bajó a pasear por la carretera. Se trataba de hacer visible su huelga-despido. La pareja de guardias paseaba en dirección contraria.

De pronto, pasa en su coche, el viajante de Blansol, Sr. Trilla. Recibe la pitada correspondiente, y seguidamente le saludan con un ¡caaabróón!

El, haciéndose el chulo, para el coche y sale. El grupo se acerca. Al encararse, él pretende fulminarlos con un desafiante:

— ¡Esto, no me lo dice uno de vosotros cara a cara!

Uno del grupo se abre paso rápidamente y tocándole la barbilla le dice:

— ¡¡Tú, eres un mierda seca!!

Y viendo que no reacciona, me lo agarra por las solapas escupiéndole en plena cara un solemne y pausado ¡¡ C A B R O N !!

— ¿Ves? uno solo también te lo dice — continúa, sin soltarlo.

— ¡Tú eres un comunista! — le increpa Trilla, con voz entrecortada —. ¡Los hombres como tú, sobran en España! ¡Tu puesto está en la cárcel o en el extranjero!

¡Has causado mucho mal, tú, a la empresa y a todos los trabajadores, a la gente la tienes engañada.

— ¡Desgraciado! No causamos mal a nadie, por luchar a favor de la clase obrera. Y tú, aunque no quieras, eres clase obrera. ¡Y también luchamos por tí, aunque ahora seas un esquirol! — le dijo el obrero, soltándole.

— ¡Echémosle a la balsa! — propuso uno. (había una para el riego, al lado mismo de la carretera).

— No, no. Dejémosle. — repuso otro —. Ya tiene bastante. Ahora lo que pretende es provocarnos, que le zurremos, para después hacer intervenir a la Guardia Civil.

Todas las miradas convergieron en la carretera, intentando descubrir a los guardias. Allí estaban, aunque lejos. ¡De nada se habían enterado! Seguían su paseo de espaldas al grupo. Así que lo soltaron y él se largó rápidamente.

Decidieron que el día siguiente formarían el piquete sólo un par de grupos reducidos y por turno.

Debían seguir adelante con los compromisos que habían adquirido las diversas comisiones.

En casa les esperaba una nueva sorpresa.

Esta mañana, había visitado la casa de los que vivían en la ciudad, la policía secreta, y la Guardia Civil, la de los que vivían en Cornellá, La Llagosta, Ripollet, Palau u otros pueblos vecinos.

El susto, en muchas de sus mujeres, había llegado a desbordar momentáneamente su resistencia. La sola presencia de la policía o la Guardia Civil, asustaba a las mujeres y esto era precisamente lo que pretendían. Decían:

« Señora, es un informe » y seguidamente hacían preguntas de ese tipo:

« ¿Está en huelga su marido? ¿Tiene amigos comunis-

tas? ¿Celebra reuniones aquí, en su casa? » ¡Era más que suficiente!

A pesar de todo, esta visita les descubrió a todos, de manera evidente, algo que habían visto ya con motivo de la presencia de la Guardia Civil vedándoles la entrada a la empresa, y sobre todo en aquella pregunta: ¿QUE HAGO?

Ahora habían recibido de la empresa la orden de actuar. Tenían la misión de actuar en la retaguardia del frente obrero — sus hogares — después del sondeo de reconocimiento que los altos cargos habían realizado el día anterior.

Los obreros sabían ahora que tenían que enfrentarse, no sólo con el amo — un capitalista más — sino con toda la clase capitalista, con el Estado — el de ésta, claro — y sus fuerzas de policía. Ahora sabían que el objetivo último y principal del mundo obrero, era esencialmente político; ahora veían claro que el camino para resolver sus problemas, era sólo uno: la revolución socialista. Así como ahora los capitalistas tienen el Gobierno a su favor, que los protege contra el deseo y esfuerzo de los obreros, para hacer triunfar la justicia, un día, a través de la revolución, los obreros formarán un gobierno que esté a favor del pueblo y persiga a los explotadores de cualquier hombre. A todos los millonarios que se han enriquecido con el sudor de los obreros; a todos los ladrones que se valen de las leyes vigentes para vivir suntuosamente, y con lujo desafiante, de las miserias del pueblo; a todos ellos, un día los obreros les escupirán en la cara por haber dejado de ser hombres y haberse convertido en bestias devoradoras de vidas humanas, y ser indignos de pisar esta tierra generosa que es de todos los hombres. Ellos han pretendido hacérsela suya, robando el derecho a existir como personas, a toda la clase obrera, obligándola a trabajar co-

mo esclavos, para ellos poder vivir regalados y en la abundancia. Un día, la mayoría de los hombres descubrirán esta injusticia terrible, y serán sentenciados todos los capitalistas del mundo, y con ellos, los gobiernos que los defienden.

La lección que les dio la policía en la visita a sus casas, vale sobradamente los momentos de discusión y tristeza que sufrieron sus mujeres.



LOS ESQUIROLES

Después de una semana de velar la empresa desde el pinar, decidieron no continuar. Habían soportado la lluvia y el frío, pero ahora se hacía cada día más difícil. Al ser un grupo numeroso comprobaron, después de echar cuentas, que les producía un desgaste económico considerable. Sólo los gastos de desplazamiento en el autobús Segalés, rebasaban ya las mil pesetas diarias, que representaban el semanal mínimo de un huelguista. Creyeron pues que valía la pena ahorrar 6.000 pesetas semanales.

También otro motivo les impulsó a abandonar la vigilancia masiva. Aunque servía para mantener el control y la unidad del grupo, retrasaba el trabajo de las comisiones nombradas, que debía constituir el esfuerzo más importante para la subsistencia de la huelga.

Pero el abandono de la vigilancia de la empresa por los motivos citados, ocasionó un gran contratiempo: la interrupción de la asamblea general diaria. Las comisiones empezaron a trabajar por separado, cada cual en su trabajo y aun sin quererlo, se desligaron.

Esta falta de control unitario provocó que los más débiles, o los que tenían más dificultades personales para mantener la huelga, perdieran moral poco a poco,

hasta acabar reincorporándose a la empresa como esquirolas.

Por otra parte la presencia permanente de la Guardia Civil, durante las 24 horas del día, que se prolongó hasta el 29 diciembre (aunque luego continuara, era sólo en horas de trabajo) no permitía ni la ocupación de la fábrica ni impedir la entrada física de los esquirolas. Limitar su acción de piquete de huelga a pitar e insultar al pseudo-encargado Buixadé y a los administrativos, les parecía una triste función.

La primera fractura por falta de un comité y una asamblea que aglutinara, se produjo entre los trabajadores de Palau de Plegamans, donde la acción de la empresa y de la fuerza pública era más intensa. Los tres primeros fueron: Corral, que claudicó a causa de su mujer y los hermanos Blanco.

Lo noticia de tal defección llenó de tristeza a los demás. Corral, incluso se había encarado con la Guardia Civil el día que estuvieron apuntándoles con las metralletas y se le quedaron el carnet de identidad porque les increpó: « ¿es que somos asesinos nosotros? ¿es que somos asesinos? » y le impusieron una multa. Aunque ahora se convirtiera en traidor, era difícil que hubiera olvidado la experiencia vivida.

Se reunieron para discutir qué debía hacerse. Finalmente, teniendo en cuenta que sus compañeros habían decidido libremente, quince días antes en una asamblea, mantener la huelga, comprendieron que su inesperado cambio de actitud era debido a coacciones de la empresa y de la fuerza pública. Si sus enemigos coaccionaban, ellos no podían quedarse con los brazos cruzados. Era necesario equilibrar sus presiones exteriores, haciéndoles una visita a domicilio.

La mujer de Corral les recibió llorando y murmurando. Compadecían a su compañero. Aun así, le hicie-

ron reflexiones sobre el compañerismo, la solidaridad, la traición a la clase obrera que esto suponía... El, les escuchó sin replicar. Sólo cuando acabaron les dijo: « Lo pensaré de nuevo. Perdonadme ». Pero el día siguiente continuaba en la empresa.

La acción corrosiva de la mujer no acabó aquí: Tenía en casa, a pensión, a un hermano suyo — un joven de 18 años — que al no claudicar como lo había hecho su marido, le echó de casa diciendo: « ¡Aquí no quiero vagos! » Este, se refugió en casa de un huelguista, en Barcelona. Su hermana escribió a la madre, que vivía en Andalucía, contándole « a su manera » cuán malo se había vuelto el hermano. La madre cogió el primer tren con destino a Barcelona, para poder hablar directamente con su hijo y saber hasta qué punto era cierto lo que la hermana contaba. Cuando le vio, y supo por él, qué sentido tenía su comportamiento, no sólo no le regañó, sino que le animó a seguir la lucha, ayudándole económicamente en aquellos momentos difíciles. Un compañero sentenció: « Un luchador como éste, no podía tener una madre que no fuera así ».

Visitaron también a los hermanos Blanco. Les recibieron con recelo. Se les notaba que tenían mala conciencia de su traición.

Dos días después, la Guardia Civil de Palau, llama al cuartelillo a todos los huelguistas de este pueblo y los somete a un largo interrogatorio. De este interrogatorio se desprenden dos actitudes bien radicales:

a) Los cobardes y lo débiles vuelven al trabajo. Entre ellos, Julio Castellanos, que vivía realquilado o a pensión en casa de Corral.

b) Los más fuertes se ven obligados a marcharse de Palau, porque la Guardia Civil les hace la vida imposible. Transcribimos uno de los interrogatorios:

Cabo de la Guardia Civil —. ¡Siéntese!

— No. Estoy bien de pie.

— Aquí nadie me replica. ¡Siéééntese!

— ¡Bueno, bueno; a mí no me chille!

— Yo digo todo lo que me pasa por los cojones y usted ¡¡a callar!!

— Pues yo, acostumbro decir todo lo que me pasa por la cabeza.

— ¡¡Cállese, o le meto una hostia que no se levanta más!!

(El relator no puede menos que citar aquí, aquella frase de Miguel de Unamuno: «...piensas siempre con los cojones, ¡por eso tienen siempre unas ideas tan cojonudas!» Las palabras del guardia civil de Palau, lo recuerdan casi literalmente).

El huelguista se ve obligado a marcharse a la capital con toda la familia. Provisionalmente vive en casa de un compañero, huelguista también, hasta que encuentra un piso y se aposenta definitivamente. Pero él, no claudica en su lucha.

En Barcelona también se interroga, en comisaría, pero no tan duro ni tan sistemáticamente como en Palau.

El resultado de todo ello fue que, al mes de la huelga, habían entrado los 27 esquiroleros, que si bien eran muchos de cara a la unidad, (una tercera parte de la plantilla) no eran básicos como para impedir la continuación de la huelga, ya que la mayoría eran oficinistas, mandos o los menos cualificados profesionalmente, (sereno, chóferes, personal de almacén, peón limpieza).

La empresa funcionaba mal, cuando funcionaba, porque el peso de la producción recaía sobre los especialistas y operarios, y éstos estaban casi todos despedidos o en huelga. Sólo unos pocos especialistas eran traidores, entre ellos Trinidad González — al que le faltaban dos dedos de la mano — y ningún operario.

Citaremos un caso a través de cual se pueden obser-

var las presiones a que estaban sujetos los obreros en lucha.

No citaremos el nombre, porque aquí sólo tienen nombre propio los traidores a la causa obrera. Es un joven de 19 años. Recibe la citación de la Guardia Civil. Escucha las explicaciones y el rollo, niega la acusación, calla y sale. Continúa no presentándose al trabajo. Su fidelidad es clara.

Esto indigna a la fuerza pública, que, bajo el pretexto de que es menor de edad, decide visitar a su padre.

Al llegar por la noche a casa hay graves discusiones entre padre e hijo. Interviene también la madre, primero a favor del hijo, pero logra convencerle de que, aun teniendo él la razón, debe obedecer al padre. Al día siguiente entra al trabajo.

La noticia llega al piquete de huelga, que decide visitar al padre.

— Voy a trabajar contra mi voluntad — les cuenta el joven.

— Ha impuesto su opinión a su hijo, y esto no está bien — le censuran.

— ¿Son ustedes comunistas? — preguntan.

— Somos obreros a quiénes están explotando. Es injusto y por eso hacemos huelga.

— Sí, pero mi hijo quedará fichado para toda la vida y...

— ¿Teme a la Guardia Civil, verdad? ¿Y a nosotros no nos teme? Pero no hemos venido a amenazarle. Hemos venido sólo, a darle explicaciones de nuestra conducta y de la de su hijo. Piénselo.

El hijo siguió trabajando en la empresa una semana más. Una noche llega a su casa y dice: a sus padres:

— Encontré trabajo en Mollet. Dejo la Blansol.

El padre asintió.

Al día siguiente mismo, el muchacho vino a pedirnos

que lo admitiésemos en las asambleas que celebrábamos. El quería ser del grupo de los huelguistas. Ya no trabajaba en Blansol. Se lo había ganado a pulso en su casa, y buscándose trabajo él solo a la chita callando. Si no lo aceptábamos se resignaba y comprendía. Pero « yo quiero estar con vosotros porque me siento uno de vosotros » dijo.

A través del testimonio y de las vicisitudes del joven, comprendieron muchas de las luchas internas y de los esfuerzos ignorados, tanto de los que abandonaron, como de los que, aparentemente, no habían tenido dudas ni resistencias que vencer.

En esta etapa de convencimiento a través de visitas domiciliarias, recuperaron dos compañeros. ¡El éxito no fue nada despreciable!

*

En esta lucha sorda a nivel de coacciones, hubo un choque de fuerzas: Un operario que vivía en casa de un compañero suyo, huelguistas ambos, con toda su familia, un buen día encuentra un piso a Barcelona y decide dejar la casa de Palau, e ir allí en busca de los muebles.

El 16 de diciembre alquila un camión, y a media mañana, con la ayuda de dos compañeros, se dispone a cargar los muebles.

Estaban en plena tarea cuando se presentan los hermanos Blanco, que contemplando el trajín empiezan a provocar:

— ¡Mira, mira en que situación se ven los revolucionarios! ¡Con la música a otra parte!

El interesado, sin paciencia para aguantarlo, se lanza sobre el charlatán provocador. El ataque fue tan impetuoso, que Blanco empezó a recibir golpes y ya en nin-

gún momento fue capaz de tomar la iniciativa. Los puñetazos contra la cara y el estómago, llovían a raudales.

A mitad de la pelea, aparece, como por arte de encantamiento, el Sr. Juliá acompañado de la Guardia Civil, precisamente cuando las tortas eran encajadas una tras otra. Habían entrado en el litigio los espectadores de cada bando. Resoplaban, los contendientes, al límite de sus fuerzas, uno cansado de dar, el otro cansado de recibir.

Suspenden la pelea y la Guardia Civil se lleva... ¿a quién suponéis? ¿a los provocadores que llegan en casa, para insultar y burlarse? ¡Pues no! Se llevan con ellos a los huelguistas. Los Blanco estaban protegidos por el Sr. Juliá.

Durante tres horas fueron interrogados sobre la huelga, su tozudez en no reincorporarse al trabajo y advertidos de las graves consecuencias que podrían derivarse de su comportamiento rebelde etc. etc. y finalmente se abrió un sumario.

Lo que no se ha sabido nunca es qué pretendía la empresa con este contraataque a un huelguista decidido. Alguien lo relacionó con el hecho de que los esquirolles de Palau, trabajaban con cierto pesar. La valentía del huelguista, al enfrentarse con la Guardia Civil, le había proporcionando un prestigio que quedó contabilizado en el ánimo de todos sus compañeros traidores. La empresa no los veía muy seguros en el trabajo, por eso preparó esta provocación, para tener un pretexto y poder actuar judicialmente.

Lo que no quedó nada claro, fue quién ganó en esta trampa preparada por la empresa. La denuncia no prosperó y Blanco quedó con un ojo a la funerala, dientes rotos y orinando sangre durante un par de días.

Debido a esta maniobra, el piquete de huelga decidió actuar con más profundidad y fuerza. Era necesario escarmentar y asustar a los esquirolas, a ser posible, con la misma intesidad que la Guardia Civil. Esto equilibraría los temores y dejaría al hombre capaz de decidirse, movido sólo por las razones internas del conflicto.

El primer golpe de fuerza se da en Sabadell. Resulta que la empresa, había llamado a los esquirolas para que fuesen a declarar contra los huelguistas. Al negarse, la empresa les amenazó con el despido, y entonces muchos « cayeron enfermos ». De los 25 que se habían incorporado al trabajo, cinco se presentaron al juicio: Buixadé, Trilla... Una vez en la Magistratura de Sabadell, y antes y después del juicio, se INSULTÓ, PEGÓ, PATALEÓ Y PINTÓ a los traidores que se presentaron a declarar a favor de la empresa, y también a sus amos, Sol, Juliá y Pedret (hablaremos de ello más adelante, en el capítulo de Magistratura).

La lección fue aprendida por todos los esquirolas. Al día siguiente, los que habían estado enfermos, acusaban a los que habían ido a declarar y se alegraban de las represalias de que habían sido objeto.

Pero no acabaron aún aquí, las acciones para hundir la moral de los rompe-huelgas. El 21 de diciembre, cuatro días después del juicio de Sabadell, unos 30 huelguistas esperaban en el paseo de Fabra y Puig — de Barcelona — la llegada del coche de la empresa. Al llegar bajan de él tres esquirolas: entre ellos el jefe de equipo J. Heras, quien no se cansaba de repetir en el taller y entre los esquirolas, que de todo lo sucedido, sólo tenían la culpa cuatro hijos de puta que todo lo embrollaban. Que nadie hiciera caso de ello, que Sol no era mala persona, etc.

Al encontrarse frente a él, un huelguista le propina un puñetazo. Se trataba de cerrar aquella boca. El hermano de Heras empezó a gritar: « ¡no le pegues, no le pegues! » Pero el puño seguía machacando la cara. Lo que no se explicaba el huelguista, es que después de cada puñetazo que él daba a Heras, éste replicaba, pero el puño pasaba siempre a cuatro dedos de su nariz. Y así, hasta siete puñetazos en plena cara. Después, con un empujón y un « ¡largo de aquí, traidor! » Heras y su hermano se marcharon.

— ¿Has visto? — comentó el « pegón » a su vecino — ¡no me acertó ni una sola vez!

— Caramba chico, y ¿no sabes por qué? Pues porque yo lo tenía agarrado por el cogote y cuando dabas tú, te lo acercaba y cuando le tocaba a él, te lo separaba. Y ambos se rieron a mandíbula batiente.

Entretanto la masa de huelguista rodeaban a Cerqueira en medio de la carretera, parando el tráfico y gritándole insultos y pegándole puñetazos y puntapiés como si fuera un perro sarnoso. ¡Daba pena! Por lo menos Heras, había intentado defenderse. Cerqueira, en cambio, se sentía humillado, avergonzado, asustado...

Los ciudadanos que por allí pasaban preguntaban: ¿qué ocurre? y les llovían estas respuestas:

¡SON ESQUIROLES! ¡HAN INTENTADO HACER FRACASAR UNA HUELGA! ¡SON TRAIADORES A LA CLASE OBRERA Y AL COMPAÑERISMO!

Y mientras alguien murmuraba « ¡no seáis bestias! » otro decía « tienen el castigo que merecen » y un tercero comentaba « ¡a estos traidores, deberían matarlos a todos! ».

El final quedó rematado con algún grito esporádico de « Viva Comisiones Obreras ».

Pocos días después se repitió la acción represalia, con otro grupo de esquirolas que vivían en Cornellá.

Esperaron la llegada del autobús cerca del campo del « Barça ». Este día eran quince compañeros huelguistas, más el refuerzo de una veintena de estudiantes. El grupo cercó el autobús y llamó la atención de los transeúntes. Uno de los huelguistas tomó la palabra y gritando, para que le oyera todo el mundo, dijo:

— ¡¡ESCUCHAD!! Aquí hay tres hombres de la clase obrera que nos han traicionado. Aunque no a nosotros personalmente, sino a la clase obrera a la cual pertenecen son esquiroles y rompe-huelgas y ¡eso no puede quedar así!

Y ante el pasmo general comienzan a llover sobre los esquiroles tomates y más tomates maduros, dejándoles para el arrastre mientras huían amilanados. Uno de los tomates, lanzado por un estudiante, dio a un hombre que pasaba por allí, que protestó casi jocosamente:

— ¡Yo no, eh!

— ¡Oh, perdone! — rogó el estudiante.

— Nada, nada. No hay nada que perdonar. Un tomate no es nada. ¡Y estos hombres lo merecen!

Resultado de esta escalada del piquete de huelga, fue la recuperación de otro compañero, que había claudicado ante las presiones y solicitaciones de la empresa. Los frutos no eran en realidad espectaculares, pero tampoco podía decirse que los esfuerzos fueran inútiles.

*

El piquete de represalias puso en circulación una nueva arma contra los esquiroles rompe-huelgas. Dar a conocer su cobardía y traición a los vecinos de la calle o barrio donde vivían. Ello creaba una atmósfera asfixiante a su alrededor, avergonzándoles ante la opinión pública. Era conveniente denunciar la traición, y había

que localizar el foco de la epidemia, por aquello de que es mejor prevenir que curar.

La primera hoja ciclostilada se dedicó a Ramón Buixadé:

VECINOS DE LA CALLE HOSPITAL

Trabajadores:

Los obreros de la empresa Blansol de Palau de Plegamans, llevan desde hace muchos meses una resuelta lucha contra el capitalismo explotador.

Estos trabajadores después de una serie de peticiones de aumento de sueldo y ante la negativa constante de la dirección, iniciaron en Julio del pasado año, bajo rendimiento a fin de que la empresa accediera a sus peticiones.

En el mes de octubre volvieron a plantear el aumento de sueldo limitándolo a las categorías peor remuneradas. La empresa se niega, y ante la postura unida de los trabajadores, sanciona al Jefe de Taller por mostrarse solidario con ellos, y al producirse paros, despide a un trabajador primero y más tarde cierra la empresa durante una semana, y después despide a diecinueve (19) trabajadores.

Los obreros de Blansol de una manera completamente libre y bajo el lema de « O TODOS O NINGUNO » deciden no ir a trabajar, hasta que sean readmitidos todos los despedidos, llevando más de dos meses en esta actitud.

Hasta el momento del cierre la unidad de los trabajadores era total, con una sola excepción, pero a la segunda o tercera semana de huelga hay que lamentar que unos pocos trabajadores, traicionando a sus compañeros y traicionando su misma palabra, entran a trabajar, haciendo más difícil la victoria de sus compañeros que continúan en la lucha.

Pero si vergonzosa es la actitud de estos trabajadores, más vergonzosa e indignante es la actitud de *Ramón Buixader* que vive en esta calla Hospital n. 103, el cual denunciarnos públicamente como ESQUIROL y CHIVATO.

El ha sido el que con su postura egoísta, ha hecho más

daño a la lucha de sus compañeros. Como que era el *único* en toda la empresa que no firmaba las peticiones de aumento de sueldo, la empresa lo recompensó subiéndolo de operario a mando, ocupando el sitio del Jefe de Taller mencionado, lo cual provocó la indignación de todos los trabajadores.

Y además de esto, y de ser el primero de la minoría de esquiroles que entraron a trabajar, el día del Juicio, en la Magistratura de Trabajo, se presentó a declarar contra todos los trabajadores en huelga de Blansol. Ya no cabía una traición más grande para demostrar su condición de PERRO FIEL del empresario.

Esto es indigno de un trabajador, y es una vergüenza para todos los trabajadores, y, aún más, para los trabajadores y vecinos de nuestra calle.

Vecinos de la calle Hospital:

Trabajadores: Apoyemos la lucha de los trabajadores de Blansol, luchemos unidos contra los esquiroles. ¡QUE NADIE LE HABLE A RAMON BUIXADER!

¡¡¡BOICOT A LOS TRAIADORES!!!

VIVA LA LUCHA DE LA CLASE OBRERA

Otra hoja fue destinada a Rodríguez, encargado de prensas:

VECINOS DE LA CALLE SAN MATEO

Trabajadores:

Los obreros de la empresa Blansol, de Palau de Plegamans, llevan desde hace muchos meses una resuelta lucha contra el capitalismo explotador.

Estos trabajadores después de una serie de peticiones de aumento de sueldo y ante la negativa constante de la dirección, iniciaron en Julio del pasado año, bajo rendimiento a fin de que la empresa accediera a sus peticiones.

En el mes de Octubre, volvieron a plantear el aumento de sueldo limitándolo a las categoría peor remuneradas. La empresa se niega y ante la postura unida de los trabajadores

sanciona al Jefe de Taller por mostrarse solidario con ellos, y, al producirse paros despide a un trabajador primero, más tarde cierra la fábrica durante una semana y después despide a diecinueve (19) trabajadores.

Los obreros de Blansol, de una manera completamente libre, y bajo el lema de « O TODOS O NINGUNO » deciden no ir a trabajar hasta que sean readmitidos todos los despedidos, llevando más de doce meses en esta actitud.

Hasta el momento del cierre los trabajadores de Blansol demostraron una gran unidad, pero a la segunda semana de huelga, y cuando todo hacía presagiar una pronta victoria de los trabajadores (pues la fábrica no producía y se perdía mucho más que si se hubiera accedido a las peticiones de los trabajadores) es entonces cuando unos pocos trabajadores, traicionando a sus compañeros, traicionando su misma palabra, entran a trabajar haciendo más difícil la victoria de sus compañeros que continúan en su lucha.

Esta es la actitud de una minoría de trabajadores de Blansol que no han vacilado en traicionar la lucha de sus compañeros y la lucha de toda la clase obrera para satisfacer sus intereses egoístas.

Y esta es la actitud de un vecino de esta calle, de FRANCISCO RODRIGUEZ, que vive en el número 4, piso 1° 2ª, al cual denunciarnos públicamente como *esquirol y rastrero*.

El, habiendo dado su palabra — como todos — de continuar adelante, pues lo que se pedía era de la más elemental justicia, fue uno de los pocos que entró a trabajar rompiendo la unidad.

Esto es indigno de un trabajador y es una vergüenza para todos los trabajadores, y aún más para los trabajadores y vecinos de nuestra calle.

Vecinos de la calle San Mateo:

Trabajadores: Apoyemos la lucha de los trabajadores de Blansol. Luchemos unidos contra los Esquiroles. Que nadie le hable a FRANCISCO RODRIGUEZ.

¡¡¡BOICOT A LOS TRAIADORES!!!

VIVA LA LUCHA DE LA CLASE OBRERA.

También se hizo otra parecida a Cerqueira, encargado de fundición, que al ser distribuida motivó que le fuera negada la entrada en el bar que él frecuentaba del barrio de Sants, y le proporcionó un puñetazo, por parte de un vecino, en una discusión que sobre ello sostuvieron.

Se creyó que podría ser útil extender la campaña de descrédito a los traidores por todas las poblaciones vecinas a la empresa Blansol, no fuera que ésta se lanzara a buscar mano de obra por aquellos pueblecitos semi-agrícolas, tentándoles con un sobresueldo, añadido a las tareas del campo.

He aquí el llamamiento:

TRABAJADORES: Pueblos de Palau, Caldas, Santa Perpetua.

Los trabajadores de la empresa Blansol de Palau, están llevando, desde hace seis meses, una valiente lucha para conquistar sus derechos más elementales. Sus peticiones eran: aumento de salario para el peón y el especialista que los cobraban muy bajos.

Después de haber presentado muchas veces sus peticiones por escrito y ante la negativa constante de la empresa inician el mes de Julio bajo rendimiento en señal de protesta. Es por este motivo que la empresa en el mes de Octubre, sanciona a un cambio de puesto a un trabajador y despide a otro. Ante esta actitud los trabajadores se manifiestan unidos varias veces en diversos paros, y de una manera libre y natural deciden continuar la lucha con una idea que les da fuerza: « O TODOS O NINGUNO ».

Es en el mes de Noviembre cuando la empresa decide hacer la huelga de empresario y cierra las puertas durante diez días, despidiendo a diecinueve trabajadores. Los trabajadores reaccionan unidos una vez más, y deciden no volver al trabajo hasta que sean readmitidos los despedidos.

Después de mantenerse en esta actitud durante varias semanas, y teniendo próxima la victoria, pues el empresario no se hubiera podido mantener con la fábrica parada, es

aquí cuando unos pocos esquirolas, rompiendo la unidad y traicionando a sus compañeros y a su misma palabra vuelven a entrar en la empresa con la cabeza baja. Tenemos que lamentar que estos pocos esquirolas, son la mayoría de Palau y Caldas.

Compañeros: Es vergonzoso, que ante la actitud firme de unos obreros que luchan por conseguir lo que les pertenece, haya otros trabajadores que olvidando su deber de solidarizarse han traicionado a la clase obrera entrando a trabajar ocupando el puesto de los obreros despedidos. Esta actitud indigna es la de otros trabajadores de Palau y Caldas que dejando trabajos que ya tenían han entrado a trabajar en Blansol traicionando a sus hermanos de clase.

Llamamos a todos los obreros y a los pueblos de Palau, Caldas y Santa Perpetua que hagan el boicot a todos los esquirolas demostrando el desprecio que la clase obrera siente por aquellos que venden su deber por un poco de dinero, negándole el saludo y denunciando su cobarde acción hasta que vuelvan a abandonar el trabajo.

Esto no es un hecho aislado que les ocurre a unos trabajadores, en tal o cual empresa, o el problema de los obreros de tal o cual nación; esto es la consecuencia del sistema capitalista que basa sus principios en la explotación del hombre por el hombre. El capitalismo se une para la defensa de sus intereses que son los de explotarnos; la alternativa que nos queda a la clase obrera es unirnos y organizarnos en los puestos de trabajo, creando comisiones de obreros que dirijan la defensa de nuestros intereses.

Solidaridad con la lucha de Blansol.

Boicot a los Esquirolas. En nuestros pueblos no hay lugar para traidores.

La fuerza de los obreros es la unidad y la organización.

QUE NADIE ENTRE A TRABAJAR EN BLANSOL.

Estos servicios a la causa, a través de la prensa clandestina ciclostilada, se extendieron también a las empresas vecinas, a fin de que ningún obrero se dejara ganar por

el espejismo de un sueldo más elevado, y abandonara su trabajo para ocupar un puesto en la Blansol. Los sondeos que hizo la empresa Blansol en este sentido, cayeron en el vacío, recibiendo el silencio como respuesta. Igualmente llegó esta solidaridad indirecta, hasta las escuelas profesionales de Barcelona, para que ningún obrero aceptara un puesto de trabajo en tales circunstancias.

La lucha, a través del papel clandestino, llegó incluso a límites de solidaridad sublime, al denunciar a la empresa ROCA-RADIADORES S.A. por el hecho de que concedía ayuda financiera a Blansol, con el fin de sacarla de su situación de crisis aguda. (Roca era cliente de Blansol).

Después de exponer los hechos ya conocidos la hoja acababa diciendo:

...a pesar de ello los trabajadores se mantienen en su actitud y cuando la empresa les va llamando para que se reintegren a sus puestos de trabajo, bajo la consigna de TODOS O NINGUNO la inmensa mayoría decide no volver, a fin de solidarizarse con los compañeros que la empresa tenía previsto no admitir. Únicamente unos pocos esquirols rompieron el acuerdo, traicionando a sus compañeros.

Hace más de un mes que los trabajadores se mantienen en esta actitud, yendo la empresa hacia la bancarrota, ya que los esquirols son los profesionalmente más ineptos. La empresa ni podía pagar sus letras y todo hacía presagiar una inminente victoria de los obreros en su lucha.

Ante ésto, ROCA RADIADORES, S.A. viendo la victoria de unos trabajadores sobre el capitalismo, apoya directamente a los explotadores de Blansol, intentando sacarlos del pozo en que la misma explotación los ha colocado, financiando a la empresa para que pueda resistir la huelga.

¡¡COMPAÑEROS!! No es el Estado español, ni la INI, ni PEGASO, ni SEAT ni los grandes centros de explotación

los que apoyan a aquellos que ahogan a nuestros compañeros de BLANSOL. Es ROCA RADIADORES S.A. la misma empresa que nos está oprimiendo, la que colabora en la opresión y ahoga directamente a nuestros compañeros y sus familias. ¡¡¡YA NO ES SOLO UNA EMPRESA EXPLOTADORA SINO QUE SE HA CONVERTIDO EN TUTORA DE EXPLOTADORES!!!

Ante este hecho no podemos permanecer pasivos. COLABOREMOS con nuestra aportación tanto económica, como en la lucha, para contrarrestar el mal que ROCA está haciendo a nuestros hermanos, los obreros de BLANSOL ¡¡¡ PROTESTEMOS HAGAMOS PAROS, CELEBREMOS ASAMBLEAS, y solidarizándonos con BLANSOL digamos a nuestros compañeros: OBREROS DE BLANSOL, LOS OBREROS DE ROCA ESTAMOS CON VOSOTROS!!!

UNIDAD-UNIDAD-UNIDAD

Comisión Obrera de ROCA-RADIADORES S.A.

Los periódicos del día 4 de enero, dejaban constancia de esta campaña de papeles clandestinos, con la siguiente nota:

OCTAVILLAS EN RELACION A LA EMPRESA « BLANSOL »

Caldas de Montbuy, 4. - Numerosas octavillas de carácter clandestino aparecieron diseminadas por la amplia explanada en que se hallan las cocheras de autobuses de Caldas, a la entrada de la población. Asimismo se encontraron octavillas iguales frente a la mayoría de fábricas situadas en la carretera, entre Palau de Plegamans y Santa Perpetua, así como en Sentmenat.

Todos los citados impresos hacían referencia al problema laboral planteado en la empresa « Blansol », dedicada a la estampación de metales no férreos, y cuya factoría se encuentra en la localidad de Palau de Plegamans. Europa Press.

La lucha de los trabajadores de Blansol era noticia continua en aquellos días, no solamente en la prensa oficial, como hemos visto, sino también en todos los pe-

riódicos clandestinos como El Boletín Metal, Proletario, Treball, Bandera Roja, Mundo Obrero y otros. Es de destacar la información en la facultad de Económicas sobre la lucha de Blansol, a base de carteles confeccionados por los mismos estudiantes y que fueron defendidos cuando la policía intentó retirarlos.

LA RESISTENCIA.

La acción de represalia contra los esquirols, para mantener la unidad de la lucha que es donde reside la fuerza obrera, era muy importante pero no les permitía sobrevivir. Y como que la fuente de riqueza del obrero, radica en su trabajo, creyeron que su resistencia debía estar apoyada con el propio esfuerzo. Este fue el planteamiento y acuerdo tomado en una de las asambleas.

El primer paso fue constituir una « bolsa de trabajo ». Se creó un equipo que cada día revisaba las ofertas de trabajo de los periódicos, para presentarse rápidamente a ocupar la plaza. También se recorrían las escuelas profesionales, que a menudo reciben peticiones de trabajos especializados. Por este medio, algunos de ellos dejaron de ser una carga económica para la lucha contra la empresa Blansol.

Se halló una segunda solución. Pudo disponerse por un tiempo, de un local en el que había alguna máquina vieja. Se movieron por los cuatro costados y afilaron la imaginación. Los resultados fueron los siguientes:

Empezaron por fabricar unas plaquitas de fórmica, en las que estampaban el nombre del interesado. Eran para colocar en los buzones de vecindad. Pero resultó un fracaso por no estar especializados. Después, fabricaron conos de broca. Este trabajo era seguro, en este

aspecto podían estar tranquilos. Pero había el inconveniente que disponían de pocas máquinas para dedicarse a ello, y la producción resultaba relativamente escasa. Un tercer trabajo — éste de categoría — les cayó en las manos: fabricar moldes o matrices para doblar plancha. Este trabajo ocupaba a los operarios más preparados. Por tales piezas pagaban 15.000 pesetas.

Pero sin duda alguna la ocupación más valiosa que plantearon, fue la de organizar una escuela de profesión acelerada, de un mes de duración. Si toda su lucha había comenzado por el deseo de que fuesen más retribuidos los peones de la empresa, bien podían destinar un tiempo de su esfuerzo, a promocionar profesionalmente a los menos preparados. Recordaron aquel refrán chino: « Si durante unos días doy un pez a un hombre, comerá; pero si durante unos días le enseño a pescar, comerá el resto de su vida ».

Así que solicitaron a la Dirección de una escuela profesional de noche, poder servirse durante el día, y por un mes, de las máquinas y útiles necesarios, y se lo concedieron. Entre peones y especialistas eran una veintena, y durante un mes, aquella actividad resultó apasionante. El entusiasmo con que se lanzaron a aprender y a perfeccionarse, fue un aliciente para los operarios que, improvisadamente, se convirtieron en maestros de oficio.

A la mayoría de ellos la lucha por la justicia en la empresa y su despido, les dieron la oportunidad única de promocionar. Como contraste, los peones que por su espíritu mezquino, fueron esquiroles, hoy siguen todavía igual. Su infidelidad al espíritu de justicia y su traición a los compañeros, los condenó para siempre.

Además, a los huelguistas, el hecho de trabajar juntos un grupo de más de veinte, les daba ocasión de reunirse en asamblea un par de veces cada semana, con el fin de revisar la situación de su lucha y en un momento de-

terminado, poder colaborar en las tareas de otras comisiones. Así mantuvieron la moral y la unidad.

El mes de aprendizaje transcurrió veloz. Daba fin pocos días antes de Navidad. Y esta coincidencia les pareció lo bastante importante, como para celebrar una exposición de los trabajos, en la intimidad de una pequeña fiesta.

Se invitó a todas las familias. No faltó una. E incluso algunas trajeron amigos. Las mujeres se emocionaron ante los trabajos de sus maridos, que ellos mismos se encargaban de valorar ante sus hijos y demás parientes.

Se comió turrón y se bebió champán. Se entonaron canciones navideñas y canciones revolucionarias. También resonó por los aires la alegría de los fandanguillos. Entre unas y otros se intercalaba un pequeño mitin, glorizando la unidad y la solidaridad obreras, el espíritu de justicia o las ansias de liberación y promoción que anidan en el corazón de los pueblos y en particular de la clase obrera.

Después del cursillo y de la exposición, empezaron a mandar los « nuevos especialistas » y los « nuevos operarios » a empresas que lo solicitaban. El choque fue intenso. Al verse ante el trabajo encargado como prueba, quedaban mirándolo diciéndose: « ¡No, no. Esto no sé hacerlo »! o « ¡He de practicar más aún... »!

Algunos quedaron admitidos a la primera prueba. Otros volvieron derrotados y tuvieron que presentarse tres o cuatro veces. Finalmente quedaron todos colocados. Pero la experiencia del aprendizaje había sido positiva. La mayoría continuaron después frecuentado escuelas profesionales. Cinco de ellos han llegado a operarios de segunda, y todos han superado el nivel de peonaje.



LA SOLIDARIDAD

Si bien era cierto que debían apuntalarse, sobre todo, en *su esfuerzo*, no lo era menos que *ellos solos*, no podían sostener una situación de provisionalidad de trabajo durante demasiado tiempo, si no se sentían apoyados en la lucha y económicamente, por todos aquellos capaces de hacer causa común con ellos. Se trataba, pues, de dar a conocer todo cuanto les estaba ocurriendo.

La primera acción de la Comisión, fue plantear la situación o Comisiones Obreras de Barcelona. Se aprovechó una Asamblea General — ¡la última masiva! — que se celebró por aquellos días en una gran sala parroquial. Asistieron a ella unas 400 personas. Estuvieron representadas las diversas ramas del Metal, Textil, Artes Gráficas, Construcción, etc.

Destacaron a 10 ó 12 compañeros de diversos ramos en la puerta, para que sólo permitieran la entrada a quienes eran conocidos.

La policía debió de tener alguna referencia del acto, pues dos compañeros hubieron de correr, cuando se acercaban al local, perseguidos por los « secretas ». Llegaron a la Asamblea a través y salvando escollos.

El espectáculo era realmente brillante. Imponía. En la presidencia había seis compañeros. La sala estaba llena.

Uno de los que presidía, abrió la sesión con unas pa-

labras acogedoras y de bienvenida a todos los asistentes; después hizo un balance de la situación general, y recabó de todos un interés especial para organizar « Comisiones de Empresa », y a través de ellas, articularse dentro de la problemática de las necesidades de los trabajadores de la propia fábrica.

Se dijo después que, por razones de seguridad, era conveniente que las asambleas masivas como la presente, no se celebraran sino en casos realmente excepcionales. La policía había recibido órdenes de desarticular Comisiones Obreras y hacerlas desaparecer. No convenía darles facilidades para tal tarea, por otro lado hoy ya imposible.

Después hubo una especie de debate sobre la actuación de algunos militantes del Textil, enlaces sindicales que, en un momento de discusión arrojaron el carnet por los suelos y renunciaron al cargo. Después de un debate sobre ello y de oír diversos puntos de vista, se leyó un documento con más de 12.000 firmas, redactado por los trabajadores del Textil en relación a problemas del Ramo (sobre la reestructuración que de éste se anunciaba).

Y finalmente, la presidencia concedió la palabra a uno de los obreros de Blansol. Su intervención estaba a la orden del día. En nombre de todos, habló un miembro de la comisión obrera de la empresa.

Hizo primero una exposición de los hechos — tú, lector amigo los conoces ya — y acabó su intervención diciendo:

« ...la presencia de la Guardia Civil, sirvió para que los trabajadores tomáramos conciencia política. Hasta entonces se luchaba contra el patrono, pero a partir de ello, ya nos dimos cuenta de que para luchar contra el capitalista hay que luchar contra el estado militar que está a su servicio.

Fue una lección práctica que valía más que muchos discursos, pues incluso los trabajadores más timoratos lo manifestaron allí mismo con frases como ésta: « Ese día no lo olvidaré en mi vida. Ahora veo que el enemigo no es sólo el capitalista, ahora me doy cuenta de que los capitalistas, el Gobierno y la Guardia Civil, son lo mismo ».

A partir de entonces la huelga que mantenemos los trabajadores de Blansol, ya no es una lucha contra un capitalista, sino que es una lucha contra la clase capitalista y su Estado, es una parte de la lucha general de toda la clase obrera contra el capitalismo.

Por todo ello y por el hecho de que Blansol, además del apoyo — como ya he dicho — del estado capitalista — personificado en la Guardia Civil — está también apoyada por otros capitalistas, es por lo que los trabajadores de Blansol pedimos solidaridad a todos los demás trabajadores, para poder llevar adelante la huelga para que así nuestra lucha pase a ser una lucha de la clase obrera ».

Siguió después la petición de extender la lucha, en solidaridad a otras empresas. Se habló de Plásticos Celulósicos y de otras empresas del Vallés. En JORESA, de Sardañola, parecía haber posibilidades, pues se informó que por aquellos días hubo paros — de media hora y una hora — y en las octavillas que distribuía la comisión obrera de JORESA, se hablaba de Blansol, intentando unir ambas luchas. (Desgraciadamente la detención, días más tarde, de los tres compañeros más combativos de JORESA, frustró tales esperanzas).

Finalmente se habló de la ayuda económica para mantener la huelga y hundir la empresa si no cedía a las justas peticiones de sus obreros.

Los compañeros de Pegaso hicieron entrega en aquel mismo momento de 20.000 pesetas, y seguidamente,

después de recomendar que en todas las empresas se recaudara todo lo posible, recogieron las aportaciones hechas sobre la marcha que sumaron 15.000 pesetas más.

En el último momento los encargados del control de la puerta, anuncian que al otro lado de la calle, veinte policías de la secreta están esperándoles. Se plantea qué actitud hay que adoptar. Se impuso la de no escabullirse cada cual por su cuenta, puesto que entonces la policía detiene los últimos en salir, y se los lleva a comisaría para interrogarles.

Salieron pues, silenciosamente, aunque quedándose agrupados cerca de la puerta. La policía, al aparecer los primeros ocho o diez, inició la marcha hacia ellos, pero al ver que continuaban saliendo y que nadie se movía de la acera, disimularon y reanudaron la conversación.

Transcurrieron unos minutos largos... Minutos de gran tensión. Los 400 obreros llenando la acera y parte de la calzada, miraban de hito en hito a los veinte policías del otro lado. Ellos no se movieron en absoluto. Temerían sin duda, que un falso movimiento les echara encima aquel alud de hombres, las intenciones de los cuales desconocían.

Corrió la voz de dirigirse, sin desagruparse demasiado, hacia una avenida cercana. La masa en bloque empezó a moverse y a desplazarse calle abajo. De momento, la policía no hizo movimiento alguno. Cuando se dio cuenta de que el grupo no emprendía la huida sino que iba marchándose acompañada y tranquilamente, se notó un relax en sus filas. Como aquellos perros que si uno se marcha le siguen, ladrando desafortunadamente, pero que huyen con el rabo entre piernas, si se les planta cara, ellos les siguieron un buen trecho. Los obreros no les perdían de vista. De repente, se detienen y vuelven grupas. Los obreros no se dispersaron todavía. Sólo ali-

geraron el paso por si la policía no había decidido abandonar, sino ir en busca de refuerzos. Finalmente sin riesgo alguno ya, todo el mundo se marchó a su casa, sin que hubiera ninguna detención.

*

En una zona de la capital se organizó un festival de la canción. Uno de los cantantes dedicó una canción a los obreros de Blansol. Finalizó con un mitin y debate público sobre la lucha de los obreros de aquella empresa, y se hizo un llamamiento a la solidaridad, recaudándose 5.000 pesetas.

En Sabadell se creó un contacto, casi permanente, con las Comisiones Obreras. Dos de los obreros de Blansol, asistían regularmente a las reuniones. Allí pudieron forjarse una gran conciencia política, al participar en las discusiones sobre problemas concretos. De Sabadell, llegaron una semana 15.000 pesetas.

*

Durante la Navidad, algunas parroquias hicieron colectas para ayudar a las familias que estaban en huelga. Una de ellas — de la zona de Sarriá — aportó 35.000 pesetas.

*

Una empresa de óptica, de Hospitalet, mandó 8.000 pesetas, un saco de judías y un barril de aceite.

En un pueblo del Vallés y en una matanza del cerdo, a la que asistieron unas 150 personas, se informó sobre la lucha de Blansol. Se recogieron unas 7.000 pesetas y 40 kilos de butifarras.

Por otro conducto llegaron 3 sacos de arroz, 1 de patatas, barras de turrón, y así, con éstas y otras ayudas que no detallamos fue consolidándose la resistencia obrera.

MAGISTRATURA, ESTADO DE EXCEPCION, CARTA FINAL

La sed insaciable de dinero — y ello por encima de todo — es sin lugar a dudas, la característica de toda empresa capitalista. El estímulo primero, segundo y tercero, que tiene un amo al montar una empresa, es el propio provecho. Y la reacción de los obreros, al sentirse puramente instrumentos de producción, es rebelarse y luchar contra tal explotación.

Hemos visto esta lucha a nivel de las acciones concretas de los obreros contra la empresa. Ahora quisiéramos exponer con sólo dos pinceladas, la acción « legal » o sea: la reclamación por los despidos y sanciones ante la Magistratura de Trabajo.

Esta acción en Magistratura se aprovechó, más que como medio para lograr resultados positivos, como modo de mantener unidos a los trabajadores y luchar « legalmente » contra el empresario. Se confiaba poco en Magistratura, pues los obreros sabían de sobra que las leyes están hechas por sus enemigos y contra sus intereses, y que no podían esperar otro resultado que no fuera uno favorable al amo, ya que las leyes laborales, a través de toda la jurisdicción, no forman sino una red muy espesa por la cual no filtra nada si no es por error o por distracción.

Y efectivamente, así fue. Magistratura falló contra los

obreros de Blansol, apoyándose en la condena de éstos, formulada por la Delegación de Trabajo, y en un informe (también condenatorio, naturalmente) de la C.N.S. firmado por el Sr. Castro.

Ahora bien, el hecho de que los trabajadores no confiaran en el resultado, no implicó que dejaran de emplearse a fondo todos los recursos posibles para atacar al enemigo, con sus mismas armas, en su propio campo: el de la *legalidad burguesa*. Con paciencia y tesón se esgrimieron todos los argumentos « legales » con el propósito de acorralar al Sr. Sol. Aprovechando el estrecho margen de las leyes y reglamentos, en Magistratura se minimizaban las acciones de los obreros y se destacaba el cierre de la empresa, el lock-out, ya que tal acción constituye un delito, al menos en teoría, según la legislación española. No hubo petición, demanda, reclamación, que pudiendo hacerse no se hiciera; causa vértigo contemplar las montañas de papel almacenado en Magistratura, sobre el caso Blansol.

Debe hacerse constar que esta vía legal habría estado fuera de su alcance a no ser por un equipo de abogados que han dedicado su trabajo profesional a defender los intereses de la clase obrera, contra las injusticias del sistema. Estos hombres se han propuesto extraer todo el jugo posible de las enjutas leyes laborales. A través de estas páginas se expresa el reconocimiento más sincero hacia estos abogados, y en especial a los que defendieron a los obreros de Blansol, pues lo hicieron con tanto celo e interés, que la causa de éstos, llegó a ser la suya.

Dejando aparte el aspecto legal, los juicios sirvieron de manera especial para que se encontraran todos los obreros juntos frente al patrono, plantarle cara y mantener la unidad; es en los juicios, precisamente, donde las mujeres pueden participar activamente en la lucha, al lado de sus maridos.

Veamos por ejemplo, el del día 17 de diciembre, del que ya se ha hablado, y del cual este cronista fue espectador.

Se desarrolló en la Magistratura de Trabajo de Sabadell. Cuando la Dirección de la empresa llegó al edificio, a las once, los obreros ya estaban allí con sus mujeres y su prole. Los tres personajes importantes iban delante, y los cinco esquirolles les seguían.

Antes de entrar, en plena Rambla de Sabadell, un grupo de mujeres de huelguistas se les plantó delante y empezó a vomitar insultos contra ellos, que se escurrieron a través de éstas, la mar de asustados. Así que los tres « grandes » hubieron traspasado el umbral del portalón del edificio, un grupo de huelguistas se lanzó contra los esquirolles, repartiéndoles puñetazos y puntapiés a diestro y siniestro. Uno de ellos, después de haber recibido un solemne puntapié en el trasero, quedó tendido en medio de la Rambla; al incorporarse echó a correr, huyendo de allí. Sol, salió en su busca, pero no pudo dar con él. Se habían metido en la estación subterránea del tren, y había escapado hacia su casa. El atrio de Magistratura se estaba convirtiendo en el escenario de una batalla campal, y un « secreta » que allí estaba apostado, exclamó, perdiendo el anonimato: ¡Esto no puede ser! ¡Basta! Y fue a por los « grises » que ya estaban preparados al otro lado de la Rambla, quienes escoltaron a los esquirolles hasta la sala de espera. Pero no pudieron impedir que las mujeres siguieran insultándoles.

— ¡Sois unos traidores y unos maricones!

— ¡Cobardes, es lo que son! ¡No véis que están acojonados!

— ¡Blanco, ahora comprendo por qué no tienes hijos, pues ni para eso sirves! ¡No eres hombre ni nada! — le grita una mujer, con su hijita de meses en brazos.

Empieza el juicio con la sala llena hasta los topes; entre obreros, familiares y público, había unas ciento cincuenta personas. Este juicio era el que hacía cuatro. Se trataba del despido de la mayoría de los obreros (los juicios anteriores habían sido: el del jefe de taller, el del primer despedido y el de los enlaces despedidos).

El abogado de los trabajadores realizó una magnífica defensa y daba la impresión de que convencía al Juez, con sus palabras, pero... a los dos meses, éste falló en contra.

Durante la sesión se apaciguó un poco el ambiente, pero incluso allí, aprovechando la aglomeración, una chica, con disimulo, estuvo pinchándole a Pedret con una aguja.

A la salida se acometió de nuevo a toda la línea enemiga. Los esquiroles recibieron una nueva ración de puntapiés, puñetazos e insultos, a pesar de la protección de la policía armada. Un obrero, al ver que Juliá salía protegiendo a tres esquiroles, se le acercó y rociándole la cara con pintura le asestó en ella cuatro puñetazos, que aquél encajó sin tiempo a reaccionar. Un « secreta » contempló la escena, pero su sorpresa fue tan grande, que cuando reaccionó, el atacante había desaparecido ya a todo correr; le persiguió, pero... ya era tarde.

Mientras, había estallado una fuerte discusión ante el portal de Magistratura. Al Sr. Sol le habían arreado un fuerte puntapié en la espinilla y estaba gimoteando. El brigada de la policía armada que le acompañaba, acusó de ello a una mujer casada, y los « grises » se la llevaron detenida a la comisaría, seguidos por los trabajadores.

Intervino ante el comisario el abogado de los obreros, consiguiendo la libertad de la mujer.

La acción había terminado.

En las primeras semanas de 1969, empezaron una serie de luchas en muchas empresas; por citar las más importantes, AEG, en Tarrasa, CISPALSA y FAESA en Barcelona.

Si bien el intento de extender la lucha de Blansol en la comarca, no se había conseguido (con excepción de los paros de JORESA) en cambio ahora, partiendo de una problemática propia, en muchas empresas se iba a la huelga. Y es el conjunto de estas huelgas, lo que permite hablar de un amplio movimiento huelguístico, en el que la de Blansol dejaba de ser una lucha aislada en la provincia, y pasaba a ser una más, dentro de este movimiento que iba tomando cuerpo.

Ante esta situación, los huelguistas de Blansol deciden aprovechar el último juicio, para dar fe de su lucha y potenciar más ese movimiento general. Como debía celebrarse en la Magistratura de Barcelona, donde era más fácil movilizar a familiares y compañeros, se trataría de convertir el juicio en una acusación contra la empresa y el capitalismo y provocar un escándalo. Incluso un trabajador propuso OCUPAR MAGISTRATURA. Lo favorecía el hecho de que ese juicio, legalmente, no tenía sentido, pues se trataba de la demanda de los compañeros que la empresa *no* había despedido, sino que eran ellos, los que, por solidaridad, estaban en huelga.

En las asambleas que celebraban los huelguistas se preparó esta acción, y también se pidió la ayuda de Comisiones Obreras y de estudiantes, pero cuando todo estaba a punto, se declaró el ESTADO DE EXCEPCION EN TODO EL TERRITORIO NACIONAL.

Ante las huelgas que se producían, no sólo en Barcelona, sino en toda la Península (mineros de Asturias,

Altos Hornos de Bilbao, etc.) y la lucha de los estudiantes, el Gobierno facista tomó el camino de la represión. Hubo detenciones y temor general, por lo que la situación empeoró para los trabajadores de Blansol. Toda acción era más peligrosa y no podían contar con el apoyo de otros compañeros en el juicio; tuvieron que conformarse con hacer menos de lo que habían previsto, pero tampoco claudicaron: el día del juicio (28 de enero, cuarto día de estado de excepción) acudieron a Magistratura con familiares y algún compañero, unos 65 en total.

Al llegar el Sr. Sol, se dirigieron a él con intención de acorralarle, por lo que éste y su abogado se refugiaron en un despacho de Magistratura: temían, sin duda, ser golpeados. Esta vez no les acompañaba ni Pedret, ni Juliá ni ningún esquírol. La lección del juicio anterior había sido suficiente.

Empieza el juicio. Entran los obreros de Blansol y encuentran a Sol al lado de su abogado. Se empieza con las formalidades de rigor, todo ello con silencio en la sala, como es normal en estos actos; pero al empezar a hablar el abogado de la empresa, una voz le interrumpe:

— ¡¡Fuera!!

Y a continuación otros: — ¡¡Aquí no hay justicia!!

— ¡Fuera esta comedia! ¡No creemos en estas leyes!

El Magistrado golpea la mesa exigiendo: — ¡Orden!
¡Silencio, o mando desalojar la sala por la poli...

Pero se le acercan y le gritan: — ¡No nos callamos, y no queremos juicio porque aquí no hay justicia!

— ¡Aquí no echa usted a nadie, somos nosotros quiénes nos vamos asqueados!

— ¡Esto es una farsa! ¡Magistratura está manejada por los capitalistas!

— Vámonos de aquí ¡a la mierda Blansol y Magistratura!

Con éstos y otros gritos — pues todo el mundo dijo la

suya — salieron en masa por la puerta, obstruyendo el paso a una pareja de policía armada, que acudía al llamamiento del Magistrado.

Este, estupefacto ante tal espectáculo, seguramente nunca visto ni sospechado por él, al ver que detrás del público que salía, compacto, seguían los obreros que habían presentado la demanda, les dice: — ¡No, ustedes no se vayan, quédense aquí!

— ¡Nos vamos porque estamos hartos de tanta injusticia!

— ¡Aquí, todos están vendidos!

El Magistrado, realmente confundido, y sin mucha convicción suplica: — ¡Al menos que se quede uno de ustedes. ¡Al menos uno!

Como respuesta, un fuerte portazo dejó la sala en silencio. Bajaron las escaleras protestando y al llegar a la calle la gente se separó.

Dentro de la sala, con el Juez y los abogados, sólo estaba el Sr. Sol. Al empezar el juicio se le veía asustado, ahora estaba abatido y... humillado y dolorido, rompió a llorar.

Los sucesos de ese juicio no se publicaron en ningún periódico.

*

Pasaron semanas y meses... Un buen día llegaron rumores de que Sol había ido a mendigar créditos especiales a los Bancos, porque no tenía dinero. La paralización primero, y la poca producción después, debido a la huelga, junto con la carga de los sueldos de los administrativos y de los salarios del personal no productivo, debieron ser la causa de sus problemas financieros.

El barco del enemigo hacía agua. Y este hecho daba moral a los protagonistas de estos sucesos, para continuar la lucha. ¡No podían abandonar! Esta batalla debía

ser un serio aviso para todos los capitalistas, advirtiéndoles que no se puede jugar con los sudores y sacrificios de los obreros.

Todo ello estaba latente en la entraña de esta lucha, y como una esperanza que nunca había muerto, cristalizó históricamente el 21 de julio de 1969. Vamos a reproducir el documento que da fe de esta victoria. No son los obreros los que afirman que han ganado la batalla, por sentimientos de optimismo y de resistencia a admitir una derrota. Es el mismo Sol quién levanta acta de ello. Indudablemente, la batalla estaba ganada desde hacía meses. Pero el documento público salió firmado el 31 de julio. Hélo aquí:

INDUSTRIAL BLANSOL

Camino Real de Caldas s/n.
Palau de Plegamans
(Barcelona) Teléf. 256.257

Palau de Plegamans, 31 de Julio de 1969

Muy Sres. míos:

Siguiendo una línea constante de una mejora en la calidad y en el servicio de mis fabricados y con el fin de lograr una más amplia base económica y técnica, he determinado aportar mis instalaciones a una Sociedad Anónima que me...

Aprovecho esta ocasión para agradecerles la confianza que me han dispensado hasta la fecha, y que no dudo seguirán dispensando a la Sociedad Anónima que se propone continuar mi labor industrial y comercial.

Atentamente...

Luis Sol Vallés

El Sr. Sol ya no es el amo absoluto (aunque continuaba formando parte de la nueva empresa).

La clase obrera le ha hecho morder el polvo. La desafió y él, capitalista, perdió.

A partir de este día, 31 Julio de 1969, quedó

finiquitada la lucha de estos obreros en Blansol. No se puede considerar una victoria, pues aunque derrotaron a un capitalista, otro vino a sustituirle y con las mismas máquinas explota a nuevos obreros y reemprende el proceso (la victoria solamente se logrará, cuando por medio de la Revolución Socialista acabemos con el poder de *todos* los capitalistas).

Pero tampoco se puede considerar una derrota, pues si bien los compañeros despedidos o en huelga, no lograron volver a la empresa, en cambio elevaron su conciencia de clase y vieron que tenían que luchar contra todos los capitalistas y su estado. Estos *militantes que* se forjaron en la escuela de esta lucha, han entrado a trabajar dispersados por diferentes empresas en donde han protagonizado otras batallas contra el capitalismo, o bien han continuado colaborando en las luchas de carácter más general que van tomando forma en todo el país.

La eficacia de la lucha de Blansol, está en la toma de posición de estos hombres.

Compañeros de lucha: Por el mundo oprimido y por la victoria de la Revolución socialista. ¡Unámonos! ¡Adelante sin desfallecer! ¡Viva la clase Obrera! ¡Viva su solidaridad!.